



CAYETANO PELÁEZ DEL ROSAL

EL ERMITAÑO

(Novela)



HUERTAPALACIO
CUADERNOS DE LITERATURA

© Cayetano Peláez del Rosal.

© Diseño de la portada: Cayetano Peláez del Rosal.

I.S.B.N.: 978-84-606-7123-7

D. L.: CO-620-2015

Ediciones: Huerta Palacio. Cuadernos de Literatura. Priego de Córdoba

Printed en Spain.

Es un producto andaluz.

DEDICATORIAS

*A todas aquellas personas
que viven en soledad, dedicadas al estudio,
al trabajo, y a la oración, como auténticos ermitaños.
A mis familiares para que disfruten con la lectura del libro.
Al hermano José López Buendía, predicador incansable del
Evangelio, que ya está gozando de la presencia de Dios en el cielo.
A Paquita, testigo mudo y paciente de la redacción de este libro.*

*Ermitaños somos todos cuando nos dedicamos a la oración,
a la vida aislada en el monte,
a la penitencia,
al trabajo en el campo,
y a la ayuda desinteresada a los demás.*

AGRADECIMIENTOS

WIKIPEDIA

INFOAGRO

AYUNTAMIENTO DE MORA (TOLEDO)

J. GORDILLO

YENNY SIMÓN

Sería hermoso que los ermitaños
volvieran a las ermitas desocupadas.

¡Eso sería una buena señal de que
el mundo está cambiando!

CAPÍTULO I

Donde se cuenta la salida de Córdoba camino de las Ermitas del joven Gumersindo, del equipaje que llevó hacia las "casitas blancas como palomas", de lo que dejó atrás, y, de lo que vio al atravesar la ciudad cordobesa.

*"Como te ves yo me vi,
como me ves te verán,
todo para en esto aquí,
piénsalo y no pecarás".*

Estos versos de autor anónimo que puedes leer, querido lector, en una pequeña placa de mármol colocado en el frontal de una pequeña hornacina que contiene una calavera, en las Ermitas de Córdoba, me hicieron reflexionar sobre la fugacidad de la vida y de lo importante que es para el hombre salvar su alma, puesto que el cuerpo, se lo va a tragar la tierra, se lo comerán los gusanos, y el alma, pura y limpia, volará hacia el cielo a disfrutar del espectáculo de la presencia eterna de Dios

— ¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? — pensé.

—Y puse manos a la obra y lo dejé todo: Padre y madre, hermanos y hermanas, casa y paisaje, mi pequeño transistor Sanyo— en el que escuché la muerte de Juan XXIII lejos de la civilización en una pequeña escuela unitaria de Granada, en Bargil de Alcázar, en la Alpujarra granadina—, mi colchón de farfolla, mis buenas tajadas de lomo de orza, la pringue "colorá", con la que untábamos el pan en el desayuno de cada mañana, el recuerdo de los tejeringos que hacía la tejeringuera Castillo junto al pilón del agua cercano a la ermita de la Aurora en el bello pueblo barroco de Priego de Córdoba, mis libros, y, como no, mi ropero heredado de mis hermanos; también, porque se me olvidaba decirlo, las chinches que más de una vez me picaron cuando me sentaba en la vieja silla de anea y a las que el flix, insecticida usual por aquellos tiempos, lograba matar para nuestro descanso y alegría.

Sólo acepté llevar conmigo mi pequeña talega en la que recibía en el Seminario de San Pelagio de Córdoba algunos alimentos y ropa que mis muy llorados, añorados, y, queridos padres, Antonio y Pilar, me enviaban con el conductor de la Alsina para completar mi dieta, muy escasa, en aquel centro. También mis botas hechas a medida con suelas de correa desechada confeccionada del correa de transmisión de un barco pesquero, y el

pequeño armario donde se guardaban las provisiones en el Seminario, ¡ah!, y el abrigo heredado de uno de mis hermanos.

—Con todo este bagaje envuelto en un paquete y anudado con cuerdas me dirigí a las Ermitas de Córdoba para presentarme al hermano portero y pedirle humildemente que comunicara al hermano Prior que se dignara aceptar a este humilde siervo del Señor como uno de los ermitaños de tan egregia y antigua casa.

—Atravesé Córdoba de sur a norte, y a pie, porque como te puedes imaginar, mi querido lector, Aucorsa, la compañía de autobuses de la capital, estaba todavía en el limbo de los transportes.

—Al pasar por el puente de San Rafael, me puse de rodillas ante el ángel custodio de la ciudad que vigila las crecidas del río y que lleva protegiendo a esta ciudad milenaria durante muchos años de los terremotos que la sacuden, sin hacerle mucho daño, para implorarle su ayuda en aquella nueva etapa de mi corta vida.

—Una bandada de patos pasaron por encima de mi cabeza; otros, nadaban en el agua.

—Un barquero pasaba a un grupo de gente de una orilla a la otra del río, y que posiblemente, se dirigían a hacer algunas comprillas a las tiendas de la Corredera, o, al médico, para que les curara unos retortijones de barriga que la noche anterior habían estado a punto de hacerles que entregaran la cuchara ...

—Las aguas de pozo sin clorar que vacían la barriga si la vuelves a llenar!

—Bebí agua, por última vez, en el Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral, y, cogí unas cuantas hojas del olivo centenario que crece junto a la fuente para mantener mi tensión arterial a raya.

—Como la cabra. Ya me lo dijo un viejo amigo del campo, hombre muy sabio en la utilización de las plantas para la curación de las diversas dolencias del cuerpo y del alma.

—Amigo Gumersindo: Tú, como la cabra. Si te ves en un apuro, síguela, y come de lo que ella coma. ¡La cabra no te engaña nunca!

—Atravesé las estrechas y frescas callejuelas que salen de la Mezquita-Catedral hasta la Plaza de las Tendillas.

CAPÍTULO II

Donde se cuenta el encuentro de Gumersindo, aspirante a ermitaño, con el hermano Bonifacio de la Orden de San Juan de Dios, en la carretera del Brillante.

Ya se habían apagado los “quejíos” de la guitarra que había emitido el reloj de las Tendillas al mediodía sobre una ciudad que huía del calor, y unas gentes que trataban de “ponerse a salvo” yendo a refugiarse en el frescor de los patios morunos cordobeses, y en el embrujo del gazpacho de ajoblanco con habas de las huertas de la Fuensanta, cuando me encontré con un personaje popular, y muy humano, donde lo hubiera, en la ciudad.

Era el hermano Bonifacio, limosnero de la Orden de San Juan de Dios, ángel, émulo del Arcángel San Rafael, al que nunca le reconocieron la jornada de las veinticuatro horas de trabajo ininterrumpidas los sindicatos, que no existían por aquel entonces, que yo sepa.

Con su vieja tartana, y su chófer, salía de “recogida” por esos mundos de Dios a la búsqueda de alimentos para sus niños pobres para que tuvieran algo que llevarse a la boca.

No le importaba lo que le dieran— porque todo tenía cabida en su viejo auto—, por muy raro y extraño que fuera el donativo. Hasta una burra podía meterla en su destartalado coche. Porque decía el hermano Bonifacio “que si no coges todo lo que te da la gente, aunque no sirva, ya no te vuelven a dar cosas”.

—Saludé al hermano Bonifacio que me trató con mucho cariño. Le recordé que era hijo de Antonio, el encargado del molino de la Purísima, el que siempre le preguntaba: “Hermano, ¿dónde lleva usted el pistolón?”

— Me preguntó, “que a dónde iba tan cargado”.

— Le expliqué que me dirigía a las Ermitas de Córdoba donde pensaba tomar el hábito de ermitaño y profesar los sagrados votos de castidad, pobreza y obediencia.

— Le pareció muy bien, aunque me dijo “que la vida de ermitaño era muy dura, y que las pruebas que ponían a los novicios, no lo eran menos”.

— Tengo que reconocer, que en aquel momento tan crucial de mi vida, me dio aliento y su bendición fraternal para acometer aquella empresa difícil a la que había encaminado mi vida.

— Como los días que te esperan son duros, hijo mío, y aunque yo voy a rezar por ti, quiero que no solo alimentes tu alma, parte espiritual de tu cuerpo, sino que no olvides la parte física, dándole unos mordiscos a este exquisito chorizo casero de Espejo que me regaló ayer el bueno de

Lorenzo, y a este pan del Vacar, del que no conozco que haya un sustituto que lo supere. ¡Mira qué miga tan esponjosa tiene que se abre como un volcán en erupción cuando lo comprimes!— que es lo que caracteriza a un pan bueno.

— Abrí la taleguilla— que estaba llena de telarañas de no entrarle nada de alimento desde hacía tiempo—y coloqué de la manera más cómoda a tan dignos huéspedes, a los que dije “que no se acostumbraran a tan oscura estancia porque su paso por ella, iba a ser pasajero”, dándoles en cuestión de horas, la libertad.

— Me puse de rodillas, y cogiendo el crucifijo que llevaba en el pecho, y que había tallado con la navaja sobre un tronco de olivo picudo, el que hace que las aceitunas cojan un sabor amargo, como a mí me gusta, imploré al santo hermano Bonifacio su bendición para el camino y lo que se avecinaba...

El santo hermano Bonifacio alzó sus manos hacia el cielo, y dirigiéndolas hacia donde creemos los cristianos que habita el Padre Dios, oró así:

—*“Padre Dios, bueno, Santo de los Santos, caridad suprema, sin mancha,, Padre de Jesucristo, Dios y Hombre, salvador de la Humanidad y Redentor del género humano, el que echó sobre sus hombros la pesada carga de liberar al hombre que se había hecho enemigo de Dios por el pecado de Adán, e hijo de la Santísima Virgen María, siempre casta. Te ruego que por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, adquiridos por el sufrimiento en la Cruz, te dignes acompañar, aconsejar, y proteger, a nuestro hermano Gumersindo, en el arduo camino que ahora comienza hacia el eremitorio del Cerro de las Víboras”*.

—Bajé las manos, y abriendo el santo hermano Bonifacio los ojos, y cogiéndome del brazo, me levantó y me despidió con un, “Dios te acompañe y te bendiga, amén”.

¿Para cuándo la beatificación de este santo que lo dio todo por los demás, no recibiendo a cambio nada, esperando horas y horas en la puerta de los bares, de los caseríos, hasta que el señorito salía para pedirle algo para sus niños, sin tener ni un solo día de descanso a lo largo de toda su vida?

CAPÍTULO III

Donde se narra la subida a las Ermitas por la Cuesta del Reventón, de Gumersindo, la fauna y flora que encontró, el encuentro con el hermano zorro, y con Belcebú, Príncipe de los Demonios, y la visión que tuvo de Nuestra Señora de Belén, antes de llegar a las Ermitas.

— **C**on lágrimas en los ojos, triste por dejar al Hermano Bonifacio, y a la vez, contento por haberme encontrado con él y haber contado con su santa bendición y sus sabios consejos, acometí la subida de la Cuesta del Reventón pensando en este santo hombre que tanto hizo por los niños pobres de Córdoba en el Hospital de San Juan de Dios.

—Y mientras mordisqueaba el chorizo “divino” de Lorenzo, atado por la cintura, como también, atado por la cintura, estaba él, con fina cuerda, pero con una clara diferencia: que si el chorizo de Espejo, era puro chorizo, él, que pretendía entregarse a Dios en cuerpo y alma, servirle y amarle por los siglos de los siglos, amén, no tenía nada de “chorizo”, y, a lo más que había llegado en el campo delictivo, había sido quitarle por unos momentos, sin su permiso, a un compañero de banco del colegio, la goma de borrar, en la escuela de don Joaquín, mi maestro de la infancia, en Priego de Córdoba, para arreglar unas sumas mal hechas, devolviéndola después; eso, sí, un poco más delgada, a su auténtico dueño. ¡Que Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, no me lo tenga en cuenta!

Y amputando un trozo al chorizo, que se hizo menos chorizo, liberándole de su excesiva gordura, hizo lo propio con el pan del Vacar de Córdoba, fundiéndose en cuerpo y alma con él, dando deleite a su cuerpo y la suficiente energía de los hidratos de carbono y proteínas para acometer la subida de la Cuesta del Reventón, con toda la pesada carga de calor que hacía a aquella hora, que no era “moco de pavo”.

Eran las tres de la tarde solares. Eran las tres de la tarde de verdad, y el cuerpo sudaba la gota gorda acusando toda la carga del calor del verano cordobés, porque en la época que Gumersindo decidió hacerse ermitaño, la única forma de quitarse el calor era soplándose con un abanico, o, echándose agua del botijo sobre el cuerpo.

Caía un sol de San Lorenzo, y escarbando en la tierra salía carbón. Hacía un calor que Gumersindo no se merecía, cuando encontró la entrada a la Cuesta del Reventón.

Quiero explicarle, amable y compasivo lector de este libro, que ha gastado su dinero comprándolo, que con ello colaboras al sostenimiento de mucha gente que ha trabajado en su elaboración. Y como ha gastado su

dinero, quiero explicarle un poco sobre la Cuesta del Reventón de Córdoba para que sepa que esta cuesta tiene unos tres kilómetros de recorrido en sentido ascendente hasta las Ermitas. Y que para llegar a su inicio tienes que subir por la carretera del Brillante junto al colegio Calasancio, y con una pendiente que calculo está en torno al 20%, por lo que no es fácil coronarla con soltura, sin sofoco, ni sin ahogo, ni extrasístoles protestones de un corazón cansado.

— Pero como Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, es misericordioso para con todos los seres que ha creado, y está pendiente de sus criaturas, aunque nosotros no lo veamos en ninguna ocasión, yo, sí tengo que decir, que al empezar a andar en sentido ascendente por la cuesta, y no sabiendo de qué forma colocarme todos los bultos que llevaba a cuestras, porque me sobraban todos, comenzó a soplar una ligera y refrescante brisa que hizo que mi moral aumentara ante tan gran esfuerzo.

Y los paquetes, no parecían paquetes, y las piernas no parecían piernas, y el calor, era fresco, y el cuerpo no era un pesado fardo del que tiraba lentamente el aspirante a ermitaño, y el sol, tan “porculero” en esta zona, y en esta época, no quemaba tanto.

Pero como no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo aguante, tampoco hay momento en que el “hideputa” del demonio,— que siempre está “dando la vara” a los que no piensan como él—, pidió licencia a Su Divina Majestad, Bendito sea Su Santo Nombre, para “ponerme a prueba”, y acabar, con lo que en vez de ser un ascenso al Parnaso, se iba a convertir en una bajada al infierno, maldito sea él, Belcebú, y sus secuaces, por siempre, en lo más profundo del abismo.

Y la brisa, se paró de golpe. Y el Sol se envalentonó con su persona y comenzó a “picarle” en donde a la persona no pueden ponerle tejas.

Y el demonio, que es más malo que un marrajo, con permiso de la Autoridad divina, se convirtió en un oso de pelo negro más grande que un roble, y metió sus asquerosas manos dentro de un panal de abejas que había buscado “casa” en el hueco de un quejigo achacoso y agujereado.

Y, nuestro joven Gumersindo, humilde servidor del Señor y aspirante a ermitaño, vio de pronto cómo el cielo se oscurecía, y, lo que era luz cegadora, se convirtió en una profunda oscuridad más fuerte que las tinieblas, quedando el cielo negro, y, el humilde servidor del Señor, Bendito sea Su Santo Nombre, se vio a expensas y a merced del Maligno, maldito sea su nombre, y, si antes estaba mal, porque el sol de mediodía veraniego cordobés lo “mataba”, ahora, para más inri, eran las abejas jaleadas por el demonio las que no paraban de picarle a lo largo y ancho del cuerpo, hasta que harto ya de tanto dolor, y, a punto de marearse, suplicó al Señor, Bendito sea Su Santo Nombre, para que no le quitara las abejas de delante suya,— si esa era la prueba que tenía que superar por su Santa Voluntad—,

pero que le diera LUZ para que pudiera evadirse de aquel tormento aunque fuera corriendo partiéndose la crisma.

Y el Señor misericordioso, que aprieta, pero no ahoga, hizo que dirigiera la única parte del cuerpo donde no le habían picado las abejas, los ojos, hacia un lugar cercano donde había un estanque de plácidas aguas cristalinas.

Y sin pensarlo dos veces, sin soltar los paquetes que llevaba a sus espaldas, se tiró al estanque, encontrando consuelo para las picaduras y respiro para los ataques.

Las abejas que le habían picado, y perseguido, y el demonio, maldito sea su feo nombre, viendo que ya la prueba había sido superada por su humilde persona, salió huyendo, y, dando grandes alaridos por esta terrible Cuesta del Reventón espantando a cuantos pájaros cantaban por las ramas y a las cabras que comían tranquilamente ramones de unos olivos cercanos.

Cuando vio que el peligro había pasado, salió presto del agua, todo mojado, con todos los arreos que llevaba colgados, y cayendo en tierra, postrándose de bruces contra el suelo dio gracias a Dios por la ayuda que le había prestado y por haberle ayudado a superar la prueba que le había puesto Belcebú, maldito sea su asqueroso nombre, y que se pudra en lo más hondo y profundo del Averno por toda la eternidad.

Y más contento que unas pascuas, libre ya de las abejas, y del maligno, se puso al sol para secar la ropa mojada por el remojón en el estanque donde las ranas y algún sapo habían salido a la superficie “huyendo de la quema”.

Todo iba normal, y los intensos rayos del “Lorenzo”, más amable, secaban la extrema humedad del cuerpo, y de la ropa, cuando, de repente, como si de un ataque extraterrestre se tratara, se oyó como un trueno muy fuerte que le hizo caer al suelo.

El cielo se oscureció de tal forma que no veía ninguna parte de su cuerpo..., y..., comenzó a sentir miedo...Pero de pronto comenzó a iluminarse la parte de la bóveda celeste que tenía sobre su cabeza y que alcanzaba con su vista.

El negro de su cara, producto del miedo, muy oscuro, se fue cambiando a un rosa clarito, y sobre él se dibujaban las nubes blancas, a la vez, que, aparecían trozos de un azul claro, que unidos al rosa, ofrecían un espectáculo maravilloso.

Los pájaros, gorriones, el pájaro bobo, las abubillas, mirlos, zorzales, pinzones, verdones, tórtolas, palomas zuritas, y, herrerillos capuchinos, dejaron de cantar.

Poco a poco, los colores que veía se iban haciendo más fuertes, a la vez que comenzaban a dibujarse sobre lo alto del cielo figuras extrañas que no podían definirse.¡ Figuritas en el cielo, desastres en el suelo!

Cayó en tierra y comenzó a rezar, porque se imaginaba, que aquello de lo que él era un testigo extraordinario, se trataba de una aparición...

La mismísima Virgen de Belén, con el niño en brazos, rodeada y coronada de angelitos, aparecía en el centro, ambos coronados con corona de diamantes relucientes.

Un ángel sostenía entre sus manos una cartela en la que se leía: “Nuestra Señora de Belén”.

A la derecha se veía el ángel custodio de la ciudad rodeado también de pequeños ángeles, y, a la izquierda, el santo ermitaño, Pedro de Cristo, con el báculo, también rodeado de ángeles que se extendían por todos los alrededores.

A la izquierda, aparecía el santo varón Francisco de Santa Ana, hermano mayor, del que se han escrito las mayores hazañas para el bien de la Iglesia, y del Eremitorio de Córdoba, con su ermita en la mano.

Los pájaros empezaron a cantar componiendo una música jamás oída por el aspirante, a la vez que el viento silbaba formando una bonita melodía. Y los romeros, las jaras, los tomillares, los oréganos, los pinos, las encinas, los alcornoques, los lentiscos, las zarzas, las higueras, los olivos, los hinojos, las mejoranas y las lavandas lucían en todo su esplendor.

— ¡Qué ambiente más hermoso para quedarse siempre!— dijo el aspirante, y, volviendo sus ojos al suelo no osaba levantarse esperando un mensaje u orden que le indicara la actitud a seguir.

Una voz, suave y delicada, habló, diciendo:

— Gumersindo: Has superado tu primera prueba en tu largo recorrido hacia las Ermitas de Córdoba para restaurar la Congregación de los Ermitaños del Desierto de Belén. En el futuro, tendrás que afrontar pruebas muy dolorosas para hacerte merecedor de la alta misión para la que has sido elegido. ¡Mantente firme y reza todos los días el Santo Rosario!

Las imágenes comenzaron a desvanecerse poco a poco hasta desaparecer.

Unas golondrinas hicieron una corona de laurel mientras volaban por el cielo. Debajo de ella se podía leer el siguiente mensaje: “Hoy ha comenzado a restablecerse en España la tradición eremítica. ¡Bendito sea Jesucristo y su Santo Nombre!

CAPÍTULO IV

Donde se narra la llegada del aspirante a ermitaño, Gumersindo, a las Ermitas de Córdoba, y de la prueba a la que le sometió el Padre Prior antes de admitirle como ermitaño, y otras cosas dignas de ser tenidas en cuenta para mayor gloria de Dios y de su Santa Iglesia.

Serían las cinco de la tarde de un tórrido día del mes de agosto cuando llegó Gumersindo a las puertas de las Ermitas de Córdoba.

Hacía un día de calor tan fuerte que los huevos se hubiesen frito en el suelo, sin aceite, ni carbón; tal era el panorama meteorológico en vigor.

Unos buitres, que no le temen al calor, se entretenían en sacar los últimos trozos de carne del “arca del cuerpo” a un pequeño cordero muerto, de no se sabe, qué causa, o enfermedad.

Y las chicharras cantaban en aquel tórrido día, a destajo, para anunciar al mundo que estaban a gusto con ese ambiente inmejorable. Y ellas daban con su canto buena cuenta de ello.

Quitó el polvo a los zapatos, que el camino, muy generoso con él, le había regalado gratuitamente, y, cogiendo un tomate, que llevaba en la talega, lo pasó sobre la piel para sacarle nuevamente colorido. Después, les sacó brillo, restregándolos con un trapo, volviéndolos a su natural elegancia. Con unas varetas de olivo sacudió el traje lo mejor que pudo.

Se ordenó los cabellos y se aseó un poco la cara con la poca agua que tenía en una botella.

Se hincó en tierra, como si hubiese vuelto a ver al demonio, nuevamente, y, levantando los ojos hacia el cielo, lo más alto que pudo, imploró a Dios Padre misericordioso su ayuda para acometer con éxito la nueva etapa de esa vida, que ahora comenzaba a recorrer, poniendo en sus labios, salida de lo más hondo de su corazón, esta oración:

*Dios mío, Padre de Jesucristo y Padre mío,
Creador del Cielo y de la Tierra,
Que perdonas a los buenos
Y castigas a los malos con las terribles penas del
Infierno.
Atiende con suma benevolencia las súplicas,
de éste, tu más indigno siervo,
para, que, al atravesar las santas puertas
de esta Santa Casa,
todas mis acciones*

*sean para mayor honra y gloria
de Nuestro Señor Jesucristo,
de la Santa Madre Iglesia,
y de la vida eremítica.
Amén.*

Respiró lo más hondo que pudo buscando una relajación profunda para que sus nervios no le traicionaran, y tirando de la cuerda que sujetaba un campanil, hizo sonar la campana de las Ermitas para que el hermano portero le abriera, si en aquel momento no estaba ocupado.

— ¡Ya, va! ¡ya, va!, por el amor de Dios, que ya voy— se oyó a lo lejos .

La vieja y robusta puerta de pino clavada con gruesos y bastos clavos remachados chirrió en sus goznes resecos por el intenso calor, y al abrirse, dejó entrever a un venerable anciano ermitaño dotado de una larga y muy cuidada barba rizada.

— ¿Qué se te ofrece, hermano, por la caridad de Nuestro Señor Jesucristo a estas horas de la tarde y con estas calores?

—Venerable padre, cuyo nombre desconozco, y que me dirá por el amor que sé yo que le profesa a Nuestro Señor Jesucristo, del cual, yo soy un indigno siervo suyo. Ya sé que he roto las horas santas de la siesta en este bendito eremitorio, pero la misión que me trae hasta esta Santa Casa, me ha permitido perturbar la paz y el sosiego de este muy venerado lugar para pedirle a su beatitud se digne concederme el ingreso en sus muros para profesar como ermitaño defendiendo a esta Santa Casa de sus enemigos, y a nuestra Santa Madre Iglesia, de los suyos, que no son pocos.

—Bueno, bueno, yo no soy quien para decidir tu ingreso en esta casa. Voy a llamar al Padre Prior, que es el que está facultado para tomar tan importante decisión. Yo no soy nada más que un humilde portero, al que el Señor, en su misericordia infinita, encomendó la vigilancia de esta puerta durante sesenta años para defenderla de los enemigos de Dios y del Cristianismo, y, ahora, dada mi edad, cada día me acerco más a la tumba donde mis dolidos y maltrechos huesos reposarán eternamente en la paz del Señor.

Abrió la puerta, todo lo que pudo para que pasara Gumersindo y su gruesa talega, y le pidió, por el amor de Dios y de su Santa Iglesia, que se sentara en el banco hasta que avisara al Padre Prior.

Gumersindo dejó sus cosas en el suelo mientras se sentaba en un rústico banco de álamo pintado de color marrón.

Una ligera brisa entraba por el arco de la puerta de las Ermitas, lo que le permitía, por el amor de Dios, acomodar la temperatura de su cuerpo, a la que realmente había allí dentro, mucho más templada, que la que él traía.

CAPÍTULO V

En este capítulo, el aspirante a ermitaño, Gumersindo, deja volar su imaginación sobre el santo recinto de Las Ermitas de Córdoba deteniéndose en un bonito busto dedicado a don Antonio Fernández Grilo, insigne poeta cordobés que describió con solemne soltura y mayor elegancia este bello paraje.

Las ermitas de la sierra de Córdoba

*Hay en mi alegre sierra
sobre las lomas,
unas casitas blancas
como palomas.
Le dan dulces esencias
los limoneros,
los verdes naranjales
y los romeros.
Allí, junto a las nubes,
la alondra trina;
allí tiende sus brazos
la cruz divina.
La vista arrebatada
vuela en su anhelo
del llano a las ermitas,
de ellas al cielo.
Allí olvidan las almas
sus desengaños;
allí cantan y rezan
los ermitaños.
El agua que allí se oculta
se precipita,
dicen los cordobeses
que está bendita.
Prestan a aquellos nidos
los querubes,
guirnaldas las estrellas,
mantos las nubes.
¡Muy alta está la cumbre,
la cruz muy alta!
¡Para llegar al cielo*

cuán poco falta!

Y se quedó extasiado ante tanta belleza recogida en la palabra. Porque la palabra sirve para muchas cosas, pero alcanza su máximo esplendor cuando expresa un sentimiento generalmente sentido por la población que mira hacia arriba a esos hombres que lo dejaron todo para dedicarse a la vida eremítica.

Justo donde se encontraba situado este pequeño busto del poeta, metido en la pared en una pequeña hornacina; ahí mismo comenzaba el Paseo de los Cipreses que representa el comienzo de un largo camino de privaciones, para quien como él, había decidido dejar el mundo, por la oración, el trabajo, la castidad y la obediencia.

CAPÍTULO VI

Donde se habla de la prueba que el Padre Prior puso al aspirante a ermitaño, Gumersindo.

Eran las seis de la tarde cuando apareció el Padre Prior, al que llamaban Elías. Era un hombre extremadamente delgado, alto, con barba blanca muy larga, calvo, y destilaba finura y humanidad.

Pero como los reglamentos son los reglamentos, y hay que cumplirlos, y las horas son las horas, y se acaban, por lo menos las veinticuatro del día, que a veces tendrían que convertirse en cuarenta por la cantidad de trabajo que hay que hacer, el Padre Prior comenzó a hablar, diciendo:

— Mi querido hermano en Nuestro Señor Jesucristo: Ya sé tu interés por ingresar en la Orden de los Eremitas de Nuestra Señora de Belén, pero yo, como subordinado del Jefe Superior, el que está al nivel de la Luz, el que es claridad, y todo lo que toca lo transforma en espiritual, para bien de todos nosotros, y, puesto que veo, que la hora no es la más apropiada para que vayas a Córdoba, dado el calor tan extremado que hace, debo de cumplir con lo que Él me manda.

— Porque los designios de Dios, nuestro Padre, Bendito sea Su Santo Nombre, no los conoce nadie. Debes de ir a Córdoba a la Plaza del Potro y subir dos cubetas de agua fresca hasta esta santa y venerable ermita, ya que quiero probar tu paciencia ante el sufrimiento. Y esto, lo hago, porque últimamente, dada la hambruna que recorre toda Andalucía, vienen a esta Santa Casa a ingresar como ermitaños muchas personas que no tienen vocación y que sólo persiguen que les demos de comer. De ahí, que yo, tenga que someterlos a diversas pruebas para comprobar que no mienten, y que vienen a cumplir con los votos que juran los ermitaños y no a comer, porque las Ermitas son lugar de trabajo, oración y penitencia, y no un comedor de beneficencia.

— Vete con Dios, coge las cubetas, y cuando regreses con el agua, me llamas, y ya te diré lo que tienes que hacer con el líquido elemento. Ponte de rodillas para que te dé mi bendición.

— Me puse de rodillas con las manos unidas y recibí la bendición del carísimo Padre. Miré las cubetas, que más que dos cubetas, parecían tinajas en las que echan el vino de Montilla, y agarrándolas con alegría me puse en camino, porque sólo así, con alegría, se cumplen los designios de Dios Nuestro Padre que Bendito sea Su Santo Nombre. Amén.

En la calle estaba cayendo la “mundial”, de calor — como decían en Córdoba.

Ni los pájaros se movían en aquella hora de la siesta. Sólo las cigarras, muy “masoquistas” ellas, andaban “erre que erre” con su monótona sintonía.

Un hombre, de aspecto mayor, subía el último tramo de la Cuesta del Reventón cuando Gumersindo iniciaba el descenso hacia la Plaza del Potro cordobesa. Al verlo con tan extraña indumentaria, y con las dos cubetas para el agua, no pudiendo encontrar una explicación racional hacia dónde iba Gumersindo, a aquella hora tan calurosa, se dirigió hacia él, diciéndole:

— Que la paz del Señor sea contigo hermano. Perdone mi curiosidad, pero no le hallo explicación a esas dos cubetas que lleva usted en las manos a estas horas de la canícula. ¿Sería usted tan amable de decirme hacia dónde se dirige?

— No sé, si su beatitud, el Padre Prior, se enfadará en caso de que se entere de que le he dicho que me dirijo hacia la Plaza del Potro de la capital cordobesa para llenar estas dos cubetas de agua y subirlas hasta las Ermitas, y que el Padre Prior, disponga después, qué hacer con el contenido de las mismas.

— Hay gente para “to”— añadió el excursionista, siguiendo su camino.

— Hay gente para todo – dije yo mientras me limpiaba los primeros sudores de mi larga travesía hasta la fuente donde debía de llenar el preciado elemento para el Prior.

—Y dejo suelta mi imaginación pensando en el porqué del nombre de la “Cuesta del Reventón” para explicárselo a ustedes, amables lectores, en cuyas manos se encuentra este libro escrito con mucho amor y fatigas. Fue durante la visita de su Majestad, el Rey Don Alfonso XIII, cuando uno de los caballos que tiraba de la carroza real por la empinada cuesta “reventó” a causa del esfuerzo animal que tuvo que hacer, cayendo extenuado. De ahí el popular nombre de esa cuesta, como “Cuesta del Reventón”.

— Y. yo, aquí, sudando la gota gorda, sin merendar, sin agua, por este desierto, y con el calor tan terrible que hace.

Y agobiado por la extrema temperatura del paraje, Gumersindo se sentó un rato a la sombra de un corpulento pino piñonero, en latín, llamado “pinus pinaster”, buscando algo que llevarse a la boca.

Y viendo cómo un pajarillo trataba de abrir con el pico, un piñón, se le vino a la cabeza, que él podía hacer lo mismo; pero no con el pico, que no tenía, sino con un “peñón”.

Gumersindo se lía a porrazos con la piedra contra las piñas, abriendo éstas, que generosamente esparcen por el suelo su contenido de piñones que aparecen dentro de su funda característica, y, uno tras otro, los va

engullendo, disminuyendo el “clamor” de sus tripas, que con la “boca” llena, ni rechistan.

Un zorro pasa muy cerca de él. Y en lo alto de un pino, un herrerillo capuchino, no para de cantar, “pisiiii, pisiiii ” mirando el “banquete” que se está dando Gumersindo con lo que más le gusta a él. Si pudiera se sentaría a su lado a compartir la comida, y, aún más, teniendo él una piedra a su lado que le sirve de martillo para “descerrajar” las piñas y sacarle los piñones uno a uno.

Los herrerillos son suficientemente inteligentes para abrir los piñones con su pico dándoles golpes contra el suelo. En algunas ocasiones buscan los que ya están casi abiertos y les sacan su contenido. Alguna vez, él, ha visto cómo lo hacen.

A lo lejos, una tórtola emprende un vuelo veloz, asustada por un depredador que otea desde lo alto.

Un águila mira el suelo en busca de una presa fácil. ¿Acaso sería esa presa la tórtola?

Prosigue su camino hacia abajo, y ya divisa las primeras casas del Brillante, donde sus moradores, ajenos a sus pesares, luchan contra el calor en un vano intento de conciliar un poco el sueño.

Se ven abiertas las ventanas de las casas para facilitar el camino a un Eolo díscolo que no quiere venir. Pero las cortinas, que oscurecen un poco las estancias del sol cegador, no se mueven ni un ápice. Y Eolo está amodorrado, como todos nosotros, ocupado en sus pensamientos y recuperando fuerzas para volver a soplar.

Unos piconeros bajan unas mulas cargadas de carbón de lo alto de la Sierra. ¿Estará entre ellos el marido de Josefa?

Las mulas andan penosamente, y para avivarles el paso, los piconeros, de vez en cuando, les “aguijonean” la barriga con las puntas de sus finas varas de olivo a estos animalillos que tanto han hecho por el hombre a lo largo de la historia. ¡Qué pena me da de ellos!

Un hombre de aspecto sucio, con una gabardina muy negra, que tiene visos de no haber sido lavada hace seis o siete años, barba larga descuidada, botas de cuero hasta media pierna, con más mierda que un jamón, en el fragor del calor, repite una y otra vez una letanía de improperios cuyo significado no alcanzo a comprender.

— Siete años en la cárcel de Córdoba por culpa de los jueces corruptos; siete años sin comer ni beber...Así una y otra vez, en un tono monótono y aburrido, pero constante.

—Cómo me fascinan estos personajes únicos e irrepetibles de Córdoba, víctimas de la marginación más severa, y a los que Gumersindo tiene dibujados, uno a uno, en un viejo cuaderno de dibujo.

Abre una hoja nueva del bloc de dibujo y se sienta en un banco mientras el hombre de la gabardina sucia se le pone a “tiro”.

— “Ocho años en la cárcel de Córdoba por culpa de los jueces corruptos. Como me dibujes en ese cuaderno, te pego dos hostias,... sin comer, ni beber”...

— Alabado sea Dios. Amén.

CAPÍTULO VII

Donde se relata la vuelta de Gumersindo a las Ermitas, así como otras cosas dignas de tener en cuenta, como cuando el demonio no tiene nada que hacer, en algo se tiene que entretener.

Serían las doce de la noche cuando Gumersindo llegó a la Plaza del Potro.

En las puertas de las casas había gente sentada en sillas que se deleitaban contando cosas curiosas y extraordinarias que habían sucedido en España, y que se transmitían de boca en boca, tratando de pasar de la mejor forma posible, el calor, que a aquella hora de la noche, todavía “mostraba sus respetos” a los presentes.

Un ligero olor a moñas de jazmines se esparcía por la plaza, donde dicen que Cervantes deambuló en su visita a la ciudad. Con ellas, los lugareños luchaban contra los gordos y enormes mosquitos; muy gordos, que procedentes de los sotos del río Guadalquivir, chupaban la sangre de los contertulios para su desgracia.

Una mujer de edad avanzada se acercó a nuestro querido aspirante para preguntarle de qué orden era y a dónde llevaba el agua de las cubetas a aquellas horas de la noche, a lo que contestó Gumersindo, “que a orden concreta, no pertenecía, que pretendía entrar en los ermitaños del Desierto de Belén, en las Ermitas de Córdoba, y que a ello se afanaba, tratando de superar la prueba que el superior de las Ermitas, le había puesto, y en la que llevaba invertidas ya, más de tres horas, desde que saliera del Cerro de las Víboras con destino a esta fuente, en la que ahora se encontraba, y, que hacían llamar del Potro, pero que él no sabía ni el por qué ni el cuándo de dicho nombre. Pero, que como hombre que se consideraba instruido, puesto que había leído mucho, sobre todo, a los clásicos, dejaba el nombre para los que se lo pusieron, que por algo, se lo habrían puesto”

Y como Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, aprieta, pero no ahoga, mira por dónde, se encontraba desfallecido después del calor tan insoportable que había pasado, no sólo en la subida a las Ermitas, sino en la bajada, dada la hora tan apretada de calor en que había descendido, pero Dios, que es misericordioso con los que cumplen sus preceptos, y con los que le aman, y cuida con cariño de su rebaño, del cual, él era la oveja más humilde, le había puesto ante él, a aquella digna señora para que lo socorriese de tanta necesidad como tenía ahora, puesto que no había entrado ni un solo gramo de comida en su estómago desde hacía la respetable cantidad de ocho horas nublándosele la vista ya, y teniendo la

necesidad de reafirmar los pies, a cada paso que daba, por la inestabilidad que traía consigo, tal era la debilidad tan extrema que arrastraba.

La señora, que respondía al nombre de Dolores, se le ofreció por la caridad que debemos de tener unos cristianos con otros para darle un plato de salmorejo, y, unos vasitos de ajoblanco, con los que repararía su maltrecho físico, a la vez que le ofreció una habitación que tenía libre, por si quería descansar antes de emprender la subida a su destino, porque lo que se dice, cansado, sí que debía de estarlo a la vista de las ojeras que arrastraba y la lasitud de sus movimientos.

Quiere decir, que al oír nuestro querido aspirante a ermitaño las palabras salmorejo y ajoblanco, los jugos de su dolorido estómago se alborotaron de tal manera que amenazaban con salirse y le pedían a “gritos” la libertad de irse a otro estómago más adecuado.

Puso doña Dolores la mesa con los mejores manteles que tenía para homenajear a tan distinguido huésped, bordados por ella misma en el largo periodo de tiempo que duró su noviazgo, antes del casamiento, que se vio truncado, porque el hombre que le prometió amor eterno, se llevó lo más digno que tenía su cuerpo, y aún hoy, después de 60 años, continúa esperándolo, no ya para casarse, sino para pedirle cuentas de la faena que se cargó con ella dejándola con el ajuar preparado, compuesta, deshonrada, y, sin novio.

Doña Dolores, mujer atenta donde las haya, sobre todo, con los religiosos, porque ya no se fiaba del resto de la gente, trajo un primer plato de sopa de picadillo con mucho alimento y adornado con trocitos de huevo y pedazos de carne de pollo con ramitas de perejil. También le puso un buen cuenco de ajoblanco.

De segundo le puso un plato de salmorejo refrescante hecho con pan de telera y los mejores tomates de Alcolea, unos dientes de ajo de Monturque, pimientos de las huertas de la Fuensanta, una cucharaditas de aceite de oliva virgen extra de los campos de Priego, y unos trocitos de huevo duro de gallinas camperas.

Cuando Gumersindo vio el plato de sopa de picadillo, agarró la cuchara, y cucharada tras otra, fue engullendo aquella sopa que revivía a los mismísimos muertos. ¡Qué bien le sentaban a su corazón aquellos trocitos de perejil! Después la emprendió con el plato de salmorejo que doña Dolores le puso sobre la mesa, hecho con tomates “coloraos”, agarró la telera, y sosteniendo con sus manos el tenedor, fue echando sopa tras sopa sobre aquella masa celestial más propia del cielo que del terrenal terruño.

Los jugos gástricos se le volvieron a alterar, y también los epigástricos, suplicando a la señora que abreviase la charla que tenía, y que comieran sin hablar porque no podía aplicarse con atención a disfrutar de

tan selecto manjar, y, los jugos, de puro alborozo, amenazan salirse por la misma puerta de la cabeza.

Pero mira por dónde, el diablo, malo, malo, mira que es malo, ¡Cándido!, que ya se había levantado de la siesta, se entrometió nuevamente por medio tratando de que el pobre de Gumersindo no probara bocado para su martirio y tormento.

Y doña Dolores, mujer de santas costumbres donde las hubiese, dijo a nuestro querido aspirante a ermitaño, que sus padres, cristianos, le habían dejado no solo sus valores, que le habían servido para mucho en la vida, sino que le habían inculcado la santa costumbre de rezar, para dar gracias a Dios antes de comer, Bendito sea Su Santo Nombre, por los alimentos que iban a tomar, a lo que nuestro querido aspirante a ocupar una de las veinte ermitas vacantes en el Cerro de las Víboras, le dijo, “que también él tenía esa costumbre heredada de sus padres”, y, que él, despachaba con “el Niño Jesús que nació en Belén, coma, y nosotros, también”, gracias, don Antonio.

A lo que doña Dolores le respondió que sus padres habían ido mucho más allá que los suyos, y que era costumbre de sus venerados padres, a los que Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, tenga en el sitio del cielo que ellos se merecen, rezar el Santo Rosario completo dos veces al día, en el cual se incluían las letanías, y, que si era buen cristiano, y se iba a dedicar a propagar la fe en Jesucristo entre los hermanos necesitados de la fe, debía dejar la comida para más tarde, y ejercitarse en la santa paciencia aparcando las cosas que no eran importantes para una ocasión mejor, y, cumplir con lo que sus venerados padres le habían imbuido, como era lo dicho anteriormente, a lo que había que añadir, al terminar, y que se le había olvidado, hacer un examen exhaustivo de conciencia, por si Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, decidía llevarlo a su Santo Reino después de una buena comida, y, no lo pillase en pecado mortal, ni aún en venial, que también era pecado, y que se exponía al morir sin haberse arrepentido, a las terribles penas del infierno.

En la mitad del primer rosario, por el misterio tercero, Jesús con la Cruz a Cuestas, las tripas del aspirante a hermano ermitaño, soliviantadas por el maligno, ¡maldito sea su puerco nombre!, dijeron: “Ya no podemos aguantar más,” y se rebelaron prorrumpiendo en toda suerte de ruidos espantosos que asustaron a la buena de doña Dolores, que dirigiéndose al aspirante, le dijo, que dado lo mal de su aparato digestivo, y de que tanta comida podía hacerle daño; lo mejor, era, que, una vez que hubieran terminado lo que les quedaba de lo que tenían que rezar, amén del examen de conciencia, le haría un buen tazón de hinojo, que era muy bueno para sacar los aires del estómago y calmar los nervios atosigados. Que ella creía, que lo que tenía, era eso: aires en demasía acumulados en la tripa por lo

mucho que había sufrido por el calor padecido en la subida y posterior bajada de las Ermitas”.

Nuestro buen amigo y aspirante a ocupar un puesto de ermitaño en el Desierto de Nuestra Señora de Belén, viendo que la noche se le iba a ir, en rezos y más rezos, porque Nuestra Señora quiere que le recemos, que la amemos más que a nadie, pero que también, como hijos suyos que somos, no quiere que muramos de hambre, y viendo que la comida se le escapaba, y, no pudiendo aguantar más, le dijo a doña Dolores, que sus padres, que en gloria estén, también le habían enseñado a dar de comer al hambriento, y, a socorrer a los necesitados, que podía guardar la comida para los pobres de mañana, y, que él, viéndolas perdidas todas por todas, las de la comida, puso esta excusa para tratar de irse de la casa y pescar algún barbo en el Guadalquivir cercano ,a lo que era muy aficionado, tratando de calmar a sus muy excitados líquidos estomacales, lo que a doña Dolores le pareció muy bien, ya que Gumersindo no estaba por la labor de cumplir todos los requisitos que ella le pedía antes de poner las manos en lo alto de los manteles.

CAPÍTULO VIII

Donde se narra cómo doña Pilar enseña a los vecinos cómo se hacen el salmorejo y el ajoblanco, y otras recetas dignas de ser tenidas en cuenta a la hora de comer bien, como la sobrejusa, el gazpacho de jeringuilla, y el estofado de chorizo con carne de cerdo y patatas.

Dejemos querido lector a nuestro aspirante entretenido en construir una trampa tejida con juncos y cañas para capturar algún barbo inocente con el que reparar sus maltrechas fuerzas.

Dejémosle con sus oraciones, sus desvelos, y sus ansias de espiritualidad, tan en desuso hoy donde priman otros valores menos sublimes, como el apego al dinero, la posición social, la belleza, la inteligencia, el expolio, el robo, la extrema delgadez, la juventud, lo soez, lo escabroso, la increencia, las representaciones teatrales irreverentes, la continua chanza del cristianismo y de sus representantes más altos.

Porque no se puede mantener a un hombre joven en situación de hambre continua, como mantenía el recordado Dómine Cabra a sus pupilos en el hospedaje, salvo que sus huesos renieguen de la carne a la que están pegados dejando que el esqueleto se vea desprovisto de los tirantes que lo sostienen y le dan consistencia, abocándose al exterminio.

Llegó la hora suprema en la que doña Pilar desbarataba las reuniones en la puerta de las casas en las que los tertulianos se sentaban en las sillas de anea donde anidaban las chinches que tenían que ser eliminadas con la vieja maquinilla que echaba un líquido al que llamaban “flix” y que mataba a tan molestos moradores del lugar donde descansaban las posaderas.

Y cuando doña Pilar comenzaba a disertar sobre los alardes culinarios de sus antepasados, cada cual cogía su silla y procuraba acercarse a tan docta cátedra del saber de la cocina buscando un puesto preferente para oír unas palabras sabias que alimentaban más que la propia comida.

— Porque, desde aquí, quiero pedir a las autoridades culinarias que no se olviden del gazpacho de jeringuilla; sí, aquel que se hacía con agua, unas cucharaditas de vinagre y aceite de oliva virgen extra al que se añadían unas sopitas de pan y trocitos de pepino, y, que se echaba en una fuente grande y que congregaba en torno de él a todos los miembros de la comunidad familiar que comían y bebían en el mismo plato hasta dar cuenta del total del mismo, hoy que la familia está amenazada con las “otras familias”, que no lo son, aunque les den consistencia legal con

“autorizaciones” legales que rayan en lo paranoico. Porque la auténtica familia es la que está destinada a la procreación, la crianza y la educación cristiana de la prole, al cuidado de los hijos, auténtico tesoro de la Humanidad y garantía de la perduración de la misma, fermento donde nace el amor auténtico, y, no destinada, exclusivamente, al goce por el goce, como persiguen los otros mal llamados “matrimonios”.

— ¿Y qué me dicen de la auténtica sobrejusa, la que aprovechaba las habas ya granadas y en todo su esplendor, las que dormitaban en las vainas empapándose de calor, grandes, muy grandes, esperando su jubilación forzosa?

— ¡Ay la sobrejusa! Con sus habas echadas en remojo en agua hasta lograr desentumecer sus carnes y devolverles su elasticidad, acompañándolas con pimientos, cebollas y cabezas de ajo en abundancia, y, que una vez preparado el sofrito, se las introducía en aquellas santas y milagrosas aguas de la Pandueca para su bautismo culinario, como si de un nuevo Jordán se tratara, y a cuyo evento, — como dicen ahora—, no podían faltarle unas buenas tajadas de chorizo de Espejo, el que el llorado Lorenzo y familia elaboraban con todo el amor y el cariño que sus hábiles manos les proporcionaban, ni tampoco los huevos cuajados.

La noche se había parado y la luna llena, en todo su esplendor, no osaba adelantarse por su cuadrante para no dejar a la señora y a sus oyentes en la oscuridad. Porque cuando doña Pilar hablaba, con la sabiduría que le caracterizaba de los maestros viejos, el silencio se adueñaba del recinto, los gatos se iban a maullar a tejados lejanos, y, las ratas, como si de un nuevo San Francisco de Asís se tratara, se quedaban quietas escuchando el “ensarto” sabio de palabras, que sabían más a aromas, y sabores nuevos, que a mierda y basura que era de lo que ellas se alimentaban.

Hasta las ranas dejaban su croar para que en el silencio de las orillas del gran río Guadalquivir les llegase la música de aromas, alimento puro sin conservantes ni colorantes, espesantes, potenciadores del sabor, apelmazantes, ni antioxidantes, ni nada.

Y la noche, quieta, muy quieta, no se atrevía a moverse quedándose fosilizada en donde estaba para no romper un proceso natural y grandioso que había alimentado al género humano durante muchos años, y, que ahora, por mor de las nuevas tecnologías y el afán de lucro, —mucho más—, del ser humano, al que no le importa poner en peligro la salud de sus congéneres, amenazaba con llevarse a la tumba definitivamente tan apreciado y nutritivo alimento.

Y había una pugna tremenda, casi a muerte, entre los ingredientes originales, los auténticos, los mejores, los de siempre, los de la excelencia culinaria, y, los nuevos, los progres, los industriales, los químicos, que venían arrojados por las nuevas tecnologías, los chef, los master chef, los

garantes de la conservación, pero que entrañaban peligros graves para la Humanidad poniendo en interrogante si producían o no la terrible “pupa viva” que a tanta gente se llevaba al huerto de los cipreses.

Y llegaba al delirio cuando doña Pilar hablaba al auditorio de las excelencias del ajoblanco que curaba el cáncer, o, impedía que apareciera, y la gente iba provista de sus jarritas para tomar el sacrosanto gazpacho, que la señora repartía, a la vez que hablaba, y donde el rey era el ajo blanco de Montalbán, y no un sucedáneo chino, que maridándose con el aceite de oliva virgen extra, primera prensada en frío, fabricado en almazara tradicional con rulos de piedra, consumaban su “matrimonio” en el dornillo acostándose con unas habas puras y duras que habían enternecido sufriendo largamente los calores de los últimos días de mayo en las campiñas cordobesas, cuando la ciudad olía a azahar, y las calles se engalanaban con las cruces de mayo hermoeadas con claveles rojos, y los Patios dejaban atrás, a veces, un invierno crudo y blanco, luciendo lo mejor de las plantas de aquí, con sus flores de gitanillas, geranios, jazmines, damas de noche, galanes de noche, subiendo por las paredes, casi hasta los tejados, en un ofrecimiento al cielo y a la divinidad, de lo mejor, que Ella, bendita sea, había creado para goce de nuestros ojos y disfrute de nuestros sentidos.

Todo ello bien “traznado” con la machacaera, el aceite de oliva extra virgen y el vinagre puro de vino de Montilla, y, bañado con las dulces y finas aguas que la Madre Naturaleza deja caer sobre esta bendita tierra de María Santísima, siempre pura, y de Nuestro Señor Jesucristo, que Dios bendiga.

Una lechuza, vecina de la Santa Catedral cordobesa, en cuyo crucero tiene su casa, había venido a posarse sigilosamente bajo el alero de una vivienda de la Plaza del Potro.

No había pasado desapercibida entre los oyentes, ni tampoco para doña Pilar, porque ella sabía que en tocando a hablar del aceite de oliva virgen extra, la lechuza, amiga de lo bueno, y estuviera donde estuviese, buscaba acomodo cerca de los oyentes, ya, que ella, por circunstancias ajenas a su voluntad, se veía abocada a proveerse para su contento de aceites de mala calidad chupados de las lamparillas que iluminaban el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, y, aunque su extraordinario olfato, cuando la operación de carga de las lamparillas se realizaba por el sacristán de turno, que cambiaba el bueno por el malo, la alertaba tratando de evitar el canje fraudulento con incursiones cercanas al pobre sacristán que no podía evitarlas.

Después venían las quejas ante el Deán, de los donantes, por el chisporroteo que producían las lámparas del Santísimo, Bendito sea Su Santo Nombre, y que el truhán atribuía al mal estado de los cobres de la lamparilla por su antigüedad, a las corrientes de aire que se producían

dentro del templo conquistado en buena hora por San Fernando al Islán, y a las roturas de los cristales de las ventanas altas que no se reparaban por falta de presupuesto.

CAPÍTULO IX

Donde se cuenta la bajada a los infiernos de Gumersindo y de lo que vio allí el aspirante a ermitaño y de lo que quiero dejar constancia en este capítulo para que las generaciones futuras cambien su modo de vida licencioso, si quieren ganar el cielo duradero y eterno, porque todo lo demás, es, farfolla y transitorio.

Aquí le tienen ustedes, con más hambre que David Blaine después de estar metido siete días en el agua y no conseguir superar la prueba mundial de permanencia que estaba en diez días.

Y los peces siguen sin picar con este artilugio que no falla...”Ahí parece que viene uno... ¡A ver qué pasa!... Está entrando; entra, entra, y, ¡zas! ¡Ya está dentro!”

Así, que, a nuestro querido amigo el Ermitaño se le acabó el hambre, porque una vez cogido el inmenso barbo, lo despellejó, y, con cuatro tablas viejas, y unas cuantas de hierbas secas, hizo una pequeña candela en la que asó el pez dando buena cuenta de él, salvando la crisis de hambre que lo despedazaba.

Después de tan suculento banquete, y, como ya eran altas horas de la madrugada, nuestro querido amigo, postrándose en el suelo, se dirigió a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, en los términos que siguen:

*— Bendito seas Dios mío,
por haberme protegido
durante todo este día.
y por haberme ayudado
a superar todas las dificultades
que se me han ido presentando,
y aunque hubo un momento
en que desfallecía,
—por el terrible calor que hacía—,
te doy las gracias
por haberme salvado.
Amén.*

Y, como la noche avanzaba hacia arriba, haciendo cada vez más claras las luminarias del firmamento, aunque no eran horas de pensar, dedicó unos minutos a observar aquel espectáculo que se le ofrecía ante

sus ojos y que demostraba claramente la existencia de Dios. ¿Porque quién podía haber hecho una cosa así de grande, de una magnitud que no podía ser medida, y, a la que no se le conocía ni principio ni fin, ni había suficientes números en el sistema métrico decimal para escribir sus auténticas dimensiones; aún más: que lo hizo sin materia preexistente, lo que ahonda un misterio tan grande...

Porque le asaltaban las dudas sobre la existencia de Dios más de una vez, ¿o eran pruebas del demonio?, ¡maldito sea su nombre!, y se reafirmaba en su fe cuando esto le sucedía pensando en aquel Universo tan grande, con tantas estrellas, constelaciones, nebulosas, agujeros negros, que no se podía haber hecho solo, o, a partir de una bolita pequeña que explotó...

En estas estaba cuando la noche se lo llevó a otras latitudes más tranquilas, y, el cuerpo, agotado, dejó el control a su sueño, que trabaja mientras nosotros dormimos, y hace, que con su "especial protección", nosotros podamos tener un descanso para nuestro molido cuerpo, cosa, que si no fuera así, nos convertiría en meros fardos que se tiran al suelo y no se pueden levantar.

Y cuando entró en el mundo de los sueños, aquí aparece Satanás, que no descansa llevando almas hacia el infierno, que es su negocio, y lo que más le gusta hacer para contrariar a Dios Padre, Bendito sea Su Santo Nombre, y bendita sea su protección frente a tan terrible y feroz monstruo.

Y he aquí, que, Gumersindo,— después de haber visto a la Madre del Cielo en una aparición majestuosa rodeada de todos los santos, ángeles y ermitaños, y teniendo en su regazo al niño Jesús, ahora, por interés del que no duerme, para cargar las almas de los descarriados y llevarlas al Averno, que es su negocio, el que le da más fama, y al que más miedo se le tiene, aunque algunos no crean en su existencia—, se encontró en las mismísimas puertas del infierno.

Y la primera impresión que tiene nuestro querido aspirante a ermitaño, con la ayuda de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, es, la de un enorme murmullo atronador conforme se acerca uno hacia la puerta del mismo infierno, y la de un inmenso gentío que en filas se va acrecentando poco a poco con la llegada de nuevas expediciones de condenados, sin que esa gran multitud de personas disminuya.

Y cuando fija la vista, para no dar crédito a sus ojos, los modales de los demonios, ayudantes del Jefe, maldito sea su nombre, no le parecen nada respetuosos con los Derechos Humanos, puesto que los palos, los pinchazos, los latigazos, los escupitajos a los encadenados, tratan de hacer volver a las filas a los que arrepentidos de su pasado de pecado, buscan el perdón de Dios, que ya ha dictado sentencia irreversible.

Y la forma de hacer que entren los condenados hacia dentro choca con cualquier tipo de compasión, se trate del ser que sea, y del delito que haya

cometido, aunque haya sido el peor de los humanos y sus crímenes hayan sido detestables.

Y los “biergos” de acero, grandes, grandes, ensartan los cuerpos de los condenados conforme van llegando, y en algunos de ellos los demonios enormes y fuertes pinchan más de un cuerpo, los cuales se retuercen de dolor haciendo con sus gritos que el ambiente sonoro se vuelva insoportable.

Y, Gumersindo, que va de invitado con Belcebú, está a punto de ser izado por uno de estos instrumentos punzantes, cuando el Príncipe de los Demonios, grita:

— ¡A ese no; a ese no! A éste lo tengo destinado a ser testigo del Averno para que cuente a los demás lo que ha visto, para que se den cuenta que el infierno no es una mentira, ni ficción, sino pura realidad y al que no le han faltado clientes en ninguna época de la Historia de la Humanidad, lo que da consistencia y grandeza a nuestra labor, — que no es poca, dijo Lucifer, maldito sea su pestilente nombre de redomado y puto cabrón. Y añadió:

— Nuestra rebelión contra Dios no fue en vano ya que hicimos méritos contra Él, y por nuestra actitud de intolerancia y soberbia hacia su persona, y por nuestro deseo de ser como Él, fuimos castigados eternamente al Infierno, donde no sólo ayudamos a entrar a los cristianos malos que mueren sin arrepentirse, sino que nosotros mismos fuimos castigados con los castigos destinados a los que mueren en pecado mortal; por eso cargamos con más inquina contra los que aquí vienen.

Y dando un gran alarido, y con la cara descompuesta, pegó un salto, y con sus grandes alas penetró como un rayo por las puertas del Averno llevando el terror a cuantos estaban pendientes de entrar, viéndolo pasar, y cayendo al suelo despavoridos.

Y nuestro personaje, Gumersindo, aspirante a una espiritualidad que iba cayendo en desuso en Occidente donde ganaba campo el relativismo, combatido duramente por los últimos Papas, cayó en tierra, y levantando las manos al cielo entró en éxtasis siendo visto por todos los condenados prorrumpiendo en las siguientes palabras que fueron escuchadas por todos los presentes, y, también, por todos los que estaban siendo sometidos a las torturas previas a la clasificación en los diferentes estamentos del infierno. Lo que se oyó, fue lo siguiente:

—Dilectísimo Padre Dios, muy amadísimo y querido por todos los que te amamos. A la vista de este espectáculo, difícil de describir, y aún menos de soportar por la persona humana, dónde lo horrendo supera todas ficción, y al que están destinados todos los que no cumplen tu Santa Ley, y hacen tu Santa voluntad, yo te suplico, Padre amadísimo, que tengas piedad de todos ellos, de los condenados, y en un gesto de tu Magna Misericordia, les des otra oportunidad para que se arrepientan y vivan.

De golpe se hizo un gran silencio. Los demonios dejaron de trabajar. Los condenados se quedaron a las puertas del Infierno y se paralizó toda la cadena de introducción de nuevos ingresados; también las cintas transportadoras de los desechos humanos que "vomitaban" las máquinas seccionadoras y que los sacaban hacia el exterior se pararon esperando una respuesta, una palabra de la Divinidad Plena...

Pero no hubo una respuesta hacia aquella petición de magnanimidad, de misericordia, por parte de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre por lo siglos de los siglos, amén, dando a entender que la decisión tomada con aquellos pecadores era la adecuada y definitiva y no tenía vuelta atrás, lo que comunico a ustedes porque todavía están a tiempo de arrepentirse— como lo hiciera San Juan de Dios tras oír un sermón de San Juan de Ávila tirándose al suelo, diciendo que era un gran pecador, a la vez que solicitaba el perdón del Altísimo—.

Y las máquinas volvieron a funcionar con un estruendo enorme. Nuevamente entraron en acción las bombas extractoras de la sangre derramada que desde el interior del infierno era sacada al exterior vertiéndose en un río grandísimo y rojo que emanaba vapores de la sangre que todavía estaba caliente y que comenzaba a enfriarse.

También reanudaron su ritmo frenético de trabajo las grandes cintas transportadoras de los elementos pestilentes, que por miles de toneladas eran sacados al exterior convirtiendo los alrededores de la entrada del infierno en una sala inmunda donde las náuseas y los vómitos de los aspirantes al ingreso, eran permanentes

CAPÍTULO X

En él se cuenta el convulso despertar que tuvo Gumersindo tras el sueño pavoroso del infierno, la elaboración de una lista de personas que deberían estar en el mismo, y otra, de aquellas, a las que se les reserva el sitio por actos graves contra la humanidad, o, la Ley de Dios.

Se levantó el bueno de Gumersindo con el cuerpo propio de los torturados en las cárceles cubanas, en el Gulav soviético, o en la Alemania nazi, con el cuerpo convulso, hecho polvo, y con unas náuseas tan grandes que el cauce del Guadalquivir cercano fuera poco para contener lo que sus adentros lanzaban al exterior.

Y extenuado por los vómitos, y compungido y horrorizado por la visión tan tremenda que había tenido del infierno,— que era mucho más fuerte que lo que a él le habían contado en los ejercicios espirituales y sermones de cuaresma—, hizo la promesa solemne y perpetua de dedicar toda su vida a "alertar" a los cristianos de las penas gravísimas del Infierno, porque el Infierno era una realidad—, puesto que él lo había visto—, aunque la Divinidad, Bendito sea Su Santo Nombre, había tenido la deferencia para su persona de mostrárselo en la realidad, para que él lo comunicara a los demás seres humanos, para que arrepintiéndose, vivieran eternamente, salvándose y librándose de tan tremendo y eterno castigo.

Ya un poco mejor, y rehecho un poco de tanta pesadumbre, no sólo física sino psíquica, se fue a donde un rebaño de cabras pastaban para aplacar sus estómagos doloridos de hambre.

Y vio cómo unas cabrillas, no mayores de un año, se afanaban en comer unas hierbas verdes de hojas no muy grandes que despedían un agradable olor.

Y haciendo caso de los sabios consejos que le había dado un amigo pastor en su juventud sobre la "inteligencia" de las cabras para saber qué plantas comer sin que le hicieran daño, alimentándose y curando a la vez sus enfermedades, se acordó de lo que le dijera en cierta ocasión:

—“Si te ves en un aprieto, como si la comida escasea en época de sequía, tú, Gumersindo, te vas tras la cabra, y come de lo que ella coma”.
¡No te hará daño!

Y le hizo caso, como si de un galeno especialista, se tratara. E hizo un buen acopio de hierbabuena, de la que dio buena cuenta, sentado, y que crecía a la entrada del Molino de Martos, cerca de la Ermita de los Santos Mártires.

Y su estómago volvió a entrar en Cordura alcanzando los parámetros normales de un estómago bueno, alimentado, y distendido. Y

comenzó a ver las cosas por el ángulo bueno de la vida, y pensó que Dios había inventado el infierno para castigo de los malvados y había reservado sitio en él para todos los que habían hecho daño a sus semejantes, a Él mismo, Bendito sea Su Santo Nombre, a la familia, a la sociedad, y, a la Santa Madre Iglesia.

Y comenzaron a pasar por su mente los nombres de los aspirantes, o, de los que ya habían ingresado en el Infierno, y, que él, no tuvo la suerte, como Dante, de verlos cuando bajó al mismo. Aunque, de Dante, pensaba, que lo que había escrito en la novela, era eso: ¡una novela! Y que se había quedado corto, y que la visión que él había tenido del Infierno era más real que la del escritor italiano, y, que por cierto, el escritor, no hablaba en ella, de los padecimientos físicos y psíquicos que sufrió al contemplar la horrenda visión de tan infernal sitio.

Y Gumersindo empezó a elaborar la lista de los internos del Infierno que él vio, y en la que incluye a los siguientes :Nerón y muchos Emperadores Romanos por la persecución de los cristianos, Atila, rey de los Hunos, por sus ferocidad y sed de sangre, los vikingos, por lo mismo, los Califas musulmanes, por los excesos que cometieron contra los cristianos, algunos reyes Cristianos, por lo mismo, realizado con los musulmanes, lo Señores Feudales, por su falta de respeto para con su vasallos, algunos representantes de Órdenes Religiosas, porque no se dedicaron a amar al prójimo y no cumplieron los votos que habían prometido, algunos reyes durante la conquista de América, porque se excedieron en su celo y no respetaron a los indios, Cortés, porque engañó a Moctezuma, y una vez que consiguió el oro de los indios, lo mató, incumpliendo su promesa, los turcos que participaron en correrías por Europa matando y violando sin sentido, todos los Reyes que utilizaron la guerra como medio de expansión y de aumento de su poder y su influencia, todos los Virreyes que se trajeron el oro de América esquilmando a sus poseedores, piratas, corsarios, y gentes de esa ralea, los socialistas del PSOE que contribuyeron a la llegada de la Guerra Civil Española, Santiago Carrillo por lo de Paracuellos del Jarama, todos los generales que implantaron dictaduras en España y en el mundo, los que mataron a Federico García Lorca, también los que mataron a los Álvarez Quintero, Calvo Sotelo, Hitler a lo más profundo del Averno, Stalin, Lenin, comunistas que mataron a muchos millones de personas, todos los que colaboraron en la construcción de la bomba atómica y su utilización contra seres humanos indefensos, Napoleón y sus generales que tanto dolor ocasionaron por Europa, los que contribuyeron a las guerras mundiales, musulmanes, ayatolás, talibanes, terroristas suicidas, los que ayudaron a la masacre del 11— M en España, los que permitieron que no se supiese la verdad de los que lo hicieron, los que destruyeron las Torres Gemelas, todos los que mantienen y ejecutan la tortura en las numerosas cárceles del

mundo, Fidel Castro, carcelero de su pueblo y su hermano el borrachón, el Che Guevara, Ho Chi Min. Mao Tse Tun, sin complacencias, los emperadores chinos que se excedieron en sus funciones, Hiro Hito porque pudo evitar que los americanos tiraran la bomba atómica sobre su país y no lo hizo, todos los Presidentes Americanos que ocasionaron dolor y sufrimiento al pueblo, Sadam Husein porque mató a muchos iraquíes y gaseó a los kurdos, todos los que practican la mal llamada Guerra Santa contra los infieles, la ETA al infierno, todos los independentistas al infierno, el Ira al completo, todos los andaluces que no supieron sacar del subdesarrollo a Andalucía, empresarios que usaron el contrato basura para sus asalariados, todos los profesionales que cobraron tarifas abusivas en su labor, comerciantes que estafaron a los compradores, políticos que esquilmaron a los pobres con impuestos abusivos, los causantes del asesinato de miles de jóvenes en la plaza de Tianamén, la ministra Trujillo que quiso meternos en los minipisos donde la agresividad aumenta, Zapatero por dictar normas contra la moralidad y dejar tiradas a las víctimas de la ETA, periodistas que comieron del pesebre, cadenas de televisión porque pervirtieron a la juventud con la pornografía, y Polanco, sin atenuantes, Obama por no acabar con la dictadura cubana, Jordi Puyol por enriquecerse a costa de otros, y Pablo Iglesias, por no declarar todos sus honorarios en el ingreso en el Parlamento Europeo y por comer en restaurante de lujo y no dejar propina, por incitar a la violencia, y por no condenar la dictadura de Castro, ni de Chávez, ni de Maduro, “el que veía a Chávez convertido en un pajarito que le hablaba y le daba consejos”.

Hecho lo cual se postró en el suelo y pidió perdón a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, por las omisiones, que como ser humano limitado hubiese podido cometer, y también, por si llevado por un exceso de celo hubiese condenado al que no lo merecía.

CAPÍTULO XI

De la entrada de Gumersindo en el Molino de Martos de Córdoba y de lo que allí vio; también de su vuelta a las Ermitas con las dos cubetas llenas de agua y otras cosas dignas de ser contadas.

Y como dice el dicho popular, " que no hay mal que dure cien años", mira que, nuestro querido y admirado amigo Gumersindo, toma un poco de respiro,— porque en todos los trabajos se fuma—, y, más descansado y tranquilizado de su visión del infierno, se sienta en unas piedras grandes que hay junto a la entrada de un gran caserón que se mete casi en el mismo río.

Es el molino de Martos, que lleva muchos años sin funcionar, y, que, en tiempos antiguos, se dedicaba a moler el grano que venía de la campiña aprovechando la corriente que el río le proporcionaba.

Pero Satanás, ni come, ni duerme, ni para,... y está empeñado en que este buen hombre, Gumersindo, a quien Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, proteja, no vaya a las Ermitas, ni, mucho menos que profese como ermitaño. Porque su cometido como jefe de las Fuerzas del Mal, es llevar almas al infierno, y, éste, si no se tercia, lo va a tener muy difícil; máxime, cuando Satanás se ha tomado como cosa propia estropear su camino, y ha echado un pulso a la Divinidad, Bendito sea Su Santo Nombre.

Y está Gumersindo pensativo en un callejón solitario, cuando, de golpe, ¡ZAS!..., alguien, con un pañuelo, le tapa los ojos y lo introduce en el interior del mismísimo molino—, que no tiene nada que envidiarle al Averno—.

Y ese alguien, tiene tanta preparación en el secuestro, que Gumersindo, aspirante a ermitaño, ¡no rechista!

Y cómo iba a rechistar el simpático aspirante a ermitaño si las únicas calorías que ha tomado desde ayer son las que le ha proporcionado un escuálido barbo sacado de las aguas del Guadalquivir con la técnica del embudo de juncos y cañas, calorías que ya están más que gastadas, porque se las debía al cuerpo por los esfuerzos de días anteriores y que le habían sido prestadas por el mismo, a buen precio.

Y cuando nuestro hombre se ve desprovisto del pañuelo que le ocultaba la luz, ve casi igual que antes, porque ahí, en ese sitio inmundo, la luz es muy escasa y la proporciona una brecha que hay abierta en el techo y que está medio tapada en lo que antes fue una claraboya.

El panorama que se le presenta a nuestro protagonista no es nada halagüeño, porque si bien se ha librado de los demonios del infierno, de sus

“biernos”, de la máquina succionadora, del peste nauseabundo del cieno del río, de la sangre más roja y fétida, del ruido atronador, etc., etc., el olor pútrido y vomitivo inunda la larga estancia en la que se encuentran no teniendo ni punto de comparación con el que salía del infierno al exterior. Porque aquí, en uno de sus costados, desemboca una de las cloacas de la ciudad, que al entrar en contacto con el cielo abierto explota en una peste insoportable atrayendo a unos mosquitos tan grandes que no se habían visto nunca por estos lares.

Baste decir que la trompa de uno de éstos hubiese servido para disputar un torneo en uno de los lances de los Caballeros de la Edad Media derribando de un solo golpe a su contrincante.

Y como se ve que la mierda no les gusta, ni tampoco el submarinismo, por aquello de entrar en la cloaca, disfruta y se emociona jodiendo al personal picándoles donde más les duele y ellos pueden sacar el máximo de beneficio de la sangre de los demás sin gastar ni un solo euro.

Pero el puñetero y mal bandido de Belcebú, maldito sea su puto nombre, lo que quiere, es lo que quiere: el alma perdida de nuestro hermano, todavía aspirante..., no para de incordiar. Y cuando abre uno de los ojos, el que más se presta a la maniobra, el panorama que vuelve a ver allí dentro es claramente descorazonador. Ante él se presenta lo que parece ser un hombre, aunque por los rasgos de su cara, yo diría que se trata de un monstruo venido de otro planeta.

Su cabeza es grande, como tres veces la mía, careciendo de pelo en la parte superior, laterales, y parte trasera de la misma, pero le ha crecido enormemente la barba de la que le cuelgan unos diez tirabuzones que le llegan hasta el suelo y por el que tratan de trepar los ratones que aquí ya son familiares de los muchos que hay.

El pecho lo tiene hundido hacia atrás, de donde le sale una gran joroba que aprovecha para colgar sobre ella algunos mendrugos de pan con los que se alimenta; también tiene colgadas algunas latas de los tirabuzones, una taza, y los restos de una tripa de salchichón de burro, mientras que las ratas hacen de la joroba su aposento más apreciado...

Las piernas, además de ser muy cortas, extremadamente cortas, las tiene tan arqueadas que le sirven para dormirse utilizándolas como mecedora.

Y todo lo que tiene de feo, de ogro, de cíclope, porque un ojo no se le ve, y el otro, se adentra en el interior de su cráneo, junto a un profundo agujero que le sirve para ocultar un par de puros recogidos en el callejón, de alguien que los tiró allí después de pagar en alguna boda, a la que entró por equivocación en el momento en el que los novios hacían el paseo ante los invitados y a lo que él no tuvo más remedio que “retratarse” con un regalo para no hacer el ridículo ante la gente que lo conocía.

Y no hablemos de la nariz de la que penden algunas estalactitas ya osificadas de tanto tiempo como no se la limpia. —

Y entre empellón y empellón, —que amenazan la integridad del pobre Gumersindo—, el monstruo pronuncia unas palabras, a veces dobles, que yo intento traducir por la "pasta, la pasta".

En los camastros, que se dispersan por todo el recinto, hay mucha gente echada, durmiendo, o, haciendo como que duermen, pero que animados por el que parece ser el jefe de la cuadrilla, gritan también: ¡La pasta, la pasta! en medio de grandes risotadas

Un olor a un humo muy extraño para mí invade la estancia..., humo que no sé de qué es, y que me invita a dormir..., humo que me está mareando, pero que alguien del "paraíso" me descubre de qué se trata:

— ¡Porros!; ni más ni menos que esta gente está fumando ¡porros!

— ¡Santo Dios! Éstos que están aquí son ¡drogadictos!

— ¡La pasta, la pasta! —vuelve a gritar Carnicerito.

—Pero si es un pobre joven fraile que no tiene dónde caerse muerto.

¡Dejadle!... La próxima vez acertad en la elección, ¿no os jode?

Y nuestro pobre fraile, aspirante a ermitaño, se ve tirado, sin saber cómo, en medio de la calle, por arte de magia, mientras trata de archivar en su memoria todo lo que ha, o mal visto tras su corta estancia en su retina, casi viciada por la escasez de luz, en algo parecido al infierno: Ratas, muchas ratas, ratones, en manadas, mosquitos muy gordos, gordísimos, y mucha peste, una peste tremenda que sacaba los jugos del estómago al exterior, aguas hasta el interior del Molino, nauseabundas, y muchos trastos viejos, y comida caducada colgada del techo con cuerdas para que las ratas no se la comieran.

Y cae en el suelo postrado, Gumersindo, y da gracias a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y, corre, corre todo lo que sus escasas fuerzas y el mareo tan grande que tiene del peste a porros le permiten, sentándose por necesidad en medio de un gran charco de agua en la Plaza del Potro.

Algo recuperado ya aprovecha para llenar las dos cubetas de agua y se encamina hacia el principio del camino que le dejará en la puerta de las Ermitas, de donde no tenía que haber salido nunca, ¡maldita sea su estampa!, nunca, nunca, nunca "mais".

CAPÍTULO XII

En el que se cuenta cómo nuestro maltrecho fraile; o, mejor, aspirante a ermitaño, ve un sitio donde entra mucha gente, y decide...

-Hay gente “pa to” decía el famoso Guerra. Y la verdad, es, que sí: Hay gente “pa to”— digo yo también. Porque la verdad es que hay cantidad de gente en el mundo; en unos sitios, más, que en otros. Y lo que no se atreven a hacer unos, otros lo hacen a plena luz del día y con una gran cantidad de curiosos mirando.

—No me gusta el “mogollón” de gente; por eso no voy a botellones, ni a discotecas, ni a fiestas. A lo que acudo, últimamente, es a las romerías, a las procesiones, y a las funciones religiosas. ¡Allí hay poco peligro! Tampoco me gustan las comuniones porque se han convertido en “bodas” chiquitas. Además, con el terrorismo cada vez más en auge, y la amenaza del integrismo, la cosa se ha complicado sobremanera, porque pensándolo bien, esa gente asesina, lo que quieren lograr cuando matan a seres inocentes, es, que haya mucha sangre, muchas víctimas, miembros destrozados por aquí y por allá para que la gente les tenga miedo y se dobleguen a sus pretensiones.

— Porque digo yo: — ¿Dónde estará escondido ese tal De Juana Chaos que no dan con él? ...Para mí que ese tío lo tienen escondido a buen recaudo los Servicios de Inteligencia, y mientras, nosotros pensando en él tratando de averiguar dónde se encuentra el prenda, y así no nos ocupamos de otra cosa, y, menos aún, del Gobierno, porque los Gobiernos nos consideran seres menores de edad a los que no se les puede contar todo...Pero hoy en día en que la tecnología es la que manda, ¿quién no le dice a usted que nos han construido una réplica del mismo y cualquier día el Ministerio de la Gobernación lo presenta en rueda de prensa, diciendo: “lo hemos agarrado”, y, cambiándole la voz nos dan gato por liebre? ¿No tenía Sadán Husein muchas réplicas que aparecían por diferentes lugares de Irak conforme el propio Sadán lo requería? ¿Fue Sadán Husein al que dieron “matarile” realmente? ¿No sería el muerto una réplica exacta, y, el verdadero, está debajo de una palmera en el desierto tomándose una cervecita cachondeándose de nosotros. ¿No nos mintieron como con el cuento de que fueron a la Luna?... ¡Vaya usted a saber la verdad!

— Por todo lo dicho, es, por lo que no me gusta a mí montarme en trenes, ni en avión, ni en barco. Prefiero ir en bicicleta a todos los sitios, porque ya tengo que tener mala suerte para que venga un “esnortado” y me ponga una bomba en la bici, cuando yo le tenga puesto el candado y la deje sola, y al volver, me mande al otro mundo, porque yo no me meto con

nadie y paso por persona honesta y buena, y me iré de aquí enterito al cielo cuando Dios quiera.

—Yo no quiero la bomba para mí ni para nadie, y si estos asesinos a sueldo quieren matar, pues que hagan como hacían los antiguos: ¡Que se maten entre ellos!

—La pena, es, que si triunfa el malo, pues ya tiene licencia para quitar de en medio a todo el que quiera y no piense como él.

—Hay gente "pa tó", mi querido lector que me soportas leyéndome y qué no adivinas el camino que va a tomar esta novela.

— ¡Qué cambiado está el mundo!

— ¿No te ha sorprendido, que ahora, en este capítulo, nuestro querido aspirante a ermitaño, aparezca 20 años más tarde en las puertas de las Ermitas, y que se plante en los 40 años de edad?

—Pero no te asombres por esta variación del planteamiento que va a tomar esta narración, porque Gumersindo, sigue erre que erre, y nadie le quita su deseo de ser ermitaño, de retirarse a un mundo apartado donde la oración sea lo primero en su vida, con el cultivo de su huerto, la meditación, y sus cuatro santicos.

— La gente viene a tropel a las Ermitas para ver marcharse a los últimos ermitaños, y los coches de caballos aparcen, unos, al lado de los otros. Suenan las bocinas de los vehículos y sus dueños se impacientan porque tienen que ir a mil sitios más, y tienen que hacer la compra para la semana, que creo que es a lo que van, y serán unas horas de la noche en las que el comer y el dormir sean lo que prime. Yo pensé que la gente sólo se agolpaba a la puerta de las iglesias, pero se ve que no. Que las iglesias se están quedando solas y ya casi no las abren, y cuando lo hacen, el sacristán de turno está deseando impaciente que salga el último feligrés para cerrar la puerta e irse a su casita a echar un cigarrito tranquilo.

Y eso que el Papa Benedicto XVI ha dirigido una carta a todos los sacerdotes y a sus Pastores para que abran las iglesias más horas al día en un intento de que las gentes, como hace muchos años, vayan a la iglesia, aunque sea para distraerse un ratito. Pero se ve que no le hacen caso, y para encontrar una iglesia abierta en una ciudad, es necesario tener mucha suerte, o que estén de obras de reforma. Señores sacerdotes: Abran ustedes las iglesias para que el personal entre en ellas, y si tienen algo de valor, obras artísticas, pues amárrenlas bien para que los ladrones no se las lleven. Eric El Rojo ya no se dedica a ello. Tomen nota de los musulmanes que nos llevan mucha ventaja en esto y tienen las mezquitas abiertas todas las horas del día, pero con una diferencia: Que en ellas no hay nada que llevarse, porque no hay santos, ni cuadros, y, que si pillan a alguno robando, aunque sean las babuchas del imán, le cortan una mano por ladrón, y, ¡Alá es Grande!

—Ya sé que en algunas ciudades de España, concretamente en Madrid, se está llevando a cabo un experimento de dejar abierta la Iglesia 24 horas al día con gran éxito de público.

—Porque si un servidor de ustedes, no fuma, ni bebe, ni ve la televisión, ni le gusta ir de compras, ni ir al cine, ni estar en casa, ¿a dónde va a ir?...¡ pues a la Iglesia!

— ¡Qué bueno sería que esta costumbre se extendiera por toda España y hubiera muchas iglesias abiertas todo el día! La experiencia no es muy difícil de llevar a la práctica, y para la vigilancia, se nombran unos turnos de control a cargo de los "Caballeros Orantes". ¡Ora et labora!

— Pues ya estoy aquí a la puerta de unos grandes almacenes, como le llaman ahora, y trato de entrar disciplinadamente, porque hay gente que parece que se le acaba el mundo empujando y corriendo, y comprando cosas sin sentido, y que después, no le van a servir para nada. Pero hay que comprar, para consumir, que parece que no somos nadie si no consumimos; por ejemplo: Por ahí estoy viendo a una pobrecita mujer que trata de subir las escaleras de los grandes almacenes equivocadamente, porque hay una escalera que sube, y otra que baja...Esta señora de pueblo, la pobrecita, se empeña en subir por la escalera que le hace bajar, y la escalera, terca como una mula, la echa, una y otra vez a la calle hasta que alguien le diga: "que para subir hay que tomar la otra escalera", y es, que donde hay mucha gente, hay gente para todo.

— Ahora estoy viendo una familia de varios miembros que no parecen haber venido a comprar nada, sino a comer de balde, ¡ gratis!

— La madre lleva la voz cantante, y los demás miembros de la familia, obedecen. ¡Así, no hay que poner la mesa, ni platos, ni "ná"! ¡Y se ahorra!

—Empieza la comida y la madre agarra una bolsa de almendras que va pasando de mano en mano, y cada uno va recogiendo su parte correspondiente, pero disimulando, porque el disimulo, aquí, en el Proca, se nota mucho más que el comer a cara descubierta, porque hay mucha gente que lo hace como una cosa normal cada día.

— Terminadas las almendras, unas bolsitas de patatas fritas en aceite de oliva, que son muy buenas para el colesterol, y unas aceitunitas de tarro de cristal, y algo de bebida, porque se le hacen unos nudos al personal que van a tener que practicarles una traqueotomía para poder respirar.

—Coman con calma, que aquí, al contrario de algunas casas, no se acaba la comida, porque hay gente que se dedica a reponer lo que falta, y si no hay de lo que usted busca, aunque tenga la cara dura de que se lo va a comer por la cara, ¡pídale!, que se lo reemplazan por otro artículo de igual o menor precio. ¡Y usted coma a sus anchas! Porque en el Proca, con tanta gente, hay muchas cosas que pasan desapercibidas. Pero para mí, que soy zorro viejo, y especialista en que no me manguen nada, disfruto cuando estoy aburrido yéndome a la calle a ver cómo la gente "manga". Y cuando

veo a alguien que “manga” agarro mi viejo silbato, y, ¡al ladrón, al ladrón!... Los ladrones se marchan huyendo despavoridos cagándose en” toda mi nación”.

— La señora de las patatas, o sea, la que se lleva la comida sin pagar, se ha propuesto ahora, que las niñas, pues lleva dos, salgan vestidas del almacén gratis, hoy, y, la ropa vieja, por la cara, la deja ahí en lo alto de las estanterías, y sale con las niñas vestidas de nuevo gratis por donde sale la gente, y no por caja donde hay que pagar ¡Y tan pancha y contenta la señora!

— Pero como estamos en el siglo de las comodidades y nadie quiere problemas, pues, hasta los guardias de seguridad, cuando ven a alguien robando, se dan un giro de 180° y miran hacia otro lado.

— En los supermercados hay vigilantes que tratan de evitar que la gente robe. Cuando se termina el día, el jefe de los mismos controla al personal que despacha que no se lleven nada. ¿Pero quién controla al último controlador?... ¡Ese se lo lleva por la cara!— lo digo yo.

— ¡Qué más da que la gente robe o no! El Proca, dicen, le mete a cada artículo un cargo de un 5% más para compensar las pérdidas de lo que roban, y así, si la gente no roba, sale ganando.¡ Puro negocio para la cadena! ¡No todo el mundo roba!

— Y, ahora, ni usted, ni yo, que no nos dedicamos a robar en los Grandes Almacenes, como ahora le llaman, resulta, que si usted compra algún artículo, le resulta un 5% más caro. ¡Y sale perdiendo el pagano!

— Que como de todo hay en la viña del Señor, y como también hay cajeras que no tienen las pobres ni el Certificado de Estudios Primarios, ni están preparadas psicológicamente para saber quién trata de pasar una prenda con la etiqueta de otro artículo más barato, pues la cosa queda ahí, porque la máquina, que lee como un autómatas, no se entera de que la prenda que tratan de pasar, y que marca ahora 100 pesetas, debería de marcar 140.¡ La máquina es tonta! ¡No piensa!

— Porque si preguntas a una de estas simpáticas señoritas , porque simpáticas lo son, porque para eso sí que las preparan, ¡para ser simpáticas,! que cuánto vale un kilo cien gramos de fresa, de 200 pesetas el kilo, te responden que no saben, pero que ahora mismo te lo dicen cuando lo pasen por la máquina.¡ Así cualquiera!

— Pero eso lo hacen porque no saben que cien gramos de fresas, que no saben a nada, de 200 pesetas el kilo, son 20 pesetas, que es el resultado de dividir las 200 pesetas por 10 fracciones de 100 gramos que tiene un kilogramo. Y que un kilo cien gramos de fresas, son 200 pesetas del kilo más 20 pesetas más; o, sea, 220 pesetas. ¡A dónde vamos a llegar con tanta máquina lista! ¡Si algún día se va la luz, la actividad comercial se paraliza porque no se puede cobrar, ni pesar, ni nada! Me gustaba más la vida de antes, porque un lápiz, que era una mezcla de grafito con madera, si dejaba

de funcionar, no había que ponerle una pila; con abrir la navaja y sacarle punta, era suficiente, ecológicamente hablando, para que su labor se extendiera durante unas pocas horas más... ¡Pero si se va la luz se arma la de Dios es Cristo!

— Mucha máquina y poco cálculo. Así la gente, con los planes educativos, la ESO, la LODE, o, la OTRA, están cada día más torpes, y, si de leer se trata, nunca escogerán un libro engordado de letras, sino uno abundante en fotografías o láminas.

— En mis tiempos de estudiante, utilizábamos la memoria, y nos aprendíamos las comarcas de España, y las diferentes poblaciones de las mismas. Cuando llegaba la época de los exámenes, el profesor, abría el libro, y por dónde salía, te preguntaba de lo que allí veía... ¡Igual que ahora! Los profesores, para evitar que los alumnos se depriman con el mucho trabajo, van liberando materia cada semana, y si no aprueban, pues les dan otra oportunidad, y, si es necesario, los pasan de curso hasta habiendo suspendido. ¡Así nos va!

—Yo sé que hemos recibido una buena herencia económica de Aznar, porque los socialistas, con los Eres, y otras cosas, se llevaron todo lo que pudieron, y tuvo que venir, — como le llaman despectivamente—, el Tío del Bigote, a meter en cintura las cuentas públicas, porque si no, no nos dejaban entrar en Europa.

E hicimos los deberes, y bien que los hicimos, porque el gobierno de ZP estuvo viviendo y comiendo de las rentas del PP, pero por lo que yo veo, esta bonanza económica, les duró poco, y ZP se lo gastó todo, ¡y más! para seguir sentado en el sillón, porque para gastar y robar, los socialistas son maestros, y ZP, en vez de ir a la cárcel, como en cualquier país decente, por habernos metido en la crisis por ignorante,, fue premiado con una renta vitalicia y un cargo.

—Ya sé que los precios están subiendo cada día más, y que el aceite está por las nubes; sobre todo, el bueno. Que el pan vale más que nunca, que la gasolina está para ir andando, o subido en burra, por esos caminos de Dios. Que si le sale a usted una” pupa viva” y no tiene dinero, ya le pueden a usted pillar confesado... Si Rocío Jurado, con el problema del páncreas, y con lo que esa mujer fue, con la pasta que tenía, y con la que trajo al matrimonio su marido, Ortega Cano, pues con la pasta que tenían, tuvieron que vender el chalet para poder pagar los gastos médicos allá en las Américas, pero como la gente se las sabe todas, aunque no haya estudiado economía, idea trucos para luchar contra la carestía de la vida; ahora se lo explico, y si tiene ganas de comprar un televisor de esos último modelo, como el de mi vecina, que su marido trabaja en Sarraco pegando escobazos todas las mañanas por esas calles de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y no le dan más de 600 euros al mes, a la hora de pagar, pues coge la etiqueta del pequeño, y se la pone al más caro,... y así, resulta

mucho más barato. Y estas alumnas de La Londe, no se dan ni cuenta del cambiazo, y si además le ponen cara de mala leche, pues mejor, que mejor, y ahora que se ha puesto de moda promocionar los artículos de venta, sobre todo los de la comida, querido lector, que si quieres ir comido a tu casa sin gastar un duro, te presentas a la hora de las 12, en El Corte Inglés, porque las señoritas que llevan las promociones, colocan trocitos de los productos en promoción en una bandejita, y como lo que ellas quieren demostrarle al jefe, que “se mueven”, no les importa ver la misma cara muchas veces, pasar ante la bandeja para vaciarla rápido, y demostrar, que por allí ha pasado mucha gente y ha probado el producto. Con este procedimiento se van a su casa, ¡comidos! Y, ellas, agradecidos de sus jefes que piensan lo mucho que se mueven las comerciales.

—Yo deseo que todos los seres humanos vivan lo mejor que puedan, y que traigan para su casa y sus hijos todo lo mejor. Pero es que la gente estudia como nadie para disfrutar de los bienes ajenos. Y si tengo que ir al campo el fin de semana a la parcela a cortar hierba, y no quiero doblar el espinazo, que es cosa muy mala para el buen funcionamiento de la columna vertebral, compro y pago en Erobiski un aparatito de esos que llevan un motor y un cordoncillo que va dando vueltas y que decapita todas las hierbas que encuentra a su paso en un santiamén. Una vez usado, usted aprovecha el otro fin de semana para devolverlo donde lo compré, porque a ellos, lo que les interesa es vender, y no pararse por” pegos”, y les dice que el “aparato no es el que quería”, porque no da el rendimiento que esperaba, y acogiéndose al principio comercial de venta, hoy en uso: “Si no le gusta se lo cambiamos por otro o le devolvemos el importe”, pues le devuelven el importe de un aparatito que le hizo el apaño, mi querido lector.

—Y, para terminar este capítulo en el que me he extendido considerablemente, quisiera que en los montes y los aires escucharan una queja de mis propios labios.

—Siempre me ha gustado vestir más bien tirando a mal que a bien. Y hasta en ocasiones, he cogido ropa que otras personas más agraciadas en la vida que yo han dejado tiradas en el contenedor de la basura. Eran ropas que estaban muy bien, pero que otras personas, a las que les gustaba ir a la moda, ya no se iban a poner. Y como los armarios no pueden contener toda la ropa que no necesitamos, porque se “vencen”, ya que los materiales de los que los hacen hoy, ya no son tan fuertes y resistentes como antes, y se doblan con el peso, pues, las tiran en el contenedor de la esquina, y a mí me hacen el apaño, no teniendo que gastar ni un duro en ropas.

—Y es que hoy día, si vas mal vestido, te colocan la etiqueta de “chorizo” a la primera que te ven los guardias de seguridad de los Grandes Almacenes. En cuanto me veía entrar la señorita de la puerta, que no me

conocía de nada, llamaba por el walky, diciendo: "Parriba" va a un chorizo.

CAPÍTULO XIII

Donde se cuenta cómo llega Gumersindo a las Ermitas veinte años después del encuentro con el Padre Prior y de la visión que allí tiene y otras cosas dignas de conocerse.

Está amaneciendo, y cuando las espadas del sol hieren la tierra escribiendo sobre ella destellos dorados que visten de realeza e todos los árboles y arbustos que configuran la flora de las Ermitas, Gumersindo, más fresco que cuando salió la última vez hacia la Plaza del Potro tratando de buscar en las cristalinas aguas en las que bebiese el mismísimo don Miguel de Cervantes y Saavedra la llave maestra que le abriese la puerta de las Ermitas ve sorprendido, a lo lejos, ya camino de Santa María de Trassierra, unos cuerpos oscuros, hieráticos, que se alejan de la Santa Casa como si de fantasma se tratara.

—Por caridad, hermanos. Por el amor que le tenéis a Nuestro Señor Jesucristo, decidme: ¿A dónde vais?, ¿cuál es vuestro destino?

Uno de ellos, sin dejar de caminar, pero compadecido del aspirante a ermitaño le contesta con todas las fuerzas que las cuerdas de su laringe le permiten dada la distancia y la amargura del momento. —¡Somos los últimos ermitaños que habitamos las Santas Ermitas! ¡Nos vamos! ¡Abandonamos la que fue nuestra casa durante muchos años!

—¿Cuál es la razón? ¿Cuál es el motivo para que hayáis tomado esta drástica decisión?

—Sólo Dios nuestro Padre lo sabe. Él nos guía hasta nuestro destino. De Él depende la estela que siga nuestro camino.

—Soy Gumersindo— le dije. Estuve aquí hace veinte años solicitando de su dignidad reverendísima, el Padre Prior, que me admitiera en esta Santa Casa para profesar como ermitaño. Pero el tiempo se apoderó de mí jugándome malas pasadas y las circunstancias más adversas dirigieron mis pasos hacia otros derroteros, sin abandonar nunca, ni un solo momento, las creencias que mis padres me habían inculcado. Ahora, en esta nueva singladura, vengo a cumplir con la prueba que el Hermano Prior me pusiera, y, traigo aquí, las dos cubetas llenas de agua de la fuente de la Plaza del Potro que me encomendó que llenará Aceptadlas aunque os vayáis definitivamente como prueba válida para ser admitido como ermitaño en las Santas Ermitas.

Ermitaño que por su voz más grave y tonos hegemonía parecía ser el padre prior médico:

— Ya te recuerdo mi querido hermano. Pero ahora ya no soy nadie en este santo recinto. Mi autoridad ha sido derogada por decreto obispal. Yo

lo abandono sin saber a dónde dirigirme confiando en que la Divina Providencia encamine mis pasos hacia buen puerto. Deposita el agua de las cubetas sobre los romeros que hay junto a la piedra de la entrada de la portería, que están muy secos, y toma posesión de las Ermitas como tu casa, y como único y exclusivo ermitaño, y ¡que Dios te bendiga y te ilumine en la nueva singladura que ahora comienzas!

— Espere beatísimo padre. Deme su bendición.

Ya no le contestó. Sólo se oía el canto alegre de los pájaros que se saben poseedores de un nuevo día al que la luz del sol reflejándose en todas las cosas ponía identidad. ¡Ya no le contestó!

Cogí las cubetas y las derramé sobre dónde me dijo el Padre Prior para superar la prueba, y, al traspasar las puertas de la Ermita, que estaban medio entornadas, tomé posesión de esta Santa Casa en lo que era el principio de una nueva etapa de la restauración de la vida eremítica y del quehacer de los ermitaños en el Cerro de las Víboras.

En un rincón había una escoba y un recogedor con los que comencé a barrer el largo camino que va desde la puerta de entrada, la portería, hasta la iglesia, y que llaman Camino de los Cipreses. Unas tórtolas cantaban. Dios proveería al atardecer el lugar donde iba a dar reposo a mis huesos.

Mientras trataba de reunir las pocas hojas que el día anterior había depositado sobre el suelo formando unas manchas ocres sobre el mismo, me iba acordando de la terrible hostilidad del emperador Decio hacia los cristianos, lo que hizo que muchos de ellos se refugiaron en la Sierra cordobesa, salvándose del filo de las espadas, dando comienzo al principio de la vida eremítica y de las Ermitas.

Y, yo, el más indigno de los seguidores del Señor, Bendito sea Su Santo Nombre, recomponía con mi acción de entrar en las Santas Ermitas, el eslabón roto que faltaba de la larga cadena de los ermitaños que habían vivido por estas sierras de Córdoba: Fadrique, Cerro de las Víboras, Albaida, Turruñuelos, Desierto de San Cristóbal, Arruzafa, Santo Domingo...

Sabía que mi vida sería dura; muy dura. Pero contaba con la confianza, de que Dios, Santo Padre, Bendito sea Su Santo Nombre, no me abandonaría en la misión que ahora comenzaba.

Y, una vez barrido el Camino de los Cipreses, proseguí aseando el sendero que iba hacia el Mirador desde donde se divisa medio campo de Andalucía, y sobre todo, Sierra Nevada, que se erguía majestuosa, aunque desprovista del manto blanco que la cubre casi todo el año.

Desanduve el camino y entré en la iglesia donde estaba entronizada Nuestra Señora de Belén, cayendo a sus pies.

Y mientras musitaba una oración pidiendo a la Virgen su intercesión ante su Divino Hijo, una musiquilla celestial comenzó a oírse desde el coro de la iglesia.

La iglesia estaba oscura y no se veía a nadie.

Una voz muy dulce le dijo:

— No te muevas porque estás en un lugar santo. Gumersindo, descálzate porque el suelo que pisas es sagrado. Has sido elegido por Dios para restaurar la Orden Eremítica en las Santas Ermitas de Córdoba, por tus virtudes, y tu amor a Dios Padre, Bendito sea Su Santo Nombre, , a Dios Hijo, a Nuestro Señor Jesucristo, a su santísima y siempre casta Madre Virgen María, y a Dios Espíritu Santo.

Mientras oía estas palabras y no atreviéndose a levantar la cabeza, el Arcángel San Rafael, y Pedro de Cristo, me ayudaban a levantarme sosteniéndome con sus brazos.

El Obispo Osio portaba en sus venerables el báculo de su obispado, mientras que hermanos y ermitaños, vestidos a la usanza tradicional, traían en una amplia canasta el “hábito de la soledad”.

La Cruz de Guía de la Iglesia de las Ermitas llevada por un ángel de alto porte precedía aun extenso cortejo de santos, beatos, frailes, ermitaños, sacerdotes, obispos, y hasta el mismísimo Papa Francisco que Dios conserve para bien de su Iglesia. Detrás venía un amplio cortejo del Pueblo de Dios portando palmas en sus manos.

Y arreció el coro cantando el Veni Creator.

Un nutrido grupo de golondrinas hizo su entrada en la iglesia para unirse a tan selecto cortejo, poniéndose a revolotear en torno a la corona de la Virgen de Belén.

El Niño Jesús, Bendito sea Su Santo Nombre, sonreía en el regazo de su Santa Madre.

El Obispo Osio tomó la palabra, y dijo:

— Santa Madre de Dios, Niño Jesús, Santos, Beatos, frailes, sacerdotes, venerables ermitaños, ángeles y arcángeles, Pueblo de Dios. Nos hemos reunido aquí, todos, en sagrada comunión, para proceder a la ordenación como ermitaño de Gumersindo que va a continuar la tradición ermitaña que yo importara de Egipto en el siglo IV para gloria de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y de Nuestra Santa Madre la Iglesia que Dios cuide y conserve. Amén.

Y hoy, en este día caluroso de agosto, en el que ni las golondrinas han querido perderse este acto histórico y memorable, acompañados por el coro de ángeles de la egregia Escolanía del Paraíso, yo, Osio, Obispo de Córdoba, por la gracia de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, defensor de la doctrina de la Iglesia frente a la herejía, te pido a ti, Gumersindo, que te postres en el suelo para imponerte el traje talar.

Dos ángeles de porte majestuoso, con grandes alas, y que resplandecían como el sol, colocaron el traje talar a Gumersindo, el cual, revestido como mandaban los cánones, esperó órdenes del Maestro de Ceremonias.

Comenzó a andar el cortejo inclinándose ante la Santísima Virgen, siempre casta, y la vez que pasaban por delante del altar mayor, giraban para situarse al fondo de la Iglesia.

Cuando le tocó su turno a Gumersindo, el obispo Osio, se dirigió así, a él:

—Ahora que ya has recibido el traje talar en presencia de Nuestra Señora de Belén, y de la Corte de los Elegidos, yo, por la autoridad que me ha concedido la Santa Madre Iglesia, a la que Dios libre de todo mal, te consagro como sacerdote ermitaño de estas Santas Ermitas de Córdoba, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, amén, Jesús.

— ¿Aceptas cumplir con los votos de castidad, pobreza, y obediencia?

— Acepto.

— ¿Aceptas defender a la Iglesia contra las herejías que tratan de acabar con ella?

— Acepto.

— ¿Aceptas a Dios como Padre, a Jesucristo como Hijo, y al Espíritu Santo, tres personas, en un mismo Dios?

— Acepto

—Que toda tu acción esté presidida por la caridad hacia el prójimo, el ejemplo, y el amor a todos los semejantes. Que tu actuación en las Ermitas de Córdoba sea para bien del Eremitorio y de la Santa Iglesia. Amén.

Y acercando sus manos santas a la cabeza de Gumersindo, se las impuso, a la vez que rezaba:

Padre Dios, Padre de bondad, amor supremo, que no dejas a los que deciden seguir las huellas de tus pasos, yo, humilde servidor tuyo, te pido que ayudes al Padre Gumersindo en la larga y compleja trayectoria que ahora comienza para bien de la Santa Iglesia y del Pueblo de Dios, amén, Jesús.

Volvieron a cantar los coros angelicales. Las Golondrinas se posaron sobre la corona de la Santísima Virgen, siempre pura, mientras que el niño Jesús jugueteaba con una golondrina que se le había parado en la mano.

La Virgen María le pidió al hermano Gumersindo que se le acercara y le dijo unas palabras al oído.

Nuevamente se puso en marcha el cortejo, y poco a poco, la iglesia se fue oscureciendo.

Muchas veces, Gumersindo, se abrazaba al tronco de los pinos piñoneros para contarle sus cuitas...

Y los pinos le transmitían parte de la energía necesaria para realizar su labor...

En sus horas más tranquilas, colocaba en pequeñas macetas de barro cocido, piñones, que los regaba cada día. Al cabo de diez días, los pinos

rompían la tierra de la maceta y aparecían con un gorro muy original: ¡La cáscara del viejo piñón! Después los plantaba alrededor de las Ermitas debajo de los pinos mayores para asegurar la supervivencia de la especie

Si a Gumersindo le gustaban los pinos, era, porque bajo sus ramas se resguardaban muchos animalillos que así escapaban de una muerte segura de sus depredadores: lagartijas, ardillas, palomas zuritas, tórtolas, jilgueros; incluso, "Misi", el gato salvaje que Gumersindo asiló en la ermita, escapaba a los perros que corrían tras de él, subiéndose a su copa y burlando a sus depredadores que le tenían envidia por tener entrada gratis a las Ermitas.

"Misi" escapó una vez de las Ermitas huyendo de una jauría de perros. Dicen las malas lenguas que lo avistaron en Málaga...

De allí, volvió, él solito, guiándose por los astros hasta las Ermitas.

Gumersindo, que dormía poco, debido a su vida de penitencia, no en vano no se despojaba del silicio, ni para trabajar, lo oyó maullar, y, cuando lo vio, herido, maltrecho, lo llevó hasta la enfermería donde le dio unas unturas de rabo de gato, salvia y romero para aminorar los dolores de las heridas.

Son los pinos piñoneros muy sufridos, soportando fuertes vientos, aunque no le gustan las heladas que les hacen mucho daño.

No son amigos de mucha agua porque el exceso de humedad les provoca hongos que le hacen mucho daño.

Y lo que más le gusta es el sol del cual es un amigo inseparable.

Lo que lleva muy mal es la procesionaria que está haciendo estragos entre su población. Quizás las autoridades deberían tomar cartas en el asunto y hacer limpieza de este molesto animal que hace los nidos en sus copas. Cuando nacen las larvas atacan los tallos tiernos de los piñoneros causando estragos entre los pinos. Después baja en procesión hasta la tierra.

En Navidad sus ramas adornan el portal de Belén dando cobijo entre ellas al Divino Redentor.

CAPÍTULO XIV

Gumersindo tras su ordenación como ermitaño comienza a ejercer como tal adecentando las Ermitas y dedicándose al cultivo de la huerta, recolección de frutas, y al estudio de los árboles y plantas que pueblan las cercanías de las mismas y de los que en parte va a depender su supervivencia; también, de la fauna.

Que el invierno es duro por esta zona de la Sierra de Córdoba y hay que recoger y guardar,— como las hormiguitas—, si después queremos sobrevivir, aunque Dios no abandona a los que en Él confían y le siguen y le aman cumpliendo sus Mandamientos. Y mientras el padre está en estos pensamientos, sus ojillos vivos no paran de otear el horizonte haciendo un balance de lo que ve pueda ayudarle para su sustento. Son estos terrenos ricos en especies vegetales a los que la Madre Naturaleza, tan maltratada y herida, dotó de los pinos piñoneros.

El pino piñonero tiene por nombre científico el de *pinus pinea* que pertenece a la familia *Pinaceae* que proviene de la palabra celta pin que significa rocoso. No en vano el pino crece en montañas rocosas. En latín la palabra *pineae* significa piña, y dentro de la piña, están los piñones, que se aprovechan del pino para hacer dulces. Fueron los fenicios y los romanos lo que trajeron los pinos a España. Es un árbol que está presente en el Mediterráneo llegando hasta la misma orilla de sus aguas. El Pino es un árbol fuerte que en ocasiones llega a alcanzar los 30 metros de altitud tardando mucho en crecer, y es por esa edad, cuando aparecen las primeras piñas. Suele vivir muchos años. Son árboles rectilíneos y cilíndricos con ramas muy gruesas y de corteza agrietada de color marrón tirando a rojo. Ya mayores, la copa es redondeada.

Y qué decir de los piñones que tanto gusto dan a los paladares en forma de dulces, como el mazapán y el piñonate.

Es en Montoro donde hay varias fábricas dedicadas a la elaboración del mazapán que se consume por España y el extranjero en las fiestas de Navidad.

También se utiliza el piñón en la elaboración de exquisitos guisos que siempre dejan buen sabor de boca a los que los comen.

En el monte salvaje es el mismo pino el que se cuida de su supervivencia, y ayudado por el calor, los pájaros y el viento, abren las piñas que dejan caer en tierra los piñones que con agua de la lluvia germinarán originando nuevos árboles.

Y hasta el mismo fuego es un aliado de los pinos que con el calor abren las piñas dispersando sus piñones por doquier.

El piñón es utilizado en medicina para sacar las flemas de los pulmones y para luchar contra el reuma. Entre sus componentes minerales se cuentan el magnesio, hierro y calcio que dan consistencia a los huesos y elevan el tono vital de los cuerpos melancólicos.

Su madera es utilizada para hacer fuego y en carpintería para la fabricación de puertas y marcos de ventanas.

Son árboles que hacen bajar la temperatura del monte cuando el aire caliente pasa bajo sus ramas. También amortiguan los vientos huracanados. Dan mucha sombra y son un alivio para el calor de los días calurosos del verano cordobés.

Ficus carica

(De Wikipedia)



Preocupación menor (UICN 3.1)¹

Clasificación científica

<u>Reino:</u>	<i>Plantae</i>
<u>Subreino:</u>	<i>Tracheobionta</i>
<u>División:</u>	<i>Magnoliophyta</i>
<u>Clase:</u>	<i>Magnoliopsida</i>
<u>Orden:</u>	<i>Urticales</i>
<u>Familia:</u>	<i>Moraceae</i>
<u>Tribu:</u>	<i>Ficeae</i>
<u>Género:</u>	<i>Ficus</i>
<u>Subgénero:</u>	<i>Ficus</i>
<u>Especie:</u>	<i>F. carica</i> <i>L., Sp. Pl., 2: 1059, 1753[1]</i>

Distribución



distribución natural



Higos maduros *in situ*



"Schiocca" de higos secos calabresos

Ficus carica o **higuera** es un árbol de pequeño porte o un arbusto de la familia de las moráceas ([Moraceae](#)), una de las numerosísimas especies del género *Ficus*. Originario de Asia sudoccidental, crece ahora espontáneamente en torno al Mediterráneo y en otras regiones del mundo.



Características

De porte bajo, más semejante al de un arbusto que al de un árbol (entre 3—10 m), sobre todo cuando emite rodrigones que sostienen sus

ramas. Poco exigente en cuanto a las cualidades del terreno, su crecimiento es lento en terrenos secos. No es raro ver retoños o pies bastante desarrollados creciendo en farallones rocosos o viejos muros.



La corteza es lisa y de color grisáceo. Las hojas son caducas, de 12 a 25 cm de largo y 10 a 18 de ancho, profundamente lobuladas, formadas por 3 ó 5 lóbulos.

Produce frutos compuestos de un tipo especial, el sicono, a los que se conoce como higos (*sicono* etimológicamente

significa higo).

Las higueras crecen espontáneamente en terrenos rocosos e incluso en muros, donde pocas plantas encuentran oportunidad. El desarrollo de sus raíces es temido por mover los suelos donde están situadas. La higuera produce un látex irritante.

Algunas higueras, llamadas breveras, bíferas o reflorecientes, producen dos cosechas al año; en junio las brevas, mayores que los higos, y los higos a entre finales de agosto y principios de septiembre.

Existen tanto variedades dioicas (que producen flores de un único sexo en cada individuo) como monoicas (producen flores masculinas y femeninas en el mismo árbol). A los ejemplares masculinos de las variedades dioicas se les conoce comúnmente como cabrahigos.²—Estas higueras suelen utilizarse para fecundar a las higueras femeninas de la variedad Esmirna, cultivadas en el Norte de África y Oriente Medio y conocidas en California (EE.UU.) con el nombre de calymirna.³



Las higueras cultivadas se reproducen mediante esquejes. Son muy resistentes a las condiciones adversas y se cultivan principalmente como árboles frutales de segunda categoría.⁴—Además, la higuera es una de las especies aptas para cultivar como bonsái.⁵

Historia

Pequeño árbol de higo

Los frutos de la higuera son diversos, distinguiéndose muchas variedades y distintas fructificaciones estacionales, designándose con términos como higos blancos, higos reina, higos negros y [brevas](#). Fue una



de las primeras plantas cultivadas por el hombre. Un artículo en la revista Science constataba el hallazgo de nueve higos fosilizados fechados alrededor de 9400—9200 a. C. en el poblado neolítico Gilgal I, en el Valle del Jordán. Debido a

que las higueras son del tipo [partenocárpico](#), constituyen una de las especies domesticadas. Este hallazgo

antecede la domesticación del [trigo](#), la [cebada](#) y las [legumbres](#), por lo que puede ser el primer caso conocido de

[agricultura](#). A medida que la migración humana transportó el árbol fuera de su ámbito natural se han desarrollado o aparecido miles de cultivares, la mayoría sin nombre y durante miles de años ha constituido un importante



cultivo alimenticio.

En el libro del Génesis (3:7), Adán y Eva se cubren la desnudez con hojas de higuera, tras ser sorprendidos en pecado.

En la Roma antigua lo consideraban árbol sagrado, porque en su mito fundacional, Rómulo y Remo fueron amamantados por la loba Luperca bajo una higuera.



Higuera creciendo sobre un tronco de olmo del Cáucaso (*Zelkova carpinifolia*).

Detalle de las hojas

Cultivo y usos[

Además de como fruto fresco de temporada, los higos se han consumido tradicionalmente tras someterse a la técnica del secado, esta ha sido la manera más común de conservar la fruta. La fruta "seca" o "pasada", y en especial los [higos](#), era un alimento especialmente valorado. El proceso permitía dilatar su consumo en el tiempo y cubrir momentos en los cuales la escasez de alimento era notoria. Sus hojas han sido usadas en la alimentación animal.

En la sierra peruana, de los frutos, llamados higos, se prepara un dulce con bastante azúcar. Previamente, se hierve hasta quitar el amargor, vaciando el agua de hervir varias veces, se puede agregar lonjillas de cidra sancochada, acompañar todo con roscas o molletes. En la Semana Santa, los alumbrantes reparten dulces de higo entre sus amistades. Estas en la noche acompañarán, con sus ceras encendidas, el desplazamiento de las santas imágenes por el contorno de la plaza o calles adecuadas.

Variedades

Hay básicamente tres variedades de higueras cultivadas:⁶

- Higueras de Esmirna que requieren polinización por la avispa del higo y cabrahigos para desarrollar las cosechas.
- Persistente (o común) no necesitan polinización; el fruto se desarrolla por medios partenocárpicos.
- Intermedio (o San Pedro) no necesitan polinización de cultivos para establecer la breva, pero sí la necesitan, al menos en algunas regiones, para el cultivo principal.

Propiedades

Su latex («leche de higo») se usó antiguamente para combatir caries dentales y verrugas de la piel. También se empleó para cuajar la leche.⁷ Se describen también muchas «virtudes» en farmacopea popular que podrían no tener más interés que el puramente folclórico.⁸

Historia

A finales del siglo XVII Gregorio López señala:

"la leche de higuera aplicada con harina de trigo mundifica sarna, empeynes, quemaduras de sol, manchas de rostro y llagas manancias de la cabeza. Instilada útil a mordeduras de perro rabioso y de cualquier animal ponzoñoso, metida con un poco de lana en el diente oradado le quita el dolor, deseca verrugas aplicada con grasa alrededor de ellas. Los higos, si son quemados e incorporados con simiente de mostaza y molidos, en los oydos sana zumbidos, resuelve lobanillos y diviesos, durezas e hinchazones, purga humores de pecho, útil a tose enfermedad de pulmones. Gargarizada es útil a agallas y garganta inflamada. El cocimiento en clister a dolor de tripas. Engendran sangre gruesa, confortan y engordan flacos y como emplasto se aplican a hidrópicos".

A inicios del siglo XVIII, Juan de Esteyneffer la usa en cocimiento para curar la campanilla caída, contra las lombrices, la tos, el asma, el dolor de costado, la obstrucción de hígado y la nefritis.

En el siglo XX, Maximino Martínez la reporta como útil para: curar apostemas, enfermedades del bazo "emoliente", "frío parasismal", "gastralgia" y heridas. Luis Cabrera de Córdoba, cita los usos siguientes: contra amigdalitis, como antiséptico, carminativo, catártico; contra la dispepsia, la enterocolitis, como eupéptico, contra fiebre tifoidea y paratifoidea.

Química

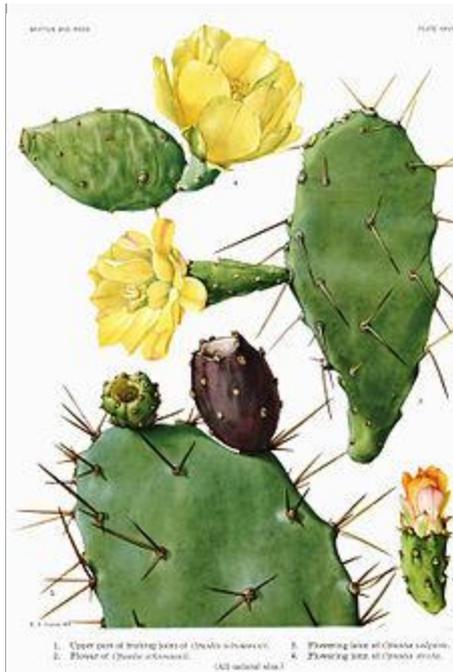
Las hojas de *F. carica* contienen un aceite esencial en el que se han identificado los monoterpenos beta [farneseno](#), [limoneno](#), [linalol](#), [mirceno](#), [beta—ocimeno](#), alfa y beta—pineno y [sabineno](#); y los sesquiterpenos cariofileno, alfa—farneseno y germacreno D. Además, las hojas contienen las cumarinas [bergapteno](#), [marmesín](#), [psoberán](#), [psoralén](#), el 4'—5'—dihidro—compuesto, [umbeliferona](#), [xantotoxín](#) y [xantotoxol](#); los triterpenos [beta—amirina](#), [acetato de calotropenol](#), 24—meti—lene—cicloartenol, [acetato de lupeol](#), [ácido oleanólico](#), [taraxasterol](#), [baurenol](#); los [flavonoides](#), [rutín](#), [schaftósido](#) y el iso—componente; los alcaloides N.N—dimetil—antranilato y *Ficus carica* piridilos I, II, III, IV y V; la sapogenina [icosugenín](#); y el componente fenólico, glucofuranósido del [ácido fico—cumárico](#).

En el fruto se han detectado los flavonoides [antocianina](#), [astragalín](#), rutinósido de quercetín, rutín, schaftósido; la cumarina glucósido de psoralén, el carotenoide beta—caroteno; y el componente azufrado 2—etil—1—2—dehidro—tiofeno. En la madera del tallo se han identificado los componentes fenólicos ácidos paracumárico y vanílico; el flavonoide [ácido siríngico](#); y la cumarina umbeliferona. En la planta completa se han identificado las cumarinas bergapteno, psoralen, escopoletín y umbeliferona.²

En el mes de agosto, el hermano Gumersindo, come los higos que puede para su alimentación; los demás, los coloca sobre cedazos en los tejados de las Ermitas para que expuestos al sol se sequen y se conviertan en orejones que guardará para el otoño e invierno, y para la venta al público que sube a las Ermitas a la búsqueda de lo natural, lo ecológico, porque ya, la gente, está escarmentada de comer frutas tratadas con pesticidas que sólo dan problemas de salud.

Opuntia ficus—indica

Chumbera



Opuntia ficus—indica in
The Cactaceae, Britton &
Rose, Vol. I, Plate XXVII,
1919

Clasificación científica

Reino: Plantae
División: Magnoliophyt
a
Clase: Magnoliopsid
a
Orden: Caryophyllale
s
Familia: Cactaceae
Subfamilia Opuntioideae
:
Tribu: Opuntieae
Género: Opuntia
Subgénero Opuntia
:
Especie: O. ficus—
indica

Nombre binomial

Opuntia ficus—indica

(L.) Mill., 1768

Opuntia ficus—indica, comúnmente conocida como, entre otros, **chumbera**, **tuna**, **nopal**, es una planta de la familia de las cactáceas.



Flor de *Opuntia ficus—indica* (vista lateral) en el sur de Italia.

Detalle de los órganos reproductores (anteras numerosas y estilo con estigma múltiple).

Frutos de tuna en Ocros, Ancash (Perú).

Flor de *Opuntia ficus—indica* (vista interior) en Grecia.



Fruto de *Opuntia ficus—indica* casi maduro.

Opuntia ficus—indica, Tunera Canaria.

Planta arbustiva de la familia de las cactáceas. Como la mayoría de los miembros de este género carece de hojas nomofilas, los segmentos ocladodios en que se divide, son tallos capaces de ramificarse, emitiendo flores y frutos. Estos tallos son planos, ovales y de color verde medio. Poseen dos clases de espinas, reunidas en los gloquidios (especie de cojincillos) de las areolas, unas largas y duras, y otras cortas y finas con aspecto veloso, conocidas como “penepes” en la zona cordillerana de Argentina.

Las flores, en forma de corona, nacen de las areolas en los bordes de los segmentos. Florece una vez al año y tanto el fruto como la flor pueden ser de diversos colores, desde

el amarillo al rojo.

El fruto tiene una cáscara gruesa, espinosa, y con una pulpa abundante en pepas o semillas. El fruto maduro es una baya de forma

ovalada con diámetros de entre 5,5 y 7 cm, una longitud de 5 cm a 11 cm y un peso variable entre 43 y 220 g.

Distribución

Originaria de Mesoamérica (México), esta Cactaceae se encuentra desde las praderas canadienses hasta el estrecho de Magallanes, y es naturalizada y cultivada en el mundo entero desde tiempos inmemoriales y forma parte de la economía agrícola en muchas zonas áridas y semiáridas del mundo.

Composición

Los segmentos frescos de este cactus contienen alrededor de un 90% de agua. Los frutos, un 12% de azúcar y 6,75% de materias nitrogenadas, además de ácidos orgánicos (alrededor del 0,10%), con un característico colorante entre rojo y anaranjado, lo que provoca que, al consumirlo, la orina se tiña de ese color.



Fisiología del cultivo

Índices de madurez

El grado de madurez en que se coseche depende del mercado al que va destinada la tuna. El grado de madurez es importante para mantener el producto en buenas condiciones durante el tiempo necesario hasta el consumidor final. Entre los índices visuales para determinar el grado de madurez están:

- Color: el color de la tuna pasa de un matiz verde oscuro a verde claro; luego se torna amarillento y termina en un color rojizo cuando alcanza su plena madurez.
- Brillo: según los productores, cuando la tuna está madura cambia su aspecto de opaco a brillante, lo que indica que ya está lista para la cosecha.
- Fruto: la forma ovalada y uniforme del fruto es uno de los signos de que éste se encuentra en condiciones para la cosecha.



Consistencia de la pelusa

El fruto posee en la superficie una especie de espinas muy finas conocidas como pelusas o “penepes”, las cuales son fuertes cuando el fruto está verde, pero se vuelven frágiles y fáciles de desprender a medida que éste avanza en sus grados de madurez.

Grosor de la cáscara

Existen diferencias notorias del grosor de la cáscara entre un fruto verde y uno que inicia su maduración, así como entre los de distintos grados de madurez. (Éste es un método muy subjetivo).

Micropropagación

Explante

Se obtienen de los cladodios, de aproximadamente 5 cm de largo. Se desinfectan en el laboratorio después de despojarlos de las espinas. Posteriormente se desinfectan con etanol al 70% durante unos segundos, seguido por una sumersión en hipoclorito de calcio al 6% durante 10 minutos. Se enjuaga a continuación con agua estéril y se fracciona en aproximadamente 30 fracciones con al menos una areola. Se cultivan a su vez en un medio apropiado, por ejemplo Murashige y Skoog con complementos de diferentes concentraciones de beciladenina.

Cultivo

Una vez inoculados los explantes, se mantienen a condiciones normales de micropropagación de luz y temperatura, siendo que se presenta la regeneración de la planta a partir del explante en unos 40 días. Transcurridos 25 días de cultivo, se cortan a lo largo los brotes y se descarta el meristema apical, cultivándose las mitades en el medio de BA 10 μ M. Dichas mitades producen aproximadamente 60 explantes con yemas laterales, los cuales a su vez pueden regenerar en promedio 15 brotes por explante; en suma quiere decir que se pueden obtener 900 brotes axilares en 55 días de cultivo de un cladodio de 5 cm, lo cual ascendería a 25000 brotes en aproximadamente 3 meses de cultivo. En cuanto a la generación de raíces, se ha confirmado que las mismas son formadas espontáneamente o pueden ser estimulados por la adición de auxinas.

Importancia económica

Esta especie se cultiva, entre otros lugares, en [México](#), [Perú](#), [España](#), [Sicilia](#), las costas del sur de [Italia](#), [Marruecos](#), [Argelia](#), [Egipto](#), [Israel](#), [Arabia Saudita](#), [Brasil](#), [Chile](#), el norte de [África](#), así como en Eritrea y en [Etiopía](#), donde la fruta es llamada *beles*.⁴

Rústica y espinosa, esta planta es también característica del norte argentino, extendiéndose hasta la zona árida de [Córdoba](#). Se da en parajes áridos, secos, donde normalmente no habita ningún cultivo. El cultivo de la tuna en este país no se explota económicamente, encontrándose casualmente, y siendo considerada una planta silvestre. Es costumbre su consumo por parte de la población local, ingiriéndose preferentemente fresco.

Se denominan *tunal* o *nopalera* al sitio donde abunda.

Especie invasora

Estudios del ADN indican. *Ficus—indica* fue domesticada a partir de especies de *Opuntia* del centro de México.

La planta se expandió a muchas partes de América en tiempos precolombinos, y tras la llegada de los europeos se extendió a muchas otras partes del mundo, especialmente por la cuenca mediterránea, donde se ha

naturalizado. Esta expansión se vio favorecida por el transporte de las plantas vivas en las embarcaciones para evitar el [escorbuto](#).⁵

Debido a su potencial colonizador y constituir una amenaza grave para las especies autóctonas, los hábitats o los [ecosistemas](#), ha sido catalogada en el Catálogo Español de Especies Exóticas Invasoras, aprobado por Real Decreto 1628/2011, de 14 de noviembre, con el nombre de *Opuntia maxima* Miller, estando prohibida en España su introducción en el [medio natural](#), posesión, transporte, tráfico y comercio.



Producción

Tunas rojas, anaranjadas y verdes a la venta en un mercado de Zacatecas [\(México\)](#).

Producción en México

[México](#) es el mayor productor mundial de tuna, con 72.500 ha dedicadas a las *tunas* y 10.500 a los *nopales*.

Existen más de 300 especies de tunas, pero para consumo sólo se utilizan 12. *Opuntia ficus—indica* es la única que se cultiva para consumo humano y animal.

Su cultivo se realiza en tierras de poca calidad y con escasez de agua.

Diversidad de la planta en México



Planta de *Opuntia ficus—indica* con frutos.

El nopal ha tenido gran utilización a lo largo de la historia por parte de las culturas asentadas sobre el territorio mexicano. Tanto es así que son diversos los vocablos que cada cultura, en su respectivo idioma, ha usado y usa para referirse a este vegetal:

Idioma	Nombre
Idioma náhuatl	<i>nohpalli</i>
Idioma maya	<i>pak'am</i>
Idioma mixteco	<i>vi'ncha</i>
Idioma zapoteco	<i>bia</i>

<u>Idioma purépecha</u>	<i>paré</i>
<u>Idioma yaqui</u>	<i>naboo</i>
<u>Idioma otomí</u>	<i>xathä</i>
<u>Idioma mazahua</u>	<i>kijñi</i>

La importancia cultural del nopal en la historia mexicana se refleja incluso en la presencia de esta planta en el escudo y la bandera del país, que incluyen la representación de un nopal sobre el que un águila devora a una serpiente.

Existe una gran diversidad de tunas, con una amplia gama de sabores y colores, que han permitido una variada utilización gastronómica del nopal en la cocina mexicana.

Esas tunas se conocen en México con los nombres de:

tuna cardona,
tuna camuesa,
tuna mansa,
tuna leonera,
tuna amarilla,
tuna teca,
tuna ranchera,
tuna taponá,
tuna palmita,
tuna pachona,
tuna chavena,
tuna duraznilla,
tuna pintadera,
xocónos

El fruto en sí es una excelente golosina refrescante, y el número de maneras de prepararlo tanto en guisos dulces como salados es tan diverso como la variedad de tunas.

Se elaboran recetas, como la miel de tuna o melcocha, el queso de tuna, la mermelada, el colonche (pulque de tuna), el néctar o las tunas cristalizadas.

Producción y diversidad de tunas en Perú

Existen plantaciones de tunales en los andes del Perú: la mayor producción silvestre se encuentra en los valles interandinos en las regiones de Ayacucho, Huancavelica, Apurímac, Arequipa, Ancash, Lima y Moquegua, entre otras.

El cultivo de la tuna tecnificada bajo riego por goteo está ubicada en Colca (Arequipa) y supera las 20.000 plantas por hectárea, con excelentes resultados.

Esta especie se cultiva (como otras especies de *Opuntia* y de *Nopalea*) para servir de huésped a la cochinillana grana, que produce tinturas rojas y purpúreas con un grado de pureza de 18 a 20% de ácido

carmínico, a diferencia de otros países productores, por lo que Perú es el mayor productor y exportador del mundo. Esta es una práctica que data de la época precolombiana.⁶

Sus frutos ofrecen la posibilidad de industrialización por su contenido en azúcares y proteínas.

Tiene gran diversidad de ecotipos:

tuna verde o blanca,

tuna roja o morada,

tuna amarilla o anaranjada. Con los frutos se elaboran mermeladas y licor.

Como fruta de mesa se utilizan la tuna blanca y la morada, por ser frutos de buena calidad y preferidos por el público.

Otros nombres]

En México: la planta se llama *nopal*, y el fruto *tuna* (si es dulce) o *xoconostle* (si es agrio)

En el Perú: *tuna*.

En Bolivia: la planta se llama *penco*, y el fruto *tuna*.

En Chile: *tuna*.

En Argentina: *tuna*.

En Uruguay: *higo de tuna*.

En Colombia: *higo tuna*.

En Ecuador: *higo tuna*.

Nombres comunes en España

Chumbera (8), chumbo, higo, higo chumbo (5), higo de tuna, higochumbo (2), higos blancos, higos blanquillos, higos de viña, higos malagueños amarillos, higos moscateles, higuera chumba (5), higuera de Indias, higuera de la India, higuera de pala (2), higuera de tuna, higuera tuna, nopal (4), nopalera (4), pala, penca, tuna (4), tunal. Los números entre paréntesis indican la frecuencia del vocablo.⁷En Canarias: *higo pico* o *tuno*; se llama *tunera* a la planta, y *penca* a la hoja.

Usos culinarios

En México las paletas jóvenes de la planta se consumen como verdura (*nopales*) y el fruto como tal (*tuna*

En Marruecos y la zona mediterránea donde se cultivan son muy apreciados y se aprovechan tanto el fruto (*higo chumbo*) como el cactus en sí, este último para forraje.

La tuna:

La recolección y preparado de la tuna para el consumo tienen su técnica para evitar las numerosas espinas que defienden el fruto de depredadores.

Como las espinas del fruto pueden ser arrastradas por el viento conviene recolectarlo con este de espaldas, y una vez cogido (con tenazas u otro utensilio casero) se pone en la tierra y se procede a barrerlo con una

escoba, cepillo o planta que se tenga a mano (mejor si es resinosa, para que se le queden pegados los “pelillos”).

Una vez en la casa se pasa por debajo de un chorro de agua para eliminar todas las espinas restantes. Una vez limpio de espinas se consume como fruta (después de pelarlo).

También se consume el jugo. Además, las frutas cortadas en rodajas se cubren de azúcar y se dejan reposar durante varias horas, dando lugar a un jarabe que se puede tomar frío, solo o mezclado con otras frutas. Se elaboran también mermeladas, jugos y licores, y además se pueden consumir en forma de láminas deshidratadas.

En zonas áridas y semiáridas se usan para forraje y como fuente de agua para el ganado.

Es considerada una fruta lenta.

En el área central de [Sicilia, provincia de Enna](#), en la pequeña ciudad de [Gagliano Castelferrato](#), se elabora el licor *Ficodi*, tanto para uso medicinal como aperitivo.

En gran parte de [Argentina](#) con las tunas se hace un dulce llamado [arrope](#).

El nopal:

El nopal se consume dulce, confitado o salado, en preparación de salsas para carnes o ensaladas. Es fuente de una gran cantidad de fibra dietaria.

En Argentina, sobre todo en el área Norte, se hace una especie de mermelada de nopal, denominada «arrope», haciéndolo hervir con azúcar, y preparado en trozos.

Medicinales

En medicina natural, los frutos son considerados astringentes, y, las palas frescas, calentadas al horno, se utilizan como emolientes, colocados en forma de cataplasma sobre la zona afectada.⁸

Muchas personas consumen la tuna por su agradable sabor, sin conocer los beneficios que puede proporcionar a su salud. La fruta, en todas sus variedades (blanca, roja y anaranjada) tiene propiedades nutricionales: contiene vitaminas, tales como tiamina, niacina y riboflavina, además de minerales esenciales, como calcio, fósforo, potasio, hierro, selenio, cobre, zinc, sodio y magnesio.

Los componentes de la planta de nopal están asociados también a la medicina tradicional, ya que se emplea en tratamientos para la diarrea, el cáncer de próstata y úlceras. Tiene, además, propiedades diuréticas, y mejora la digestión.

Otros usos

Además del consumo como alimento, se utiliza en la industria de cosméticos.

También se incluye como parte del [adobe](#), impermeabilizándolo.

Como espesante y adherente casero de la pintura al agua (por ejemplo: Cal).

Taxonomía

Opuntia ficus—indica por [Carlos Linneo](#) en *Species Plantarum*, vol. 1, p. 468 en 1753 como *Cactus ficus—indica* y atribuida al género nuevo *Opuntia* y publicada en *The Gardeners Dictionary*, ed. 8, nº 2, por [Philip Miller](#) en 1768.

Etimología

Opuntia: nombre genérico que proviene del griego usado por Plinio el Viejo para una planta que creció alrededor de la ciudad de [Opusen Grecia](#). ***—ficus—indica***: compuesto por *ficus*, la higuera, y el epítetoneológico latino *indica* que significa "de la [India](#)", entendido como *Indias Occidentales* ([West Indies](#)). O sea, higuera de la India.

Sinonimia

Opuntia amyclaea [Ten.](#)
Opuntia paraguayensis [K.Schum.](#)
Opuntia vulgaris (Mill.) [Gibbes](#)
Cactus opuntia (L.) [Guss.](#)
Platyopuntia vulgaris (Mill.) [F.Ritter](#)
Cactus compressus (DC.) Kuntze ex [Salisb.](#)
Opuntia compressa (Salisb.) [J.F.Macbr.](#)
Opuntia maxima Mill.) [Salm—Dyck](#) ex DC.
Platyopuntia cordobensis ([Speg.](#)) [F.Ritter](#)
Opuntia tuna—blanca [Speg.](#)
Cactus chinensis [Roxb.](#)
Cactus elongatus [Willd.](#)
Cactus ficus—indica L. ([basónimo](#))
Opuntia arcei [Cárdenas](#)
Opuntia chinensis (Roxb.) [K.Koch](#)
Opuntia cordobensis [Speg.](#)
Opuntia vulgaris Mill.
var. *Decumana* ([Haw.](#)) [Speg.](#)
Cactus decumanus ^{Willd.}
Opuntia decumana (Willd.) [Haw.](#)
var. *Gymnocarpa* ([F.A.C.Weber](#)) [Speg.](#)
Opuntia gymnocarpa [F.A.C. Weber](#)¹⁴

Diccionario enciclopédico hispano—americano. Tomo xxii 1912.

Enciclopedia universal ilustrada hispano—americana. Tomo LXV.

Gumersindo sufre mucho estos días, porque a las chumberas de España les ha salido una enfermedad que está acabando con ellas. Está alerta por si ese bicho, esa cochinilla, entra por la puerta de las Ermitas para atacarlo con todos sus medios.

Ya le llegó el otro día un artículo sobre los estragos que está ocasionando la cochinilla en las chumberas de España, y al leerlo, se le ponen los pelos de punta.

Se pone en contacto con un amigo y encuentra lo que sigue:

La cochinilla del carmín 'invade' el Levante.

Estos bichitos se alimentan de las chumberas y la plaga, que comenzó en Murcia en 2007, ya ha llegado a Almería

13.05.13 —00:25

JENNY SIMÓN.

Un rito, una tradición y un placer para el gusto que puede que nuestras generaciones futuras no puedan disfrutar. En esta zona del Levante almeriense algo tan 'simple' y a la vez tan 'rico' como es comer chumbos puede convertirse en un recuerdo, en vistas de cómo se están viendo a día de hoy las chumberas del lugar. Ese gesto de cortar primero los extremos, ¡con cuidado que pinchan!, luego un corte longitudinal y sacar la piel de una pieza para degustar un exquisito fruto de secano está en peligro debido a un insecto foráneo, la cochinilla del carmín. Y con ello, también otra consecuencia, la de que el paisaje del Levante puede estar empezando a cambiar.

De hecho, las personas que andan mucho por el campo y las sierras hace algún tiempo que vienen notando esa transformación, derivada de «una especie de algodón blanco que está en las chumberas y que las seca, pero, que además, si pasas por ellas o las tocas, se desprende una especie de colorante del color de la sangre». Es la cochinilla del carmín, como se conoce coloquialmente, un insecto que vive en las paleras y que se alimenta de ellas, y que al presionarlas despiden un líquido rojo muy intenso. La historia de este bichito es especialmente singular.

Domingo Cañadas es biólogo y profesor de Matemáticas en Almería, y conoce bien de qué estamos hablando. Asegura que, en su momento, en Almería «hubo producción de cochinilla del carmín en la Bahía de Genoveses, pero realmente, hoy por hoy, la industria que se nutre de las propiedades de este insecto solo existe en Canarias, dentro de España, y fuera de las fronteras nacionales, en Perú, que es el máximo productor con un alrededor del 84%». Pero, «¿por qué se cultivan estos bichos?». Muy sencillo. La cochinilla del carmín se utiliza para crear los colorantes naturales. «Las introducen a propósito, en cultivos de chumberas, las crían y luego las recogen, las secan y las colocan en un recipiente, se 'muelen', se les añade un específico producto que conserve y mantenga el colorante rojo que desprenden y después ese colorante se utiliza mucho en química, farmacología, estética, e, incluso en alimentación».

De un tiempo a esta parte se observa que hay especies de chumberas silvestres afectadas por esta cochinilla, ya se habla de plaga en la zona. «Es más que una plaga y es una lástima», dice el concejal de Agricultura de

Cuevas del Almanzora, José de Haro. «El paisaje que está dejando en muchos sitios es desolador. Aquí en Cuevas se puede ver, por ejemplo, en una zona de gran extensión como es La Capellanía, yendo desde la pedanía de Grima hacia la de Terreros en Pulpí, el problema es que el 100% de esas plantas son privadas, están en terrenos de particulares y, según he podido saber de expertos, se pueden fumigar con un producto que se llama Novento y que hay que hacerlo en primavera y en el mes de agosto, porque el resto del año la cochinilla desarrolla un caparazón como el de una tortuga y la fumigación no le afecta». Es cierto también según comenta el edil que «la gente no suele fumigarlas por muchas razones, porque se crían como un producto de 'capricho' digamos y también porque suelen ubicarse en lugares de difícil acceso, por ejemplo». De Haro asegura que va a continuar «recabando información para saber hasta qué punto esta plaga puede suponer la desaparición de las chumberas o si tienen posibilidad de brotar de nuevo a pesar de la presencia de este insecto».

De un año a esta parte, se ha podido observar el resultado en chumberas que el verano de 2012 lucían un buen aspecto y que en este año han cambiado mucho.

Investigando se pueden hallar indicios de cómo y desde dónde han llegado hasta aquí estas cochinillas. Durante el verano de 2007 y, según un informe realizado por la consejería de Agricultura y Agua de la Región de Murcia, se constató en esta comunidad «y por primera vez en España, un fuerte ataque en paleras de una cochinilla algodonosa del género *Dactylopius*, conocida como cochinilla silvestre, del carmín o grana. Las especies de *Dactylopius* son nativas de América Central, de las que se extrae de forma industrial el ácido carmínico o colorante E120 (que se puede observar en los ingredientes también de algunos productos alimenticios). (.) En Canarias se cría la especie *D. coccus* para la obtención de dicho ácido carmínico». Continúa el documento concretando que «en Murcia ha sido determinada como *Dactylopius opuntiae*».

El informe habla, así mismo, de la extensión de la cochinilla por «Murcia, Molina de Segura y Librilla» y también destaca que la gran proliferación de este bichito causa «molestias entre los vecinos», aunque advierte de que no son mosquitos, a pesar de que los machos de esta especie pueden volar, no tienen capacidad para «picar».

Desde la consejería y a través de este escrito que está colgado en la red se dan ciertas recomendaciones sobre cómo erradicar estos bichos de pequeñas extensiones de paleras privadas y sugiere también que si la infestación de las chumberas está muy extendida se arranque la planta y se entierre.

Posteriormente a este informe, y 'tirando de hemeroteca' nos encontramos artículos de prensa de periódicos murcianos que hablan de las medidas puestas en marcha por los diferentes ayuntamientos de la Región

para terminar con la plaga, así como, algunos de hace dos años en los que se habla ya de erradicación de la misma.

La delegación de Agricultura, Pesca y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía confirma que se ha detectado la presencia de la cochinilla del carmín hace unos tres años, pero que las chumberas como tal es «un tipo de cultivo que no está reglado, es cuestión de particulares», dicen fuentes de la delegación, «en cualquier caso, sólo hemos tenido tres consultas en referencia a este tema en los últimos tres años», añaden. La única labor que pueden hacer desde Medio Ambiente es la de «asesorar sobre el tratamiento que se puede dar a esta plaga que es similar al del piojo del limonero» y ponen a disposición de quién esté interesado un número de teléfono donde realizar sus preguntas, que es el 950011033, el del Servicio de Agricultura de la delegación provincial.

Leído lo cual, Gumersindo se va a poner en contacto con ese servicio para ver qué le dicen. Porque él no quiere que las chumberas que acompañaron en su dilatada historia a las Ermitas se pierdan.

Durante el verano es corriente ver cómo gente de Córdoba sube a la Sierra con cubetas para llenarlas de chumbos y venderlos después por las calles de la ciudad.

Son gente muy experta a la que los pinchitos que despiden al cogerlos no les afectan. Y provistos de navaja cortan el culo del chumbo por ambos lados y después hacen una incisión a todo lo largo apareciendo el chumbo en todo su esplendor.

Hay personas que se “atracan” de chumbos, y, se tiran bastantes días después sin “hacer de cuerpo” con las molestias que eso lleva consigo.

También hay por las Ermitas montones de olivos que dan un aceite excelente, un aceite de calidad. Veamos lo que podemos encontrar sobre los olivos:

En Wikipedia aparece el siguiente texto:

- EL **Olivo**: está en el origen de Atenas y en el [huerto de Getsemaní](#). Es símbolo de inmortalidad, de resurrección y esperanza. Dice el mito que cuando los persas cortaron el olivo sagrado del [Erecteion](#), en [Atenas](#), en una noche creció un palmo, para demostrar la fuerza de los atenienses. Fue el emblema de las Olimpiadas de 2004 en Atenas, para representar la importancia que tenía en la [Antigüedad](#).

Y en la página web del Ayuntamiento de Mora en Toledo podemos leer:



El olivo, la aceituna y el aceite

El olivo

El Olivo es un árbol de la familia de las oleáceas, muy apreciado desde la antigüedad por sus frutos, las aceitunas, y la calidad del aceite que de ellas se obtiene. Originario de Oriente, fue introducido en España por fenicios y griegos. Los romanos expandieron su cultivo por toda la



península y los árabes perfeccionaron las técnicas de producción de aceite. (La propia palabra "aceite" es de origen árabe, procedente de la palabra "az—zait", que quiere decir "jugo de aceituna"). Fue llevado a América por los españoles, durante los siglos XVI y XVII, por lo que se encuentra en California y zonas de Sudamérica. Hoy día existen en España más de 215 millones de olivos en una superficie de

alrededor de 2 millones de hectáreas, lo que representa el 27% de la superficie mundial, y coloca a España en el primer puesto en la producción y exportación de aceite de oliva.

El número de variedades existentes en España es alto, siendo las principales, por la extensión de sus cultivos: picudo, empeltre, hojiblanca, cornicabra, lechín, manzanilla, verdial y picual. La variedad que se cultiva en Mora es la cornicabra. Esta variedad presenta un árbol vigoroso, de porte erguido y densidad de copa espesa. Sus ramos fructíferos presentan entrenudos cortos y son de color gris claro. Su hoja es pequeña, corta y estrecha. Es de fácil enraizamiento y elevada adaptación a suelos pobres y zonas frías. Sus épocas de floración y de maduración de sus frutos son tardías. Su rendimiento graso suele ser elevado y su aceite es muy apreciado por sus características organolépticas (color, olor y sabor) y su alta estabilidad.

La aceituna

La Aceituna es el fruto del olivo. Es una pequeña drupa ovoide, muy amarga, de color verde amarillento o morado y con un hueso grande muy duro. Su principal función es la obtención de aceite, aunque también se pueden consumir directamente. Las aceitunas así consumidas, o "de mesa",



se recogen tanto verdes como maduras. Las verdes son de este color, el cual conservan una vez aderezadas. Las maduras son de color azulado oscuro cuando están frescas y negruzcas una vez preparadas. En cada región se preparan de distintas maneras, aliñadas con hierbas aromáticas, con agua caliente, sosa, en salmuera o machacadas. El resultado es una variedad amplia de tipos de aceitunas. Una forma comercial de preparar las aceitunas verdes consiste en quitarles la semilla o hueso y rellenar el hueco con anchoa, pimienta o almendra.

La variedad cultivada en Mora es la "cornicabra", que recibe esta denominación por la forma curvada de sus frutos. Esta es la segunda variedad española en cuanto a superficie cultivada. Se cultiva fundamentalmente en las provincias de Toledo, Ciudad Real y Madrid, aunque también puede encontrarse en las provincias de Cáceres y Badajoz. Su fruto es de color negro en maduración, de tamaño medio, con forma alargada y asimétrica. El ápice es apuntado y no suele presentar pezón. La sección transversal máxima es circular y está centrada. La relación pulpa/hueso es media (alrededor del valor 5,0). El hueso tiene forma alargada y asimétrica. La superficie es rugosa, con ocho o nueve surcos fibrovasculares uniformemente distribuidos. Tanto la base como el ápice son apuntados, y este último no presenta mucrón. La sección transversal máxima es circular y está centrada. Las aceitunas (olivas) antes de madurar son de color verde y de sabor amargo. Para consumirse deben ser lavadas varias veces con agua y sosa cáustica y después son aliñadas con salmuera o plantas aromáticas. Una vez maduras, las aceitunas negras se pueden consumir condimentadas, pero el uso principal que se les da es la obtención de aceite, que se extrae por presión.

El aceite

El **aceite** de oliva es un producto natural que cuando se extrae por procedimientos físicos, a partir de aceitunas de buena calidad y con la madurez adecuada, posee cualidades excepcionales que lo hacen ideal para el aderezo de alimentos y para frituras.

Es prácticamente el único aceite vegetal que puede consumirse crudo, conservando íntegramente sus vitaminas, ácidos grasos esenciales y otros productos de gran importancia dietética. Sin embargo, grandes cantidades de este producto han de ser destinadas a la refinación por deterioro de sus características organolépticas o químicas. El aceite de oliva refinado pierde prácticamente en su totalidad las propiedades que lo diferencian del resto de aceites vegetales.



La extracción del aceite de oliva virgen en una almazara se puede hacer fundamentalmente por dos métodos: presión y centrifugación. El sistema clásico es el de presión, en el que la pasta procedente de las aceitunas molidas se bate y se reparte en capachos para someterla a presión en las prensas hidráulicas. En una almazara moderna la pasta batida se centrifuga en un decanter, o centrifuga de eje horizontal, para obtener tres fases (aceite, alpechín y orujo). En los últimos años se está asistiendo a un cambio tecnológico en el sistema continuo de centrifugación, al obtener del decanter sólo dos fases.

CLASIFICACIÓN DE LOS ACEITES

Dentro de los aceites de oliva se pueden distinguir:

Aceite de Oliva Virgen: son aquellos aceites obtenidos exclusivamente por procedimientos físicos, y en unas condiciones de temperatura, que no impliquen la alteración del aceite. Es un producto natural que conserva el sabor, las aromas y las vitaminas de la fruta. Tiene la personalidad de la zona de donde procede. A su vez se clasifica en:

- **Extra**, presenta un sabor y aroma excepcional y posee una acidez (expresada en ácido oleico), no superior a 1 grado. Es el de mayor calidad.
- **Fino**, de gusto irreprochable y con acidez situada entre 1° y 1,5°. Este aceite, aunque de calidad inferior al anterior, es excelente para el consumo.
- **Semifino**, cuya acidez se sitúa entre 1,5° y 3°. Estos aceites no está permitido envasarlos, salvo autorización expresa.

- **Lampante**, con una acidez superior a los 3°. Estos aceites no están autorizados para el consumo directo.

Aceite de Oliva Refinado: Es el aceite procedente de la refinación por procedimientos químicos, de aceites de oliva vírgenes de alta acidez. Estos aceites han perdido sus características organolépticas (color, olor y sabor) y sus propiedades naturales.

Aceite de Oliva: Mezcla de aceites de Olivas vírgenes distintos al lampante y de oliva refinado, con acidez no superior a 1,5°. (Este es el producto más consumido en España).

Aceite de Orujo Crudo: es el obtenido por medio de disolventes de orujo de oliva, un subproducto de la aceituna, con exclusión de los aceites obtenidos por procedimientos de reestirificación y toda mezcla de aceites de otras naturalezas.

Aceite de Orujo refinado: es el obtenido por refinación de este aceite de orujo crudo y con acidez no superior a 0,5°.

Aceite de Orujo de oliva: Mezcla de aceite de orujo refinado y de aceite de oliva vírgenes distintos al lampante, con acidez no superior a 1,5°.

El aceite de oliva es un producto de indudable valor dietético. A pesar de ello, su consumo es bastante bajo, a nivel mundial, debido a la presión ejercida por otras grasas de semillas y animales, más baratas. El aceite de oliva representa sólo el 3,3 % de la producción del conjunto de aceites y grasas vegetales, concentrándose la producción olivarera en la cuenca del Mediterráneo. Aproximadamente el 75% de esta producción pertenece a los países de la Unión Europea y solamente España produce una cantidad cercana al 40% de la producción mundial, aunque las cifras varían según las cosechas. Dentro de España, Castilla—La Mancha es la segunda región, tras Andalucía, en producción de aceite de oliva, siendo Mora uno de los municipios con mayor producción dentro de la región.

El Aceite de Oliva Español está sujeto a un estricto control de calidad, tanto por parte de las propias empresas que cuentan con laboratorios propios, como por parte de las autoridades españolas, que toman una muestra de cada lote, analizándola después para comprobar que cumple todas las exigencias de calidad establecidas por la Unión Europea.

Glosario

Aliñar

Aderezar. Sazonar, condimentar y preparar la aceituna para ser consumida directamente.

Almazara

Molino de aceite. Lugar donde se muele la aceituna para producir el aceite de oliva.

Alpechín

Líquido acuoso residual que se obtiene del proceso de elaboración del

aceite de oliva. Comprende el agua de constitución de la aceituna, el agua de adición y de lavado y un porcentaje variable de sólido.

Capachos

Seras de esparto — especie de espuestas planas — usadas en los molinos de aceite, en las que se echa la aceituna ya molida para ser puesta en la prensa y extraer de ella el aceite.

Catador

Persona perspicaz, sensible seleccionada y entrenada, que estima con los órganos de sus sentidos los caracteres organolépticos de un alimento.

Decantación

Separación natural, por diferencia de densidad, del aceite de los alpechines.

Envero

Período de maduración de la aceituna que pasa del verde al negro según diversos tonos.

Escamochar

Escamondar, podar la oliva.

Frutado

Sabor que recuerda el olor y gusto del fruto sano, fresco y recogido en el punto óptimo de su maduración.

Lipogénesis

Proceso natural en la maduración de la aceituna durante el cual se va generando aceite en la pulpa del fruto.

Ordeño

Acción de coger las aceitunas del árbol a mano.

Organoléptico

Califica toda propiedad de un producto susceptible de ser percibida por los órganos de los sentidos

Orujo

Pasta residual de aceituna que sigue conteniendo un porcentaje variable de agua y aceite después de haber sido prensada y centrifugada.

Vareo

Acción de coger aceitunas del olivo, derribándolas con los golpes de las varas.

Varejón

Vara larga y gruesa, usada en el vareo del olivo, para derribar las aceitunas situadas en la zona superior de la oliva.



El olivo ha sido considerado durante muchos años como un árbol sagrado. Los usos, aplicaciones y propiedades del aceite, para la alimentación, y para la curación de enfermedades, lo han convertido en un árbol divino.

Fueron algunos dioses a los que se atribuye la aparición del olivo, como Isis, Aristeo, Minerva, Palas Atenea, así como sus propiedades terapéuticas.

Aparece el olivo como protagonista en la Sagrada Biblia o en El Corán, y ha estado unida al paso de los años de las civilizaciones egipcia, griega, romana y fenicia, siendo usado no sólo como alimento de la población, sino como material para el alumbrado, como unguento medicinal, para las unciones religiosas, rituales, hogueras de sacrificio, e incluso para tonificar los músculos de los atletas romanos en el circo.

Hoy se usa en farmacia, cosmética o repostería. Los churros fritos en aceite de oliva virgen extra primera prensada en frío son exquisitos.

Hay muchos olivos en los alrededores de Las Ermitas, y dentro de ellas. Y en el recinto hay un molino de aceite, una almazara, donde se fabricó aceite, y, parece ser, fue el origen de las discordias que aparecen entre los ermitaños, porque cuando las cosas se ponen feas para éstos, un grupo de ellos quería vivir de las limosnas que la gente les daba, y de la venta de las cosas que fabricaban, rosarios, pequeños cestos, etc., y, otros querían ganarse la vida fabricando aceite en el molino.

En el año 1957, mes de marzo, día 31, murió el último ermitaño de Las Ermitas habiendo profesado como carmelita descalzo, fue el venerable hermano Juan Vicente de la Madre de Dios. Los ermitaños abandonaron, lamentablemente, Las Ermitas de Córdoba, rompiendo así una tradición que se remontaba al siglo IV de nuestra era.

Gumersindo tuvo mucha relación con el aceite, los olivos, las aceitunas, los molineros, los capacheros, el orujo...

Desde pequeño se crió en un molino situado en Priego de Córdoba. Se llamaba Molino de La Purísima que estaba situado en la cabecera de la cuesta que desciende desde el pueblo hasta el río Salado.

Era La Purísima un molino al más puro estilo tradicional para la fabricación por medios mecánicos del aceite de oliva. En él pasó su juventud y la adolescencia junto a su padre Antonio, un hombre hecho a sí mismo, lector empedernido de periódicos y de libros que tuvo en su cabeza acuñada la idea de que sus hijos estudiaran y sacaran una carrera.

Ahora, en Las Ermitas, Gumersindo, poniendo en práctica los conocimientos que adquirió junto a su padre, va a tratar de ver si puede poner en marcha el molino de Las Ermitas.

Y la huerta, que está esplendorosa, con tomates, melones, sandías, habicholillas, pimientos, calabacines, patatas, fresas, calabazas, hierbabuena, tomillo, mejorana, albahaca, y menta, que ahuyentan los parásitos que atacan a las plantas.

Gumersindo las intercala entre las verduras de la huerta porque él quiere sacar productos ecológicos de la tierra usando para el alimento de las plantas, sólo el estiércol, que dan los animales.

LA UVA

Las parras, en sus enrejados, cuelgan gruesos racimos de uva, como si de farolillos se tratara, y que si Dios, Bendito sea Su Santo Nombre me ayuda, espero ponerlas a secar teniendo mucha cantidad de uvas pasas que por su gran cantidad de azúcares son muy energéticas y se habla también sobre ellas de su acentuado carácter anticancerígeno.

Y Gumersindo se da cuenta de que los tábanos, las moscas y las abejas, son los enemigos de las uvas, y para ello envuelve en un saquito de plástico, cada racimo, para evitar que los insectos las dañen.

Porque las uvas son frutas dulces de exquisito sabor alimenticio, medicamentosas, y ricas en vitaminas A, B1, B2, y C, y que sus propiedades curativas son conocidas desde la época de Hipócrates de Cox. Las uvas contienen albúminas y sales minerales que contienen azúcar fácilmente asimilable.

El aceite de uva es muy recomendable para mantener una piel sana. La uva contiene vitamina C y flavonoides y un compuesto muy importante para la juventud del cuerpo que es el resveratrol.

Se recomienda la uva para la artritis, la gota, reumatismo y regula las sales calizas en los órganos del crecimiento. Las uvas fortalecen la circulación y proporcionan vigor y pureza a la sangre. Tiene propiedades antiinflamatorias y reguladoras de las secreciones, y mucho más.

La composición de la uva es muy similar a la de la leche materna, la cual es más fácil de digerir. Tomando la uva madura en cantidad, puede conservarse el peso normal durante bastante tiempo.

Las pasas son un buen alimento porque nutren con poco peso. Las uvas de mesa son una fuente de carotenoides y provitamina A.

EL ALGARROBO

Y qué decir del algarrobo que "tan buenos momentos" ha proporcionado a alguna alma desfallecida por esos caminos de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre.

Especie vegetal: Algarrobo.

Familia: Leguminosae.

Otros nombres: Algarrobo europeo, algarrobo del Líbano, garrofero.

Partes usadas: Frutos, semillas y las cortezas.

Es un árbol similar a un nogal de hasta 6 metros de altura con pocas ramas y con una corteza marrón grisácea con grietas. Las hojas son paripinnadas con folíolos ovados curvos glabros con un haz verde oscuro y un envés pardo rojizo. Las inflorescencias son racimos de uva o amentos de flores poco vistosas, ya que no presentan corola. El fruto es una vaina grande con forma de hoz, aplastada y de color marrón a violeta. En su interior aparecen abundantes semillas brillantes.

También en las inmediaciones de Las Ermitas hay algunos algarrobos, que en más de una ocasión fueron de mucha utilidad a los frailes.

Porque las algarrobas, aumentan la viscosidad del bolo, disminuyendo la absorción intestinal de lípidos.

También son hipoglucemiantes, ya que aumentan la viscosidad del bolo, y disminuyen la absorción de glúcidos.

También son laxantes. En contacto con el agua el mucílago forma un gel viscoso y voluminoso que incrementa el volumen de las heces que además permanecen blandas y promueve el peristaltismo y le confiere el efecto laxante mecánico.

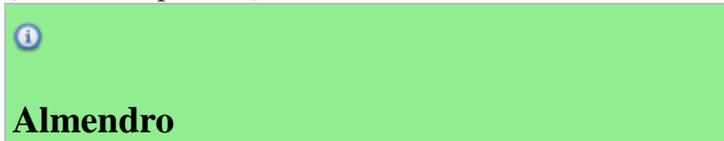
Los mucílagos del algarrobo tienen una gran capacidad para coger el agua de los jugos gastrointestinales aumentando de tamaño y produciendo una sensación de saciedad.

Gumersindo sabe bien que dentro de las algarrobas las hay dulces y amargas, por eso procura siempre escogerlas bien sabrosas. Y durante la época de la recogida las guarda en sacos para alimentar a las cabras en la época en que hay poca hierba en el monte.

EL ALMENDRO

Prunus dulcis

(*De Wikipedia*)





Prunus dulcis en [Köhler's Medicinal Plants](#), 1887

Clasificación científica

<u>Reino:</u>	<u><i>Plantae</i></u>
<u>División:</u>	<u><i>Magnolio phyta</i></u>
<u>Clase:</u>	<u><i>Magnolio</i></u>
<u>Subclase:</u>	<u><i>Rosidae</i></u>
<u>Orden:</u>	<u><i>Rosales</i></u>
<u>Familia:</u>	<u><i>Rosaceae</i></u>
<u>Subfamilia:</u>	<u><i>Amygdal oideae</i></u>
<u>Tribu:</u>	<u><i>Amygdal eae</i></u>
<u>Género:</u>	<u><i>Prunus</i></u>
<u>Subgénero:</u>	<u><i>Amygdal us</i></u>
<u>Especie:</u>	<u><i>P. dulcis</i> (MILL.) D .A. WEBB</u>



Aspecto general.

Prunus dulcis, el **almendro**, es un árbol caducifolio de la familia de las rosáceas. Esta especie pertenece al subgénero *Amygdalus* del género *Prunus*.

Descripción

Puede alcanzar de 3 a 5 m de altura. De tallo liso, verde y a veces amarillo cuando es joven, pasa a ser agrietado, escamoso, cremoso y grisáceo cuando es adulto. Son de hoja caduca, las hojas son simples, lanceoladas, largas, estrechas y puntiagudas, de 7,5 a 12,5 cm de longitud y color verde intenso, con bordes dentados o festoneados. La flor solitaria o en grupos de 2 o 4, es pentámera con cinco sépalos, cinco pétalos con colores variables entre blanco y rosado dependiendo de las especies de unos 3 a 5 cm de diámetro. Los frutos de unos 3 a 6 cm de longitud en drupa con exocarpio y mesocarpio correosos y endocarpio duro, oblongos, elipsoidales, con carne seca, tomentosos, de color verde, dehiscentes. Tarda de 5 a 6 meses en madurar desde que cuaja.



Fruto

Almendras aún en el árbol.



El fruto del almendro es la almendra. El aceite de este fruto es utilizado como emoliente, y la esencia de almendras amargas en perfumería, por su aroma. Almendruco o alloza es el fruto tierno e inmaduro. También se denomina —por extensión— almendra a la semilla de cualquier fruto drupáceo: por ejemplo la «almendra» del melocotón, el albaricoco o la ciruela. El aceite de almendras es usado en mantenimiento de instrumentos musicales como la dulzaina.

Nutrición

Cada 100 g de almendra común aportan 2383 kJ ó 570 kcal, aportando dosis de vitaminas B, vitamina B6; otras vitaminas en la cual es rica la almendra es la B9 o folato, tiamina, riboflavina, niacina y E, vitamina B5; también es valioso el aporte de minerales esenciales.

En la repostería española es muy usada la almendra como ingrediente en la elaboración de postres tradicionales como lo son los [turrone](#)s), los [mazapanes](#), tartas ([tarta de Santiago](#)), los helados, dulces, aperitivos etc. La [horchata](#) de almendra también es muy consumida.

Propiedades

Desde antiguo se han utilizado diferentes partes de la planta como [antitusígeno](#), hipotensor y [hepatoprotector](#), entre otros. Sus propiedades principales son las de emoliente dermatológico, [laxante](#), antiinflamatorio, cicatrizante y antiespasmódico. La leche y el aceite de almendras también



Paisaje de primavera, de José Gordillo

se ha usado, como aplicación externa, para el cuidado de la piel.

En medicina el aceite de almendras se usa para el tratamiento de la [dermatitis](#), [psoriasis](#), pieles secas, quemaduras superficiales y por el estreñimiento. El aceite de la variante amargo es antiespasmódico en

pequeñas dosis, pero siempre deberá ser obtenido bajo prescripción médica debido a la toxicidad de la planta. Además la leche de almendras tiene una aplicación dietética por su alto contenido en nutrientes.

Simbología

El almendro florece muy pronto, en cuanto la temperatura sobrepasa los seis grados en febrero. Antes de que aparezcan las hojas, la copa explota en una exuberancia de flores blancas

Con su cúpula de flores blancas, el almendro, árbol de la juventud, de la alegría, transmite una idea de pureza, de nobles sentimientos; por eso se asocia al amor juvenil, al amor puro, al primer amor.

[Miguel Herrero Uceda](#), El alma de los árboles

La mitología griega explica esta simbología a través del mito de los amantes Fílida y [Acamante](#). Todas las civilizaciones que han conocido el almendro se han regocijado ante la vista de los primeros almendros encendidos símbolos del amor juvenil.⁴

Bajo ese almendro florido,
todo cargado de flor
—recordé—, yo he maldecido
mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida
me he parado a meditar...
¡Juventud nunca vivida,
quién te volviera a soñar!

Antonio Machado

Requerimientos edafoclimáticos

Es una especie frutal de zonas templadas. A diferencia de otras especies de Prunus, presenta requerimientos de frío relativamente bajos para una adecuada ruptura de la dormición e inicio de la nueva estación de



crecimiento. Estos requerimientos varían entre 200 y 500 horas de frío, según las variedades cultivadas. El almendro es muy susceptible a las heladas primaverales, por lo que se beneficia con inviernos bien

definidos. La mayoría de los almendros se cultivan en secano, sobre suelos sueltos y arenosos.

Propagación

Se multiplica normalmente por injerto sobre patrones de algunas variedades de almendro (Garrigues) o sobre híbridos de melocotonero × almendro (GF677 y otros), el uso como patrón del almendro amargo ha caído en desuso, aunque fue utilizado durante muchos años por ser más resistente a la sequía y a los suelos calizos.

Los híbridos de almendro x melocotón muestran características destacadas como portainjertos para el almendro—Existen además trabajos disponibles que valoran la aparición de nuevos portainjertos y variedades.

La gran mayoría de las variedades cultivadas hoy en día son autofértiles, el polen de una variedad puede polinizarse a sí misma. Por ello, ya no se hace necesaria la presencia de dos variedades distintas en las explotaciones.

Procedencia

El almendro tiene su origen en las regiones montañosas de Asia central (Persia, Mesopotamia), donde es cultivado desde épocas remotas (5000 a 4000 a. C.), y a través de rutas comerciales, por todas las civilizaciones primitivas. En España probablemente es introducido por los

fenicios, donde se ha convertido en la actualidad en el segundo país productor (60.000 Tm. en grano, año 2009) tras Estados Unidos de América (650.000 Tm. en grano, año 2009).



Algunas de las variedades más cultivadas

Flor del almendro

Atocha: variedad española muy productiva y con almendra de calidad

Ayles: variedad de floración tardía y maduración de media estación

Cristomorto: variedad italiana de floración tardía y maduración media

Desmayo Largueta: variedad española de producción media—alta

Desmayo rojo: variedad española de floración temprana

Ferraduel: variedad francesa de floración tardía, muy productiva

Ferragnès: variedad francesa muy vigorosa y productiva de floración tardía

Garrigues: variedad muy vigorosa. Fruto pequeño redondeado y semilla pequeña

Guara: variedad de floración tardía y maduración temprana. Autofertil

Largueta: la variedad tradicional más cultivada y asilvestrada en Aragón

Marcona: considerada como la variedad de mayor calidad a nivel mundial

Moncayo: variedad de floración tardía

Nonpareil: variedad de floración semiprecoz

Tuono: variedad italiana de floración tardía

Antoñeta (R): variedad obtenida por el CEBAS—CSIC en Murcia (España). De floración tardía y autofertil

Marta(R): variedad obtenida por el CEBAS—CSIC en Murcia (España). De floración tardía y autofertil

Belona(R): variedad obtenida por el CITA en Zaragoza(España). De floración tardía y autofertil, pepita parecida a Marcona

Soleta(R): variedad obtenida por el CITA en Zaragoza(España). De floración tardía y autofertil, pepita parecida a Largueta

Penta (cov): variedad obtenida por el CEBAS—CSIC en Murcia (España). De floración extratardía y autofertil, 10–20 después que ferragnes

Tardona (cov): variedad obtenida por el CEBAS—CSIC en Murcia (España). De floración extratardía y autofertil, 15–30 después que ferragnes

Principales plagas

Orugeta (*Aglaope infausta*). Larva de un lepidóptero que se alimenta de las hojas cuando éstas comienzan a brotar

Polilla defoliadora (*Malacosoma neustria* Linnaeus). Otro lepidóptero, se alimenta de hojas jóvenes, yemas y brotes.

Pulgones (*Myzus persicae* Sulz; *Brachycaudus helichrysi* Kalt; *Brachycaudus amygdalinum* Smith; *Hyalopterus pruni* Geoffr.; *Hyalopterus amygdali* B.). Brotes y las hojas que se enrollan y deforman.

Barrenillos (*Scolytus amygdali* Guer, *Scolytus mali* B.). coleópteros que excavan galerías debajo de la corteza.

Antónomos (*Anthonomus amygdali* Hust, *Anthonomus gentili*). Pequeños coleópteros que atacan las yemas de flor.

Cochinillas (*Aspidiotus perniciosus* Comst, *Diaspis pentagona* Targ, *Parlatoria oleae* Colvée,. Reducen el vigor de los almendros.

Tigre del almendro (*Monosteira unicastata*). Es un hemíptero que ocasiona graves daños. Se desarrollan en gran número y pueden llegar a producir grandes defoliaciones, lo que debilita enormemente los árboles.

Gusano cabezudo (*Capnodis tenebrionis*). Las larvas de este coleóptero atacan las raíces de los árboles pudiendo ocasionarles la muerte.

Nombre común

Español: *allosa, allozo, almendolero, almendra, almendrera, almendrero, almendrán, almendro, almendrolero, almendrucal, almendruco, almendrugal, amelé, amella, amendoeira, armendolero, arzolla, ayosa, azollo.*¹⁰

Se conocen dos clases de almendros, los dulces y los amargos. Las almendras amargas se utilizan en la elaboración de pastelillos siendo las dulces muy apreciadas. Es mejor dejarlas sin pelar porque se conservan muy bien durante un año. Se comen de muy diversas maneras: crudas, tostadas, fritas, saladas, garrapiñadas, etc. Antes de su maduración son muy apreciadas por su sabor ácido. Para su conservación deben de guardarse en un recipiente hermético y lejos del sol y de la humedad.

Su sabor dulce conviene a casi todos los alimentos. Se la emplea en multitud de platos, tanto salados como dulces, particularmente con cereales, en ensaladas, pasteles, biscuits, repostería, helados y dulces. Especialmente en la composición del mazapán, muy bueno el de Montoro, y de los turrone navideños. Se pelan fácilmente echándolas en agua hirviendo y dejándolas en remojo durante 2 ó 3 minutos, hasta que su piel se hinche. Ecurrirlas y quitarles la piel.

EL GRANADO (de Infoagro)

1. ORIGEN

El granado se extiende desde los Balcanes hasta el Himalaya; es considerado uno de los árboles frutales más cultivados desde los tiempos más antiguos. Se introdujo hace muchos años en la región mediterránea, se supone que los cartagineses fueron los que llevaron la planta al sur de Europa.

Actualmente este árbol se encuentra extendido en la región del Mediterráneo, Sudamérica y sur de Estados Unidos.

2. TAXONOMÍA Y MORFOLOGÍA

—**Familia:** *Punicaceae*.

—**Especie:** *Punica—granatum*.

—**Porte:** pequeño árbol caducifolio, a veces con porte arbustivo, de 3 a 6 m de altura, con el tronco retorcido. Madera dura y corteza escamosa de color grisáceo. Las ramitas jóvenes son más o menos cuadrangulares o angostas y de cuatro alas, posteriormente se vuelven redondas con corteza de color café grisáceo, la mayoría de las ramas, pero especialmente las pequeñas ramitas axilares, son en forma de espina o terminan en una espina aguda; la copa es extendida.

—**Sistema radicular:** raíz nudosa consistente, con corteza rojiza, que lleva un alcaloide, llamado peletierina o punicina, de propiedades vermífugas.

—**Hojas:** son de color verde brillante, lustrosas por el haz y con el borde entero. Nacen opuestas o casi opuestas sobre las ramas o bien agrupadas formando hacecillos, tienen forma lanceolada a abovada, un pecíolo corto y son ligeramente correosas. Generalmente miden 2—8 x 0.8—2 cm, y tienen un nectario apical que segrega azúcares (fructosa, glucosa, sucrosa); las estípulas son rudimentarias y difíciles de apreciar.

—**Flores:** hermafroditas, solitarias o reunidas en grupos de 2—5 al final de las ramas nuevas y de 3—4 cm de diámetro. Son grandes y de color rojo, lustrosas, acampanadas, subsentadas, con 5—8 pétalos y sépalos, persistiendo el cáliz en el fruto.

En algunas variedades las flores son abigarradas e incluso matizadas en blanco. Florece en mayo—julio, aunque algunas variedades lo hacen más tarde.

—**Fruto:** baya globosa denominada balausta, de color rojo brillante, verde amarillento, o blanquizco, rara vez violeta, cuando madura, estando coronado por el cáliz, de 5—8 cm de diámetro, lleno de semillas y cuenta con una cáscara coriácea.

Las semillas son angulares y duras por dentro, la capa externa de la testa está cubierta por una capa delgada o pulpa jugosa, roja, rosa o blanco amarillenta, astringente, subácida o ácida.

3. IMPORTANCIA ECONÓMICA Y DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA

La importancia económica del granado en España es muy notable, ya que es uno de los principales países productores de granado del mundo,

cuyos frutos además de abastecer al mercado interior, se exporta al centro europeo, pues es el mayor productor y exportador europeo; haciendo el cultivo más o menos rentable.

Actualmente la superficie de granado en España supera las 2.500 ha,



con una producción próxima a las 20.000 tm. Esta producción se concentra en las provincias de Alicante y Murcia.

Se trata de un frutal alternativo para muchas zonas, especialmente donde las malas condiciones del suelo o la escasa calidad del agua de riego impiden la explotación rentable de otros frutales; ello no implica que si el

granado se cultiva en mejores condiciones los resultados obtenidos no sean buenos.

En España es frecuente que el granado se asocie a otros frutales como la higuera y la palmera datilera, ocupando la mayoría de las veces los peores terrenos.

La comercialización de la granada como producto de cuarta gama y su uso en la fabricación de mermeladas, jaleas, confituras, zumos, etc., están adquiriendo cada día mayor interés.

4. REQUERIMIENTOS EDAFOCLIMÁTICOS

4.1. Clima

El clima que más conviene al granado es el clima subtropical e incluso el tropical. Los mejores frutos se obtienen en las regiones subtropicales donde el periodo de temperaturas elevadas coinciden con la época de maduración de granadas.

El granado exige mucha agua y fresca para sus raíces y solamente en estas condiciones es cuando da muchos frutos de buena calidad. Fuera de las regiones subtropicales, el granado se adapta bien en regiones donde la temperatura no alcance los -15°C . El árbol no resiste las temperaturas bajas y solo ciertas variedades Chinas y del Turquestán, más rústicas, soportan mejor los fríos llegando a soportar temperaturas de -18 y -20°C .

El granado es muy sensible a las heladas tardías a partir de la entrada en vegetación. Prefiere más bien un clima templado e incluso

caluroso que los relativamente fríos. Debido a su retraso vegetativo y de floración, corre peligro de que las flores se vean afectadas por las heladas tardías de primavera. En pleno invierno resiste temperaturas inferiores a los -7°C .

4.2. Suelo

El granado no es exigente en suelo. Sin embargo, da mejores resultados en suelos profundos; le conviene las tierras de aluvión. Los terrenos alcalinos le son favorables; incluso los excesos de humedad favorecen su desarrollo. El suelo ideal debe ser ligero, permeable, profundo y fresco.

Es tolerante a la sequía, a la salinidad, a la clorosis férrica y a caliza activa.

En tierras de secano, la sequía en el momento de la floración puede provocar la caída de la flor y reducir la cosecha al mínimo. En las tierras de regadío, sus necesidades hídricas son muy reducidas, y de abusar de los riegos poco antes de entrar el fruto en envero puede ser causa de su agrietamiento.

El **Zumo de Granada** y el **Extracto de Granada** son productos con alto contenido en antioxidantes y en especial el elagitanino llamado **punicalagina**, (el mayor antioxidante de peso molecular descubierto hasta la fecha).

Los polifenoles son sustancias antioxidantes que contienen muchas frutas y verduras, en la fruta de granada, el zumo de granada, y el extracto de granada, estas sustancias se multiplican en contenido y en propiedades



beneficiosas para la salud.

El elagitanino es en la actualidad una sustancia que cuentan con numerosos estudios realizados en los últimos años para determinar sus posibles propiedades beneficiosas.

Al hermano Gumersindo le gusta mucho la granada. No sólo la come pelada al natural, sino que cuando hace migas, con pan duro echado en remojo, ajos, torreznillos, y aceite de oliva, desmenuza una granada sobre ellas, y las come a cucharadas.

Pero lo que le encanta a Gumersindo, sobre manera, es la “bota”. Para ello coge las mejores granadas, las más tersas y rojizas, desprovistas de fisuras, le corta la “coronilla”, le quita los pelillos, y, la estruja como un buen torero, evitando que se rompa, e hinca el estoque, (un palillo de dientes), dentro del redondel, del que sale, como del mejor manantial de frutas, el zumo al que aplica la boca con fruición obteniendo una bebida natural de las mejores del mundo.

EL MEMBRILLO

Hay quien a este árbol le llama membrillero. Yo y mi gente siempre le hemos llamado membrillo

El Membrillo es el fruto del membrillo que pertenece a la familia de las Rosáceas y que se distribuye por la zona templada de todo el mundo.

En Grecia el membrillo estaba consagrado a Afrodita que es la diosa del amor.

En España hay plantaciones en Valencia, Murcia, Extremadura, y Andalucía.

El Membrillo es el símbolo del amor.

Hay varias clases de membrillo: Común, esferoidal, Fontenay, Van de Mau y Gigante de Wranja.

Se recolecta desde finales de septiembre hasta diciembre.

Es una fruta de carácter ácido. De color amarillo. Hay una variedad muy apreciada que se llama gamboa.

Tiene muy pocas calorías si se come crudo. Pero si se toma en forma de carne de membrillo las calorías se disparan.

Tiene potasio y cantidades discretas de vitamina C. Ahora, es abundante en fibra (pectina y mucílagos), y taninos, sustancias que le confieren su propiedad astringente.

Es desinfectante y favorece la eliminación del ácido úrico.

El potasio es necesario para la creación y transmisión de los impulsos nerviosos y para la actividad muscular normal interviniendo en el equilibrio del agua dentro y fuera de la célula.

A Gumersindo le gusta mucho el membrillo a pesar de su carácter ácido.

Cuando los recolecta, bien amarillos, los pone sobre una mesa. Y cuando van madurando, uno a uno, los va pelando quitándoles el corazón y la piel. Los hace cascos y los va echando en una perola de cobre con algo de agua y zumo de un limón. Tanta cantidad de membrillo como de azúcar. Se va removiendo poco a poco con una paleta de palo hasta que esté hecha la masa. Se pone en platos hondos sin tapar en lo alto de un armario y se espera un tiempo hasta que tome su coloración.

Un día te subes al armario, y no te caigas, y bajas un plato. Lo lavas con un estropajo y agua por arriba, y, con una navaja, cortas un trozo y te lo comes. ¡Manjar de dioses! ¡¡Un caramelito!

Si te gusta el ácido deja que el membrillo se pase y te lo puedes comer a cascós. ¡Está rico! ¡Y es natural ya que no lleva ni colorantes ni conservantes!

LAS MORAS

¡Ay! las moras. ¡Dislocan a Gumersindo que está pensando todo el año en ellas! ¡Y cuántas veces se llega a las zarzas que se extienden por los ribazos de las fincas y en las orillas de los caminos dando cobijo a tanto animal durante el invierno.

Y cuando llega la temporada, va Gumesindo con su olla, y la llena de moras ricas y colorinas.

Hay una zarza recostada sobre una pared de una casa vieja de un cortijo mirando hacia el sur, que cuando llega septiembre, hace las moras más dulces y gordas que los humanos han visto.

Y aquí entra Wikipedia:

Rubus ulmifolius, la **zarzamora**, **zarza** o **mora**, entre otros numerosos nombres, es una especie de arbusto aculeado de la familia de las rosáceas y es popularmente conocido por sus frutos comestibles.

Tiene hojas imparipinnadas, compuestas por 3 ó 5 folíolos peciolulados y puntiagudos, bastante variables, de forma elíptica ovada u obovada, con borde dentado o aserrado, de color verde oscuro por el haz y blanco—tomentoso por el envés.

Las flores, pentámeras, tienen pétalos ovalados blancos o rosados de unos 10—15mm y los sépalos son grises o tomentoso—blanquecinos. Nacen en racimos, dando lugar a inflorescencias de forma oblonga o piramidal.

Su fruto, la zarzamora o mora, es comestible y está formado por muchas pequeñas drupas arracimadas y unidas entre sí (polidrupa), de color rojo tornándose al negro al madurar.

Distribución

Es una planta muy invasiva y de crecimiento rápido que también puede multiplicarse vegetativamente generando raíces desde sus ramas. Puede colonizar extensas zonas de bosque, monte bajo, laderas o formar grandes setos en un tiempo relativamente corto.

Es frecuente en setos y ribazos y su distribución original abarca casi toda Europa, el norte de África y el sur de Asia. También ha sido introducida en América y Oceanía, con efectos muy negativos como maleza; por ejemplo en Chile, es considerada una especie invasora.;3 sin

embargo, la venta de sus frutos y sus subproductos también significa una fuente de ingresos para muchas familias, quienes realizan la recolección de sus frutos.

Usos

La zarzamora es una fruta del bosque dulce muy popular en pastelería para la preparación de **postres**, mermeladas y jaleas y, a veces, vinos y **licores**. Las hojas disecadas, utilizadas como infusiones, tienen propiedades astringentes, antisépticas urinarias y bucales y también diuréticas. La mora negra o zarzamora contiene sales minerales vitaminas A, B y C. Por su alto contenido de hierro es utilizada para prevenir y combatir la **anemia**. Entre otras facultades, estudios recientes comprobaron que el elevado contenido de flavonoides (taninos que también poseen los vinos tintos) contribuye a prevenir cáncer y disminuir el **colesterol**.

Las cortezas de los tallos se utilizan como material de cestería y para hacer cuerdas.⁷ Es por ejemplo material tradicional para coser las **colmenas de pajao** 'skep hives' de tradición anglosajona que aún se utilizan hoy en día.

Otro uso, poco conocido, es como sustituto del **tabaco**.

La mora, como todas las frutas rojas, está de moda, ya que ayudan a rejuvenecer el cuerpo.

Citrus × sinensis

Naranja	
Clasificación científica	
Reino:	<i>Plantae</i>
División:	<i>Magnoliophyta</i>
Clase:	<i>Magnoliopsida</i>
Subclase:	<i>Rosidae</i>
Orden:	<i>Sapindales</i>
Familia:	<i>Rutaceae</i>
Género:	<i>Citrus</i>
Especie:	<i>C.</i> ×

sinensis
OSBECK

Citrus × sinensis, el **naranja** o **naranja dulce**, es un árbol frutal del género *Citrus*, que forma parte de la familia de las **rutáceas**. Se trata de un árbol de porte mediano —aunque en óptimas condiciones de cultivo llega hasta los 13 m de altura—, perenne, de copa grande, redonda o piramidal, con hojas ovales de entre 7 a 10 cm de margen entero y frecuentemente estipuladas y ramas en ocasiones con grandes espinas (más de 10 cm). Sus flores blancas, llamadas **azahar**, nacen aisladas o en racimos y son sumamente fragantes. Su fruto es la naranja dulce.

El naranja es un árbol de tamaño mediano, de tres a cinco metros de altura, con copa redondeada y ramas regulares. Un solo tronco, derecho y cilíndrico, verdoso primero y gris después. Las ramas aparecen a un metro, poco más o menos, del suelo. Las hojas son perennes, medianas y alargadas, con base redondeada y terminadas en punta. Las flores aparecen en las axilas de las hojas, solitarias o en racimos.

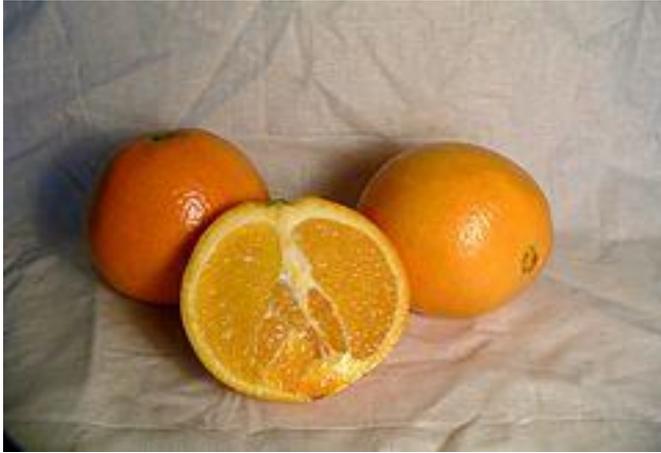
El naranja puede reproducirse por germinación de una semilla, por trasplante de una estaca o por acodo, es decir, partiendo de una raíz. En cualquier caso ha de transcurrir un cierto tiempo en el vivero o plantel antes de pasar al huerto o naranjal.

Éste, si queremos que dé fruto abundante, ha de reunir una serie de condiciones. La primera de ellas es el clima, ya que las heladas pueden acabar no sólo con el fruto, sino con el propio árbol y por eso no suele ser bueno el terreno que está por encima de 250 metros sobre el nivel del mar en el interior o de los 400 metros cerca del mismo. Es también importante la calidad de la tierra; la mejor es la de arena silíceas con algo de arcilla y cal. Influye mucho también la orientación, que a ser posible será mirando hacia el ecuador, es decir, dándole la espalda al polo más cercano, para estar preservado de los fríos vientos de ese sector, así como recibir más horas de sol. También es preferible que el suelo esté inclinado para que la inestabilidad del aire evite escarchas y heladas, puesto que las capas de aire al enfriarse tienden siempre a desplazarse hacia abajo, y estos cambios evitan que los frutos se hielen, como ocurriría si las temperaturas bajas fueran estables. Algo decisivo es que el terreno pueda ser abundantemente regado, aunque sin formar charcos.

El naranja, como los demás agrios—el limonero, la lima, la sidra, el pomelo, el mandarino, etc, pertenece a la familia de las rutáceas, según la clasificación botánica, familia verdaderamente numerosa, pues comprende unas 1.600 especies, que se agrupan en subfamilias, tribus

Los naranjos tienen su origen en **India**, **Pakistán**, Vietnam y el sureste de China y fueron traídos a occidente por los **árabes**. En sánscrito se llamaba *nâranga* (probablemente de origen **dravídico**, **noario**; en **tamil** *naru* significa 'fragante'). De India pasó a **Arabia**, donde se llamó *naranja* y

luego al sur de Francia, donde en provenzal antiguo se llamó *naurange* (pronunciado *noránsh*), subtribus, géneros, subgéneros, especies, grupos y variedades.



Cultivo

Se da en regiones de clima templado y húmedo. El cultivo de esta especie forma una parte importante de la economía de muchos países, como Estados Unidos (Florida y California), la mayor parte de los países mediterráneos, México, Argentina, Ecuador, Perú,

Belice, Cuba, Pakistán, China, India, Irán, Egipto; Turquía, Uruguay y Sudáfrica.

En España se cultiva sobre todo en el sur de Cataluña, Comunidad Valenciana, Andalucía y en la Región de Murcia donde se suelen cultivar en regadío.

Hay muchas variedades de naranjas entre las que contamos, la Navel y Navel Late

CAPÍTULO XV

En este capítulo se describe cómo las Ermitas reciben la visita de un providencial enjambre de abejas al que Gumersindo coloca en una colmena según ha leído en un libro de la biblioteca de las Ermitas.

Que Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, que nos protege y cuida como hijos suyos, y que no nos abandona, dirigió un enjambre que iba sin rumbo hasta las puertas mismas de las ermitas.

Miles de abejas, con su característico zumbido, comenzaron a llegar hasta las puertas de las Ermitas formando una gruesa bola a la que se sumaban a cada momento nuevos individuos.

Y como Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, no sólo cuida de la criaturas mayores que ha criado, sino también de las menores, pronto les indicó a su instinto, un agujero espléndido que había en un viejo quejigo donde deberían meterse para protegerse de sus enemigos naturales. Allí, arrojando a su reina, base del futuro de la colmena, se dirigieron en tropel metiéndose dentro del quejigo— como si estuvieran huyendo de algún enemigo invisible que las persiguiera y amenazara—.

Como el sol se palideciera al pasar la inmensa bola interponiéndose entre sus rayos salvíficos y tonificantes, nuestro querido ermitaño se puso a la expectativa cuando la luz del sol, se oscureció, por unos momentos, comenzando a palidecer, viéndose metido de lleno en tan gran espectáculo. Y como viese en esta llegada una señal de la Providencia Divina para su sustento, se dirigió hacia el almacén donde los ermitaños que se habían marchado habían dejado varias colmenas en uso y todos los útiles necesarios para su manejo y explotación. En un carrillo pequeño cargó una de las colmenas y la instaló muy cerca del quejigo al que se dispuso a liberar de tan molestos visitantes que no paraban de picarle en su grueso tronco tratando de entrar en el mismo. No tardó mucho en lograr que el enjambre ablandara el quejigo y se metió en la colmena, para su contento y alegría, y pensó que esto había sido cosa de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, que reservaba a los que le amaban sin cortapisas en cuerpo y alma propagando a los cuatro vientos que Dios era el más grande y el único que cuida de todos con amor y esmero.

Se acordó de que en la biblioteca de las Ermitas había un manual que trataba de todo lo concerniente a la cría de las abejas y de la fabricación de la miel y que se llamaba *Manual del Perfecto Apicultor*, de un autor anónimo; quizás eran los apuntes de un viejo

ermitaño que mató sus ratos de ocio en recopilar sus observaciones sobre las abejas, y que las transcribió a unos cuadernillos, para que los ermitaños supieran, que una manera muy honrada y eficaz de ganarse la vida, era criando abejas en el panal.

Tal como lo leyó, lo hizo.

Se protegió el cuerpo lo mejor que pudo poniéndose un sombrero en la cabeza con un tul que le protegía la cara de los picotazos de las abejas. Unos guantes en las manos, y unas cuerdas que le aislaban la sotana del cuerpo, junto con unas botas altas, bajo las cuales metió los pantalones, y, cogiendo un artilugio que se fabricó con una vieja máquina de hacer tejerings, la cargó de grasa de cordero bien prensada, y se dirigió al viejo quejigo, sobre cuya boca comenzó a soltar un humo negro y espeso, a la vez que colocaba un saco de coger las aceitunas sobre el mismo.

Las abejas, al oler el humo, pensaron por instinto, que algo ocurría allí dentro, y, que lo mejor, para salvar el pellejo, era avisar a la reina, para ir después todos tras de ella, como sucedió.

La reina primero, y, después todas las abejas, salieron huyendo para caer dentro del saco, que con una gruesa cuerda, Gumersindo ató, y echándose el saco al hombro, lo llevó a donde había colocado la colmena.

Desató el saco, y cuidó mucho de que no escapara ni una abeja, lo que ocurrió tal y como lo había previsto, cayendo todas, con la reina, dentro de la colmena, para contento del ermitaño.

Ahora habrá que esperar a que las abejas trabajen y elaboren la rica miel a partir de las numerosas flores que pueblan una multitud de plantas que hay en torno a las Ermitas: Brezo, romero, espino albar, lavanda, tomillo, y jaras.

Y contento con su buena fortuna, ya que en poco tiempo se vería provisto de rica y abundante miel, no sólo para su sustento, sino que podría tratar de venderla para con el producto de la venta, comprar herramientas, y pagarle a los albañiles, con los que iba a cometer una serie de reformas en las Ermitas, que dada su antigüedad, presentaban desperfectos serios en los que el tiempo había hecho mella, amenazando su conservación para el futuro.

Volvió a la biblioteca, y siguió buscando libros y manuscritos, que los ermitaños habían guardado celosamente, y que les pudieran aportar los conocimientos necesarios sobre la plantas medicinales que crecían libremente en las Ermitas, y sus alrededores, su situación, cantidad, floración, época de recolección, almacenamiento, propiedades medicinales, conservación, y elaboración de productos, para el remedio de muchos males.

CAPÍTULO XVI

En el que se cuenta cómo una vez instalada la colmena en un sitio adecuado se encamina a la Biblioteca de las Ermitas a la búsqueda de libros, o, manuscritos, que puedan ilustrarle sobre las numerosas plantas que circundan las Ermitas, y el provecho que pueda sacar de ellas, así, como, de su conservación, recolección, tratamiento, y propiedades medicinales, para la curación de enfermedades y fabricación de la miel.

No está mal conservada la Biblioteca de las Ermitas. Pero habrá que hacer algunos arreglos antes de que lleguen las primeras aguas del otoño y puedan colarse por un agujero, que sobre el techo, deja entrever la claridad de la mañana, y que puedan afectarle a los libros, y que son en número, que yo calculo, de 400.

Pero ahora, a nuestro amigo y querido ermitaño, lo que le corre más prisa es buscar esos manuales, si los hay, y dónde encontrar la información que precisa para el proyecto que se propone realizar en beneficio de los ermitaños y de la humanidad.

En una estantería, en la que se lee un letrero que dice: *Madre Naturaleza*, hay algunos ejemplares, entre los cuales coge con sus manos, uno que se titula, *La Naturaleza tenía razón*, libro de desbordante optimismo vital que enseña a amar la Tierra en la que vivimos y de la que nos nutrimos, y cuyo autor, es el muy conocido y famoso Maurice Mesegué, y, publicado, por Editorial Plaza y Janés, S.A., cuyo subtítulo original es, “*C’est la Nature qui a raison*”, y que es una traducción de Josita Hernán, y la portada, es una bella fotografía de un campo de amapolas, de S. Betmar. El libro tiene 304 páginas, y al final, el lector, puede encontrar una relación de tiendas donde puede comprar las hierbas salvajes.

Veamos lo que nuestro querido padre Gumersindo ha encontrado en sus largas horas de trabajo, paciente, metódico, y ordenado, investigando en las diversas estanterías de la biblioteca eremítica.

EL TOMILLO

Bañarse con ramitas de tomillo mejora la artritis y el reumatismo.

Un buen dentífrico se prepara macerando 100 gramos de tomillo en medio litro de aguardiente.

Actúa contra el catarro, la gripe, las anginas y las infecciones intestinales.

Se encuentra en los sitios por donde ha escurrido el agua.

EL ROMERO

El *rosmarinus officinalis* es el nombre latino del romero.

Es un buen condimento para carnes de cerdo, cordero, y pollo. Para ello basta echar unas hojitas sobre las mismas en la barbacoa y un “chorreoncito” de aceite de oliva virgen extra.

El romero, en miel, o infusión, es muy bueno para el decaimiento. No se debe de usar si se tiene la tensión alta.

También se puede usar en el baño porque tonifica a niños y enfermos muy fatigados.

En el reuma, alivia, una compresa con un puñado de romero hervido en un litro de agua durante 30 minutos.

Bueno para las úlceras de la boca y las verrugas, macerado.

Una ramita colocada sobre el sombrero pone en huida a los mosquitos en el campo.

SALVIA

En el siglo XVII detuvieron a unos ladrones que saqueaban las casas de los enfermos de peste y los cuerpos de los que morían de tan terrible enfermedad; curiosamente, ellos, nunca la cogieron...

Tales sujetos no la agarraban porque frotaban su cuerpo, con salvia, espliego, tomillo, y romero, amén de ajo, todo macerado en vinagre.

Lo que no sabían tan despreciables sujetos era el poder bactericida de tales hierbas.

Mejora la fiebre alta suprimiendo el sudor, actúa contra la gripe que comienza, es buena para las chicas en la pubertad, para las parturientas, contra la menopausia, dolor de estómago, y, para aliviar la tos.

Es un buen condimento para la carne en la barbacoa, como para las salsas. Es muy amiga de la carne de cerdo.

Actúa contra las llagas y podemos hacer con ella, gargarismos, e inyecciones vaginales, porque es un buen desinfectante.

El baño de salvia tonifica y estimula.

ALBAHACA

Es una hierba que mejora los espasmos del estómago y las infecciones del intestino.

Es una planta que procede de India y que se da muy bien en todo el Mediterráneo.

La sopa con hierbas de albahaca ayuda a los niños que tienen mareos y no concilian el sueño.

Para aquellos que les gusta comer mucho, unas hojitas de albahaca, en la carne, actuará contra los espasmos estomacales y las infecciones de intestino.

Para dormir es buena una infusión de albahaca porque ayuda a la digestión.

EL ORÉGANO

Los latinos la llamaban *origanum vulgare*.

Su nombre popular es el de mejorana que calma penas y también las del amor.

Actúa contra la inapetencia, los trastornos digestivos, los espasmos del estómago e intestino, el asma, la tos, heridas que han cicatrizado mal, y contra la estomatitis.

Se utiliza como condimento

LA HIERBABUENA

Era una de las cuatro hierbas con la que se protegían de la peste los cuatro ladrones.

Una buena infusión de hierbabuena calma muchos males.

Si tiene jaqueca coloque una compresa de hierbabuena sobre las sienes.

En Marruecos está muy extendida como infusión.

Se puede usar como ensalada.

Una gota de alcohol de menta es muy buena para calmar el dolor de muelas echándola sobre la caries.

EL HINOJO

Nada mejor que el hinojo para acabar con las náuseas y la pesadez de estómago. Masticar una ramita o una raíz irá muy bien.

Una cucharadita macerada en el mortero y hervida en un cuarto de litro de agua evita muchos problemas de estómago.

Para no confundirse con otras plantas parecidas y peligrosas, es recomendable comprarla en sitios especializados.

Su recolección se hace en Agosto.

Bueno para la tos y los problemas digestivos.

Bueno para mayores y pequeños.

MANZANILLA COMÚN

Se puede cultivar, y salvaje se encuentra en tierras de cultivo y en las orillas de los caminos.

En infusión es muy útil contra las inflamaciones de la región gastrointestinal. Basta con añadir dos cucharaditas de flores sobre un cuarto de litro de agua hirviendo dejándola reposar diez minutos.

También se pueden lavar los ojos reseco encontrando alivio.

ESPLIEGO

Los latinos lo llamaban *lavándula angustifolia*. Se usa para tranquilizar el sistema nervioso central. Contiene aceite esencial y taninos. Contra la jaqueca, los trastornos cardíacos, el agotamiento, y en el baño. Y para fabricar colonias de muy buen olor.

Hace tiempo las abuelas lo echaban sobre el brasero para alejar los malos olores, estabilizar la atmósfera y devolverle la frescura ocasionada por los pedos junto a la mesa camilla.

Se la conoce vulgarmente como alhucema.

EL HIPÉRICO

Los latinos lo llamaban *hipericum perforatum*. Da ánimos a los enfermos tristes. Llamada Hierba de San Juan es útil contra las depresiones, enuresis, trastornos nerviosos, trastornos gastrointestinales, y molestias biliares.

El aceite de hipérico se usa exteriormente contra los dislocamientos, distensiones, trastornos lumbares, y contra el reuma.

Dos cucharaditas de hierba vertidas sobre un cuarto de litro de agua hirviendo, dejándola reposar diez minutos y tomarla una vez al día, aliviarán las depresiones leves.

ESPINO ALBAR

Llamado vulgarmente majuelo. Es un árbol que suele alcanzar hasta 8 metros de altura.

Los ermitaños no solían usarlo debido a su corazón fuerte por el ejercicio en la huerta, sus largas caminatas por los campos, y otros trabajos.

Para corazones seniles se usa el espino albar, incipiente debilidad cardíaca, e, insuficiencia cardíaca.

La infusión se prepara vertiendo sobre un cuarto de litro de agua hirviendo, dos cucharaditas de flores, dejándolas reposar durante diez minutos. Dos o tres tazas al día serán suficientes.

CAPÍTULO XVII

De lo que sucedió a nuestro querido ermitaño con la colmena y otras cosas dignas de ser conocidas por el amable lector.

Porque Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, no abandona a los que le aman; tampoco, a los que no. Porque quiere que se conviertan y vivan. Porque como buen Padre desea lo mejor para sus hijos, ¿y, cómo un padre, después de haber criado a un hijo, con el trabajo que eso cuesta, lo va a enviar al infierno?

No; no hay padre que quiera nada malo para sus hijos, aunque sea un mal padre. Cuanto menos, Dios Padre bondadoso, Bendito sea Su Santo Nombre, que es puro amor para las criaturas que ha creado.

Y Dios está observando a nuestro querido Gumersindo porque en él ha puesto muchas esperanzas para que en las Ermitas de Córdoba se reanude un proyecto, el de la vida eremítica, que comenzó en el siglo IV de la mano del buen obispo cordobés Osio, que luchó incansablemente contra las herejías.

Pero también está alerta el Maligno que no para de enredar y no pierde ocasión para que Gumersindo desista de su proyecto poniéndole dificultades cada vez más difíciles de resolver.

Y ahora, se ha metido dentro de su espíritu y ha tirado la piedra y ha escondido la mano:

— Mira que si este invierno es malo, y nieva, y te quedas incomunicado en estas sierras de Dios, ¿cómo vas a sobrevivir?... ¿y si la colmena que tienes no fuera de abejas?... ¿y si fueran avispas?... porque las avispas no hacen miel, sino que comen y comen de dónde pueden y son un peligro para las personas y los animales.

Y Gumersindo, que es un buenazo, y veces “se le va la pinza”, y se cree lo que Satanás le dice, y siente temor.

— ¿Cómo voy a comer este invierno si no tengo miel y no recojo nada de la huerta?; lo mejor sería abrir la colmena y ver, si lo que yo vi por abejas, ahora, Belcebú, maldito sea su nombre, lo ha cambiado por avispas, y la ha liado.

Sin precaución ninguna, como el que no tiene temor a nada, porque Dios lo protege, como dice el salmo, ya no se acuerda, de cuando se tuvo que tirar a la alberca para huir de la colmena en pleno verano, cuando el demonio, convertido en oso, el mayor enemigo las abejas, sacó el enjambre del viejo quejigo, y se le vinieron todas, hacia él, una detrás de otra, más de un millón de abejas.

Y ahí estaba la mano de Dios, bendito sea su Santo Nombre, que si no le llega a indicar a Gumersindo dónde estaba la alberca, seguro que hoy, sus huesos descarnados, descansarían en medio de los campos.

Más de una vez se ha contado cómo las avispas, en poco tiempo, se comieron a un burro en medio del campo dejando sólo los huesos descarnados para asombro de la gente.

A las avispas hay que echarle de comer aparte; ellas por su lado, y nosotros por el nuestro.

Así, que, Gumersindo, ermitaño restaurador de la obra eremítica, que comenzara el Obispo Osio, se colocó junto a la colmena sin ningún tipo de protección.

Y así, a la buena de Dios, sin el ahumador para espantar a las abejas, sin máscara, ni gorro para la cabeza, sin guantes para protegerse las manos, sin calcetines, con los pies descalzos, dejando en total desamparo a su cuerpo y sólo a la protección de Dios.

Y sin tomar precauciones, sólo acogido a la bondad de Dios, mi querido lector que me sufres con vehemencia leyendo este libro, página tras página, deseoso de verle el final, desde que cayó en tus manos. Con el pecho al descubierto no se puede salir por esos mundos de Dios, porque en un momento, “el arca del cuerpo”, que protege órganos muy delicados, las avispas, te la pueden abrir robándote tus tesoros y dejando sólo la armadura. Porque estos animales saben más de candados y cerraduras que el más experto de los cerrajeros.

Y ya tenemos al temerario Padre Gumersindo “guluzmeando” dentro de la colmena.

En las colmenas pasa como con todo: Que te puede tocar la más gorda teniendo que bailar con ella, o que no te toque bailar con nadie y salgas airoso del trance porque tú no querías acompañar la música con semejante compañía.

Pero mi consejo, es, que tú vayas preparado para bailar con la más fea, por si las moscas. Y si no bailas, pues eso que te encuentras.

Y aquí, por lo que veo, va a empezar el baile ya.

En las colmenas, el problema no está en las abejas que hay dentro del panal, ¡no!... En la colmena, el peligro viene de fuera, está fuera en la calle...

Si usted, querido lector que me soporta hace ya largo tiempo, ve que en un agujero hay miles de bichos que pueden hacerle daño, pues tapona la entrada con yeso y cristales, y, mientras los de dentro abren el agujero otra vez, usted vuelve a tirar otra bola de yeso con cristales al centro mismo de la entrada para que así no lo puedan roer...

Pero el problema, es, que como los animalitos vienen de fuera, de todos los sitios del espacio, usted tendrá que protegerse, porque cuando las abejas vean que no pueden entrar a su casa y depositar el néctar de las

flores para que se alimenten las larvas, buscarán al causante del delito, y más vale que Dios lo coja confesado, si lo encuentran....

— Si usted, perdone mi injerencia en lo que no me importa por meterme en donde no me llaman ,un suponer, se encuentra en su casa con todo los pestillos de las puertas echados, la llave de la puerta de la calle atornillada, la alarma conectada, e incluso la "tranca" colocada en los asideros...,¡pues no le pasará nada! Porque tomando precauciones, los ladrones no entran en la casa, porque esta gente son bastante vagos y les gusta trabajar poco, porque si llegan a tu casa y meten la ganzúa en la puerta, y ésta no se abre, no lo intentan otra vez y se van a la del vecino, que es todo lo contrario de usted, y allí entran en su casa sin abrir la puerta, porque la puerta está abierta de par en par, porque el vecino tiene la costumbre de vivir diciendo que "aquí no pasa nada", de que no "cierres la puerta que por aquí no hay ladrones, que esto no es el Brasil, etc., etc., que la gente es buena y hay que darle un margen de confianza".

Los cientos de abejas que vienen zumbando detrás con su polen pegado en las patas tienen ganas de descargar su mercancía sin problemas en la colmena, porque este oficio no es que esté mal pagado, sino que no tiene horas, y es de urgencia siempre porque las larvas tienen que comer para que crezcan y no se cierre el invento.

— Y me imagino que las abejas están hasta la cabeza del "laboro" que les ha tocado hacer, y que a más de una le vendría bien un permiso de fin de semana para hacer sus cosas que las tienen abandonadas.

Pero la reina no hace nada más que poner huevos y huevos, y los huevos no se acaban ni con la gripe aviar. Y eso es lo que hay, por siempre y siempre, amén.

Y la primera abeja, que es de observación, no para de revolotear por la cabeza de Gumersindo viendo qué parte tiene más tierna para avisarle a las otras que le den el picotazo, y así, nuestro querido monje se deje de tonterías, que con el trabajo no se juega.

Y después de la primera, viene otra, y otra, y cien más, y cien mil, y todas dispuestas a picarle con el avión cargado de "misiles" y echarlo como sea de allí.

Y tienen buena puntería, y aciertan unan y otra vez sobre la cabeza de Gúmer, hasta que éste, no teniendo a mano ninguna alberca a la que tirarse, pierde el conocimiento.

El demonio, maldito sea por la mala leche que tiene, está dispuesto a que las abejas sigan comiéndose poquito a poco a nuestro Gumersindo hasta dejarlo convertido en una radiografía.

Pero Dios, que es bondadoso y quiere a sus criaturas con delirio, le ordena al maligno, maldito sea el día que nació el puto cabrón, que lo deje con sus dolores, con sus picores, sus sudores, el mareo, y la taquicardia, con sus pensamientos, su ensimismamiento ,y se dedique a otra tarea con

alguien que se la merezca más, por su vida depravada, por su malicia, por ladrón, prevaricador, por evasor de capitales, por robarle al erario público, por quedarse con las comisiones de las Obras Públicas, por negociar con terroristas, por no darse cuenta de que venía la crisis y sumir al país en la ruina total, por avisar a los terroristas. Y por esos mundos de Dios habrá gente mala de sobra donde se pueda entretener el peor de los nacidos y no se entretenga todo el día “porculizando” a las buenas gentes. Así, que, adiós, y Santas Pascuas.

— Porque no hay que confiar en la vida y reposar sobre el mundo y sus fastos. ¿No te has dado cuenta de cuántos familiares tutos ya se fueron, algunos íntimos, hermanos, y demás, que la tierra cubre y que fueron pasto de la putrefacción?

— Que lo dejaron todo, y abandonando su casa, ahora tienen por casa, las entrañas de la tierra, conduciéndolos el Destino hacia la muerte, dejando todo cuanto poseían, y cubiertos de polvo, reciben el “abrazo” de la tumba.

— Porque hay personas que van por el mundo de ganadores cuando en la tierra abandonan el cultivo de su alma.

— Observa cómo desaparecieron civilizaciones enteras con sus reyes que el tiempo se encargó de difuminar y la muerte los hizo añicos, borrando sus huellas y su recuerdo.

— ¡ Cuántos grandes señores de alardeaban de castillos y palacios, fuertes ejércitos y grandes extensiones de tierras por todo el mundo, fueron llamados por la Parca y nadie les ayudó, ni sus grandes tesoros, ni sus físicos, ni sus grandes tesoros, ni sus soldados más fieles, cuando la hora del fin se acercó hasta ellos!

Desde ahora mismo, dedícate al ascetismo, y olvidarte de lo que has de comer, o, de lo que has de beber, ni dónde has de dormir, porque como dice el Santo Evangelio, ese sitio es tan bueno que alimenta las aves del cielo, que ni siembran, ni recogen cada día, cuanto más a ti que eres de los preferidos de la Creación.

— Corre sin detenerte, porque tu vida es tan corta que se extingue, y, hacia la casa de la muerte te diriges.

— ¿No te causa angustia el que duerme a pata suelta sin temer a la muerte sabiendo, que nadie, nadie jamás, se escapó a ella, salvo nuestro Señor Jesucristo, que la venció resucitando, y el profeta Elías, que fue arrebatado en un carro volador al cielo, y las alturas, donde la paz, el amor, y la alegría, son permanentes toda la eternidad?

— Lloro ahora que estás a tiempo y arrepíentete de tus pecados antes de que las lágrimas, ni las excusas, no te sirvan, y seas conducido al infierno, donde el llanto eterno, los tormentos y el crujir de dientes, no tienen fin.

— ¡Estás a tiempo de ser perdonado si te arrepientes de todo corazón ahora mismo!

— ¿Porque, de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Porque si te viene el fin y tus ahorros no son limpios, ¿quién te va a servir de valedor ante el Todopoderoso?, Bendito sea Su Santo Nombre, por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO XVIII

Del amargo despertar del hermano Gumersindo tras la picadura de las abejas, sus reflexiones sobre el mundo y el espíritu, y otros hechos dignos de ser tenidos en cuenta.

“**P**orque no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo aguante”— dice el dicho popular. Que el hermano Gumersindo después de ser picado ardorosa y furibundamente tras su incursión en las interioridades de la colmena para ver la cantidad de miel que las abejas habían elaborado en orden a proveer sus necesidades durante el invierno, fue perseguido por una legión de ellas al ver invadido su territorio poniendo el almacén en peligro construido para futuros malos tiempos de escasez.

Y, ahora, después de varias horas sin sentido, por efecto del veneno de los agujones que las abejas le inocularon fuerte, dolorosamente, y en gran cantidad en la piel, comienza a recobrar la conciencia recordando los últimos momentos en los que estaba en el mundo de los vivos y pasó a los sueños en los que el sufrimiento no existe gracias a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre. Amén.

Y como le dolía todo el cuerpo, y cada región del mismo, desde la cabeza a los pies, y, nuestro querido Padre, temeroso de que le volviera a ocurrir otra vez el ataque masivo y fulminante de las abejas, no quería despertar a la realidad y se aferraba a seguir habitando en el mundo del inconsciente.

Y le da por pensar en la fugacidad de la vida, en que hay que dedicarse a las cosas de Dios, que el camino que recorreremos por la tierra, es corto, y se puede acabar en cualquier momento sin aviso previo, que nuestra vida es frágil como un cristal que se cae al suelo; así de rápido, así de sencillo, y que por todo ello vale la pena que el alma esté en gracia de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, así se cumpla, amén, si no quiere padecer las terribles penas del infierno, donde Satanás, puto cerdo, ejerce de anfitrión contra los que se apartaron del camino recto aplicando con ensañamiento y sin pausa los enormes castigos que Dios tiene preparado para los que le desobedecen, según baremo oficial preestablecido, y que merecen los pecados que el cuerpo y la razón cometieron para su perdición eterna sin arrepentirse de todo ello, antes de la muerte, amén.

Porque como refiere Isá Ibn Hisan, hay dos clases de hombres: el sabio que observa y aprende esforzándose; el resto son avestruces abandonadas y acémilas hartas de pastar.

CAPÍTULO XIX

Donde se narra cómo Gumersindo decide dedicarse en cuerpo y alma al cultivo del ascetismo, y de la tentación a la que le somete Belcebú en el Mirador de las Niñas y otros sucesos dignos de tener en cuenta.

Y llegó el día, no el "Y", ni el "X," sino el día de la gran prueba. El día en que Belcebú, maldito sea por siempre su maldito nombre pondría toda la carne en el asador tratando de desequilibrar la balanza, que en estos momentos era positiva en el afecto que Dios sentía por el piadoso y trabajador fraile.

Había sido aquel día una jornada bastante movidita y la “peoná” que había echado había sido completa; por ello, al final de la jornada, Gumersindo, se sentía cansado.

No sólo había barrido todos los patios de las Ermitas, tirado la basura, fregado la Iglesia, dándole un buen repaso a los alrededores de la Santa Casa, sino que había atendido a un numeroso grupo de peregrinos que querían ver “in situ” la vida de los eremitas, su trabajo, sus rezos, su alimentación, en estos montes de Sierra Morena, a los que no sólo acompañó por todo el recinto, sino que al final de su recorrido, porque ya era mediodía, les dio de comer en el refectorio, poniendo a un hermano ermitaño para que leyese durante el condumio textos significantes de hermanos ermitaños que le habían precedido.

Pero todos sabemos cómo se comportan algunas gentes cuando hay barullo en las excursiones. "— Dense prisa, mucha prisa"— les dijo el guía turístico que los acompañaba, porque no iban a llegar con buena hora a Córdoba, dejándole a Gumersindo todo alborotado, y los platos sin fregar, y la basura sin recoger, las sillas, cada una por su sitio, quedando otras cosas tiradas por el suelo, como restos de comida, huesos de aceitunas, y papeles, teniendo el hermano Gumersindo que arremangarse, por el amor que le tenía a Dios, y a sus semejantes, y agarrando la escoba, y un gran cubo, puso todo en su sitio, fregando los platos, dejándolos más limpios que una patena.

Pero cuando vio que todo estaba en orden como antes y listo para revista, sintió un ruido que venía del sitio más apartado de la casa en lo que uno sólo puede hacer lo que está haciendo sin que nadie le pueda ayudar, y allegándose allí, al lugar oculto, vio cómo el agua del retrete salía a borbotones por lo alto de la tapa, iniciando los “cerullos” que la llenaban totalmente un viaje que amenazaba en colocarse a los ojos mismos de los posibles visitantes, preguntándose: ¿ qué habrá comido esa gente que tenía

tanta consistencia y apelmazamiento y que no podía ser desbaratado y metido por la cintura del conducto legal de los desagües?

Ya estaba el día perdiendo la claridad, cuando Gumersindo, el eremita, ya por derecho, y en la tranquilidad de su cuarto, y, ya, algo subida la persiana de esparto, colocó en los dos metros horizontales su cuerpo, para darle algo de descanso y estiramiento orgánico.

Solamente se oían en el recinto y sus alrededores los cantos de cuclillo, y el pío, pío de los gorriones que se estaban arrojando bajo las hojas para pasar la noche a cubierto de posibles depredadores, cuando llaman a la puerta de la Ermita, una vez, dos veces, tres veces...

Los golpes no eran golpes de gente ruda, que pega fuerte, contra la puerta, para que le oigan y abran; eran golpes sensuales, como de roce suave contra la puerta a la que quisieran hacerle cosquillas, algo cariñosos, de alguien muy delicado y sensible, como un rasgueo de guitarra in crescendo, de menor a mayor, pero con educación sin tratar de poner el alma del portero en zozobra.

Y, tras esta composición musical sobre madera con notas arrancadas por los nudillos que escribían un suave pentagrama sobre la puerta, que hacía de caja de resonancia, se oyeron voces femeninas:

— ¡Gumersindo, Gumersindo! Una y otra vez... ¿Estás ahí cielo?

Se hizo un silencio profundo, lo que interpretó el ermitaño como desvaríos de la endeblez, que quizás acarreaba, por la mucha oración, el trabajo penoso, poco descanso, y el casi no comer nada....

Pero lo cierto, es, que lo que fue una voz sensual, la primera vez, se convirtió en un chorro de voces masculinas y femeninas, en un tropel de borrachos, borrachas, y drogados, sin orden ni concierto, en cueros vivos, como sus madres los habían parido antes de que les cortaran el cordón umbilical y la partera los vistiera como Dios manda, Bendito sea Su Santo Nombre, con los trapitos que del ajuar habían cogido las comadronas para tapar las vergüenzas de la tierra mortal.

El ruido, el tropel, el coro de rebuznos, iba en aumento. No se trataba de música ni gaitas. ¡Era algo más serio!

Era la escenificación real de un espectáculo sensual y libertino, y, bochornoso, donde ellos y ellas se revolcaban en las piedras del empedrado del suelo, y, otros, caían sobre los setos que bordeaban el camino que conducía desde la entrada hasta la iglesia dando rienda suelta a la lujuria más escandalosa y al más asqueroso desenfreno, a la vez que se oían los berridos más soeces y asquerosos que los humanos y humanas hubieran podido percibir por los tímpanos.

Un olor a porros asfixiante se extendía por el ambiente mientras los cristales de las botellas de whisky, ron, y ginebra de garrafón, levantaban chispas al estrellarse contra el empedrado del suelo. Tal era la cantidad de

chispas que salía de tanto vidrio estrellado, que podían verse los cipreses del camino, y los pájaros, que dormían plácidamente bajo sus ramas.

Gumersindo cerró los postigos de las ventanas, con las aldabas, y, echó la “tranca” que cerraba la puerta de la ermita, pero una treintañera, vecina de su pueblo, a la que Gumersindo había dado calabazas en su juventud, porque su estado no era el de ser casado, ni gozar de los placeres de la carne, por lo que sería conocido en todo el mundo, sino que tenía más altos vuelos espirituales, empujó la ventana, abriéndola de par en par, tal era su condición de madera podrida por las inclemencias de muchos inviernos soportando fríos, aguas, y, hasta nieves.

La treintañera, era una bendición del cielo, por su belleza, y, que Dios me perdone, si me he” pasado”.

Y, tras el fuerte empujón, antes de que a nuestro querido y respetado ermitaño le diera tiempo a levantarse de la cama, si a aquellas cuatro tablas sueltas sobre las que descansaba el fraile, se le podía llamar, cama, ya estaba la moza en lo alto mismo del monje aprisionándolo e impidiendo que se levantara.

Un coro de demonios cantores, que no de personas, cantaba al unísono una canción, de la que me acuerdo sólo del estribillo, que decía: “

— ¡Gumersindo ¡súbete a lo alto del guindo!— una y otra vez.

Y nuestro pobre fraile, con aquella moza encima del cuerpo, aprisionándolo, estuvo tentado a tirar por la borda toda una vida de sacrificio, las Ermitas, los ermitaños, la mística, la ascética, la oración, el servicio a los demás, el cuidado de la huerta, la escritura, la investigación, las apariciones, el amor a la Santa Madre Iglesia, el estudio, y, su nación!, por dedicar unos momentos al goce de la carne...

Un coro de ángeles, allá en lo alto de los cielos, cantaba: “¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

Y Gumersindo trataba de desasirse de aquella fiera que lo empujaba hacia el infierno, y, gritaba, una y otra vez: ¡Vade retro, Satanás! ¡Vade retro, Satanás!

Y agarrando el crucifijo, lo puso en la cara misma de la treintañera, que dando un gran alarido, salió como un rayo por la ventana, a la vez, que la acompañaban los otros demonios que con ella iban y que habían venido del Averno para tratar de perder al pobre de Gumersindo, hombre casto y santo ermitaño.

CAPÍTULO XX

Donde se cuenta la actividad espiritual de Gumersindo en un día cualquiera en las Ermitas de Córdoba.

Repuesto totalmente del susto tan tremendo que le supuso verse sometido a una tentación tan fuerte de la carne, nuestro triunfante hermano ermitaño, Gumersindo, ya más calmado se dirigió a la iglesia de las Ermitas, y cayendo postrado en el suelo, y rezando el Santo Rosario, pues eran las doce de la noche, dio gracias a Dios Nuestro Señor, Bendito sea Su Santo Nombre, y, a la Santísima Virgen María, siempre casta, Bendito sea Su Santo Nombre, ahora y siempre por los siglos de los siglos, amén, por haberle dado las fuerzas y la ayuda necesaria para salir triunfante frente a la escabrosa y aguda tentación que aquella turba desenfundada de seres endemoniados e inmorales le habían puesto en un brete.

Después cayó en un profundo sueño que no le despertaría hasta las 7.30 de la mañana, hora en la que se dirigió a la Santa Iglesia, y en la tranquilidad y la paz que le proporcionaba esta bonita y recogida iglesia de Nuestra Señora de Belén, y acordándose de aquellas palabras que había escrito don Adolfo Pérez Muñoz en una de las últimas Constituciones que habían tenido los ermitaños, y que decía: “Llenarán bien los tiempos y no estarán ociosos, porque de la ociosidad puede venir falta de equilibrio y un gran vacío espiritual”, y aprovechando que era el día de la Santísima Inmaculada Concepción, empezó a recitar el Oficio de la Virgen María:

V.— Entonad ahora, labios míos,
R.— Los dones y las glorias de la Virgen Madre de Dios.
V.— En mi socorro venid ya, Señora.
R.— Del enemigo libradme, vencedora.
Gloria al Padre...

HIMNO

Salve, ¡oh Virgen Madre!, Señora mía,
Estrella de la mañana, del Cielo Reina.
Llena de gracia sois; salve, luz pura,
Velad por el mundo y por toda criatura.
Para Madre el Señor os destinó
El que los mares, la tierra y el Cielo creó.
Él preservó vuestra Concepción
De la mancha que todos tenemos desde Adán. Amén.

V.— Dios la escogió y la predestinó.
 R.— En su Tabernáculo la hizo habitar.
 V.— Proteged, Señora, mi oración.
 R.— Y llegue hasta Vos mi clamor.

Oremos: Santa María, Reina de los Cielos, Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Dominadora del mundo, que a nadie desamparáis ni despreciáis; poned, Señora, en mí, los ojos de vuestra piedad y alcanzadme de vuestro amado Hijo el perdón de todos mis pecados, para que, venerando ahora afectuosamente vuestra Inmaculada Concepción, consiga después la corona de la eterna bienaventuranza: por el mismo Hijo vuestro, Jesucristo, Señor Nuestro, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en unidad perfecta, y es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

V.— Proteged, Señora, mi oración.
 R.— Y llegue hasta Vos mi clamor.
 V.— Bendigamos al Señor.
 R.— Demos gracias a Dios.
 V.— Las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.
 R.— Amén.

PRIMA

V.— En mi socorro venid ya, Señora.
 R.— Del enemigo libradme, vencedora.
 Gloria al Padre...

HIMNO

Salve, Virgen Prudente, destinada
 Para dar al Señor digna morada.
 Con las siete columnas de la Escritura,
 Del templo a la mesa os ornó en figura.
 Fuisteis libre del mal que al mundo espanta,
 Y en el seno materno siempre santa.
 Puerta de los Santos: Eva, Madre de la vida,
 Estrella de Jacob aparecida.
 Armáis la escuadra contra Luzbel;
 Sed amparo y refugio del pueblo fiel. Amén.
 V.— Él mismo la creó en el Espíritu Santo.
 R.— Y la representó maravillosamente en todas sus obras.
 V.— Proteged, Señora, mi oración...

TERCIA

V.— En mi socorro venid ya, Señora.
R.— Del enemigo libradme, vencedora.
Gloria al Padre...

HIMNO

Sois el Arca de la Alianza, el Trono de Salomón,
Bello iris celeste, zarza ardiente de visión.
Vos sois la Virgen florida, el velo de Gedeón,
Divino portal cerrado, el panal del fuerte Sansón.
Convenía, ciertamente, que la Madre de tan noble Hijo
No tuviese de Eva la mancha y resplandeciese con todo el brillo.
Y habiendo el Verbo escogido por madre a la Virgen casta,
No quiso que estuviese sujeta a la culpa que el mundo arrastra. Amén.
V.— Yo habito en lo más alto del Cielo.
R.— Y mi trono está sobre la columna de las nubes.
V.— Proteged, Señora, mi oración...

SEXTA

V.— En mi socorro venid ya, Señora.
R.— Del enemigo libradme, vencedora.
Gloria al Padre...

HIMNO

Dios os salve, Virgen Madre, Vos sois el templo de la Trinidad,
El puro encanto de los Ángeles, agasajo de castidad.
Sois el consuelo de los tristes, el huerto de la alegría,
Sois la palma de la paciencia, el cedro de la pureza.
María, Vos tierra sois, bendita y sacerdotal,
Concebida y preservada sin pecado original.
Ciudad Santa del Altísimo, del Cielo entrada oriental,
Hay en Vos, Virgen singular, toda la gracia celestial. Amén.
V.— Como un lirio entre los espinos,
R.— Así es mi predilecta entre los hijos de Adán.
V.— Proteged, Señora, mi oración...

NONA

V.— En mi socorro venid ya, Señora.
R.— Del enemigo libradme, vencedora.
Gloria al Padre...

HIMNO

Sois ciudad de refugio, de torres fortalecida,
Por David atrincherada, y de armas también defendida.

Sin pecado concebida, en caridad abrasada,
 Fue del dragón la soberbia, por Vos, herida y humillada.
 Sois la bella Abigail, Judith invicta y entusiasmada,
 Fuisteis del verdadero David Madre tierna, Madre cariñosa.
 Raquel dio a Egipto un prudente gobernador,
 La Virgen de las vírgenes dio al mundo su Salvador. Amén.
 V.— Sois toda hermosa, ¡oh Madre querida!
 R.— Y la mancha original nunca os tocó
 V.— Proteged, Señora, mi oración...

VÍSPERAS

V.— En mi socorro venid ya, Señora.
 R.— Del enemigo libradme, vencedora.
 Gloria al Padre...

HIMNO

Salve, regulador celeste, por el cual
 El sol retrocedió en diez líneas.
 A fin de encarnarse el Verbo eterno, y ser humillado,
 Y el hombre, como el sol, al Cielo ser levantado.
 De aquel sol brillante la Virgen tiene el fulgor,
 Y cual aurora naciente refulge en esplendor.
 Lirio entre los espinos, la cabeza del dragón pisando,
 Cual luna bella ilumina a los que en el mundo van errando. Amén.
 V.— Yo hice nacer en el Cielo la luz que no se apaga
 R.— Y cubrí como niebla la tierra entera
 V.— Proteged, Señora, mi oración...

COMPLETAS

V.— Conviértenos Jesús, por vuestro amor.
 R.— Y retira de nosotros tu furor.
 V.— En mi socorro venid ya, Señora.
 R.— Del enemigo libradme, vencedora.
 Gloria al Padre...

HIMNO

Salve, floreciente Virgen pura,
 Reina de astros coronada.
 Más pura que los Ángeles, tenéis el trono
 A la derecha del Rey, en nuestro auxilio.
 ¡Oh Madre de gracia!, nuestra dulce esperanza,
 Del mar Estrella y puerto de bonanza.

Puerta del Cielo, salud en la enfermedad,
De Dios nos guía a la feliz presencia. Amén.
V.— Vuestro Nombre ¡oh María!, es como un bálsamo.
R.— Mucho os aman vuestros siervos fieles.
V.— Proteged, Señora, mi oración...

Acepta, ¡oh Virgen!
Esta devoción
En alabanza de vuestra
Pura Concepción.
Sednos en la vida
Defensora y guía;
Sednos aliento
En nuestra agonía.
¡Oh Madre de bondad!,
¡Oh dulce María!

Antífona. Esta es la Virgen admirable, en la cual no hubo mancha original, ni sombra de pecado.

V.— En vuestra Concepción, ¡oh Virgen!, fuisteis Inmaculada.
R.— Rogad por nosotros al Padre Eterno, cuyo Hijo trajisteis al mundo.

Oremos. ¡Oh Dios! que por la Inmaculada Concepción de la Virgen, preparaste a vuestro Hijo una digna morada, os rogamos que, pues en virtud de la previsión de la muerte de vuestro Hijo la preservasteis de toda mancha, nos concedáis también que, purificados por su intercesión, lleguemos a vuestra Divina Presencia. Por el mismo Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

Un coro de ángeles, arcángeles, serafines y querubines, dominaciones, tronos, virtudes, y potestades, contestaban a cada plegaria sin que nuestro santo hermano se diera cuenta de la intervención divina, tal era su piedad y recogimiento. Pero al final de la oración observó que no había estado solo en aquella plegaria, y que tenía que haber sido así, porque el halo de la Divinidad se extendía por toda la iglesia llenando el ambiente de paz y sosiego.

Se preparó para la Santa Misa, que dijo ante el altar de la iglesia de Nuestra Señora de Belén, acompañado de sus fieles amigos y compañeros en las largas horas del día, que, en cuanto sentían la campana de la iglesia, con el último toque para el Oficio, iban entrando ordenadamente y se colocaban en su lugar correspondiente dentro de la Santa Iglesia.

Ángeles y arcángeles, serafines, y querubines, ocupaban el atrio y ayudaban en toda la liturgia del Santo Oficio. Zorros del lugar, perrillos vagabundos, cervatillos, gatos, linceos, conejillos de los alrededores, liebres corredoras, ocupaban la parte central, mientras que en el techo, y rodeando a la Santísima Virgen María, Bendito sea Su Santo Nombre y el de su Hijo, tomaban acomodo, golondrinas, jilgueros, herrerillos capuchinos, ruiseñores, mirlos, rabilargos, gorriones, tórtolas, águilas y palomas, que en el momento de la Consagración, revoloteaban alrededor de la Santa Forma en señal de respeto, admiración, sumisión y veneración.

Un ligero olor a incienso se extendía, no sólo por la Santa Iglesia, sino por los alrededores de las ermitas, que bajando por las laderas del monte, hacia partícipes a los habitantes de las primeras casas de la ciudad, que alfombraban malamente los inicios del monte que subía a tan santo lugar.

Terminada la santa misa, dio gracias a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, dedicándose a los trabajos manuales, destacando por su belleza y primor, los rosarios hechos con semillas de un arbusto al que llamaban “lágrimas de la Virgen” que eran los preferidos por los peregrinos que visitaban el lugar, aunque hay que reconocer que muchos de estos rosarios tenían como destinatarios a los seminaristas del Seminario de San Pelagio de la capital cordobesa, que los llevaban como recuerdo de su paso por las Ermitas a sus familiares queridos, y amigos, y que muchas veces no pagaban, porque los ermitaños no querían cobrar a aquellos muchachos que procedían en su mayoría de familias humildes.

En su contacto con los seminaristas, los ermitaños, los animaban a que alguno se hiciera ermitaño, aunque éstos se mostraban reacios, porque aquella vida de sacrificio, alejamiento del mundo, penitencia y penalidades, estaba destinada sólo a los predestinados.

Además, el cultivo y cuidado de la huerta era fundamental para los hermanos, puesto que de ello dependía el sustento de la ermitaños durante el invierno, dándose la circunstancia, de que si sobraba algo, lo distribuían a las personas necesitadas que llegaban hasta las puertas de las Ermitas, donde el hermano Gumersindo lo entregaba con verdadera caridad cristiana a los indigentes, en nombre de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre que provee a los que nada tienen.

Y en más de una ocasión, Gumersindo, se ponía en oración pidiendo a Dios agua para aquellas tierras, y brazos para labrarlas.

Y cuando llegaba la hora del Ángelus, la hora del mediodía, las campanas de las Ermitas saltaban de alegría, todas, sin excepción, recordando al mundo el momento sublime en que el ángel dijo a María que había sido escogida por Dios para albergar en su vientre a su Hijo muy amado y querido, Jesucristo, Bendito sea, amén.

La hora del Ángelus se determinaba por la sombra de un tronco de ciprés clavado sobre la tierra, que hacía de aguja de un burdo reloj de sol, que había presenciado las cuitas de los ermitaños, sus peleas contra el Maligno, sus sinsabores y alegrías, al deambular por el sendero protegido por guardianes solemnes en traje de gala siempre colocados a ambas orillas de la calle empedrada que conducía hasta la iglesia.

CAPÍTULO XXI

En este capítulo se cuenta la llegada a las Ermitas del primer aspirante a ermitaño que es recibido por el hermano Gumersindo y otros sucesos dignos de ser tenidos en cuenta.

Cuando la soledad se le hacía un problema al hermano Gumersindo, y, no porque él no fuera amante de este tipo de vida para la que se había entrenado largamente, y en el contacto a solas con la Madre Naturaleza, porque pensaba que Dios Padre misericordioso y protector de su pueblo, Bendito sea Su Santo Nombre, no iba a permitir que las diferentes ermitas que poblaban todo el recinto de las Ermitas, que no eran pocas, se vieran despobladas para siempre sin que vinieran los nuevos ermitaños, restableciéndose la vida eremítica, y, que, a los ojos de la gente, y del Pueblo de Dios, lo iban a presentar en el futuro como un fracasado que no fue capaz de llevar a cabo su proyecto de ver de nuevo a los ermitaños en las Ermitas de Córdoba, restableciendo la tradición que comenzara en los albores del siglo III, y principios del IV, el Obispo Osio, cordobés que tanto luchó contra los herejes.

Y mira por donde, un día, cuando nuestro querido y venerado maestro Gumersindo estaba mimando las plantas de los alrededores que le daban sustento, sonó el sonido de la campana de la portería de las Ermitas.

Al principio, acostumbrado a no ver a nadie ni oír nada durante largos periodos de tiempo, aquel sonido de bronce, que no le perturbaba, sino que le agradaba su tañido, cosa que ocurría muy pocas veces, lo atribuyó a los pájaros a los que les gustaba hacer su nido dentro de la campana, subirse en ella, y revolotear por los alrededores, y, que, habrían dado con sus alas, un ligero meneo al badajo, que transmitió por los aldaños el sonido tan espiritual de aparato eclesiástico.

Pero, ¡no!; no eran ensoñaciones ni sonidos producidos al azar, ni cosa de pájaros juguetones tras las pájaras, ni restos del movimiento ocasionado por terremotos ocasionales. Eran toques rítmicos de campana producidos por una inteligencia humana, ya que su ritmo acompasado, una y otra vez, no podía provenir de aquellas aves, que aunque eran maestras en el canto que expandían por todo el bosque despertando la admiración de propios y extraños, no lo eran en el arte de tañer las campanas y componer bellas melodías a golpe de badajo.

Y, he aquí, que nuestro querido hermano Gumersindo, ya no tiene duda de que alguien está llamando a la puerta del Eremitorio, no sabiendo la sorpresa que le aguarda.

Ahora, ya no se trata de peregrinos que vienen a buscar un poco de luz espiritual que los libere del estrés del mundo en el que están inmersos, ni tampoco de algún despistado que viene curioso para averiguar qué se cocina en este apartado lugar del mundo, ni de “regoveros” que vienen a estos lugares solitarios a tratar de vender productos de necesidad, no sabiendo, que aquí, la civilización, es una cosa que se perdió hace muchos años y a la que se le dio la espalda por estas gentes, y que ellos, viven con unas normas que les han dado muy buenos resultados desde hace siglos.

Gumersindo abre la pesada puerta de las Ermitas y se encuentra con un joven, muy joven, que tiene la cabeza rapada, la mirada gacha, y vestido con el hábito, que se pone de rodillas frente al hermano Gumersindo, y con sincera humildad se dirige al santo padre, diciéndole “ que quiere iniciarse en la vida eremítica, con todo lo que ella conlleva de sacrificio, paciencia, oración, sufrimiento, y, desprecio del propio cuerpo, entregándose a Jesucristo, Bendito sea, en cuerpo y alma”.

No aparenta más de veinte años, pero sí que se le ve muy convencido de que el mundo de ahí abajo, no es lo suyo, no es lo que le tira, ni lo que él desea. Él quiere probar el “sabor” de la vida retirada en una de aquellas ermitas diseminadas por el Eremitorio.

— Bien mi querido hermano en Jesucristo, Nuestro Señor. Bendito sea. Puesto que has venido aquí por propia voluntad, y sin que nadie te presione, quiero decirte, que antes de que entres a formar parte de la comunidad, debes de superar una prueba. De su cumplimiento, depende, que el Eremitorio te acoja, o te rechace. Dime ahora cuál es tu gracia— dijo el hermano Gumersindo.

Me llamo Juan de San Rafael, y aunque mi segundo nombre no consta en el Libro de Familia, ni en el registro de la iglesia donde me bautizaron, porque me lo he puesto yo mismo, tal es, la devoción que le tengo al Arcángel San Rafael, que tanto ha protegido a Córdoba defendiéndola de terribles terremotos y que se le apareció al Padre Roelas. Póngame la prueba que desee, que yo trataré de cumplirla, con la ayuda de Dios, Bendito sea Su Nombre—dijo el aspirante a ermitaño.

— Pues, Juan de San Rafael: Coge estas dos cubetas de agua y vas a la Plaza del Potro de Córdoba y me las subes llenas de agua fresca y pura. Cuando vuelvas, yo te diré lo que tienes que hacer con ellas.

Y mandándole poner de rodillas ante nuestra Señora de Belén, le dio su bendición, a la vez que daba gracias a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, por haberle enviado la primera vocación a estas tierras santas, a la vez que le pedía, por los méritos de Jesucristo y de su Santísima Madre, siempre pura, siempre entera, que le diese fuerzas para aguantar la prueba y superarla con alegría.

El hermano Gumersindo le explicó a Juan de San Rafael dónde se encontraba la Plaza del Potro de Córdoba y el camino que debía de recorrer para llegar hasta allí.

Juan de San Rafael, bajó a Córdoba por la Cuesta del Reventón, y, justo al comienzo, aprovechó, dada el hambre que llevaba, para comer unos higos de la Fuente del Abrevadero, de esos que tienen la gotita de miel justo en el mismo culo, dulces donde los haya, y ricos, ricos.

Pero, como hacía mucho calor, bebió unas bocanadas de agua de la fuente, que salía más bien caliente... higos calientes con agua caliente...

Ya recorridos varios de cientos de metros, se ve que los higos se ahogaban en el agua del estómago y pidieron permiso para salir a la superficie y “respirar aire puro”. Pero el colon se negaba a dar permiso a aquella extraña petición contra natura.

El colon pensaba que la digestión debía seguir su curso, y, que, el alterarla podría tener graves consecuencias para Juan.

Pero los higos estaban empecinados en salir al exterior y volver a su estado natural, respirar aire fresco, oír el sonido de las campanas, oír los cantos de los ermitaños, ver el paso de los pájaros, el canto de las tórtolas invasoras turcas, el zureo de las palomas...

Hartos de esperar en aquella prisión tenebrosa, los higos, se agarraron unos a los otros, y, pegando un empujón, un fuerte retortijón los puso de patitas en la calle, saliendo al espacio exterior si pedir permiso a Juan de San Rafael...

Huelga decir cómo quedó el traje talar del hermano Juan, quien compungido, agarró una piedra roma, y se secó las partes pudendas.

Volvió a la Fuente del Abrevadero para lavar la ropa mientras los higos, revividos, le sonreían desde lo alto de las ramas.

Bajó hasta Córdoba por la Carretera del Brillante, pasó el Viaducto por donde pasaban los trenes, y, como estaban tocando las campanas, para la Santa Misa, entró en la Iglesia de la Merced.

Allí se postró ante el altar mayor, justo debajo del Cristo crucificado...y, comenzó a rezar.

Justo aquella misma noche, un “esnortado”, al que habían suspendido en las oposiciones para una plaza en la Diputación, roció con gasolina la iglesia y le prendió fuego...

Pasó ante la Plaza del Gran Capitán donde las palomas se cagaban en la misma cabeza de tan insigne militar, que estaba ya harto de aquella situación tan embarazosa, él, que todo lo había dado por su patria ganando grandes batallas para la Corona de España, y, Córdoba, le pagaba así, no gastando ni una sola peseta en pagar a unos operarios para que le asearan un poco la cabeza de vez en cuando.

Llegó hasta el mismo río Guadalquivir y preguntó por la plaza a unos lugareños, los cuales le indicaron, dónde se encontraba.

Una vez en la plaza, llenó las cubetas de agua, pero no bebió ni un solo sorbo, no fuera, que los pocos higos que habían quedado presos cuando el retortijón, se rebelaran y quisieran salir al exterior poniéndole en un grave aprieto.

Avivó el paso, a la vez que sujetaba las cubetas con fuerza, para que no se saliera el contenido, y andando por aquellas callejas morunas, donde no entraba apenas el sol, encontró una salida llena de naranjos a ambas partes.

Estaba en la Cruz del Rastro.

Preguntó otra vez por el camino para ir al Hospital de San Rafael.

No había andado unos metros cuando sintió la llamada de unas mujeres desde los balcones.

Juan de San Rafael, que no estaba acostumbrado a aquello, sintió curiosidad por ver de qué se trataba. Y alzando la vista, vio a una, ya mayor, que le invitaba a subir a su casa.

— ¡Guapo! ¿Quieres subir?

Juan de San Rafael se dio cuenta de que se trataba de una prostituta que le había puesto Belcebú, ¡maldito nombre!, en mitad de su camino para su perdición...

Y cogiendo su rosario con la Santa Cruz en alto, arengó a todas aquellas mujeres:

— Mujeres de la vida. ¿No os da vergüenza vender vuestro cuerpo, Templo del Espíritu Santo, por unas monedas?

— Sube, guapo: Sube que vas a conocer el cielo. Después ya tendrás tiempo de arrepentirte y confesarte.

Y Juan, alzando la voz, prosiguió: ¡Arrepentíos, pecadoras del sexo! Estáis a tiempo de darle un nuevo giro a vuestras vidas. No pequéis más. Dios os quiere perdonar para que viváis para siempre una vida pura y casta con vuestros maridos.

Una prostituta desdentada, con los labios pintados de un rojo muy fuerte, arrojó desde el balcón plagado de gitanillas una maceta de grueso calibre.

La maceta no acertó en el objetivo pero fue suficiente para que Juan de San Rafael, pusiera los pies en polvorosa y no parara de correr hasta que llegó a la Plaza de Capuchinos.

Allí, se hincó de bruces en el suelo en el Cristo de los faroles, y alzando los brazos al cielo, dio gracias a Dios por haberle librado, no sólo de la tentación que le había tendido Satanás, puto diablo, sino de la pérdida de tiempo que le habría supuesto tener que ir a la Casa de Socorro, a curarse las heridas de la cabeza, amén de la pérdida del agua de las cubetas para el Padre Prior de las Ermitas, y, vuelta a empezar.

Y anda que te anda, llegó a través de las empinadas cuestas, hasta la misma puerta de las Ermitas.

A su llegada, sudoroso, a las puertas de las Ermitas, el sol peleaba entre las nubes tratando de imponerse, porque sus rayos salvíficos, eran reclamados por la flora y la fauna del lugar. Las plantas se vestían de oro puro, aunque frágil y débil. Ante la vista aparecía un inmenso tesoro.

Los animales entonaban sus cantos al Creador, y los árboles y el viento, acompañaban como podían tan natural melodía.

Al llegar, a la misma puerta de tan santo recinto, Gumersindo, el hermano que restableció la tradición eremítica en las Ermitas de Córdoba, rota en el año 56, tocó el pequeño campanil que sonaba tirando de una vieja cuerda de esparto trenzado.

El padre Gumersindo fue avisado de la llegada del novicio por el hermano portero. El Padre llevaba ya varias horas levantado rezando sus oraciones matutinas.

Acudió presto para recibir al novicio Juan de San Rafael.

— Aquí tiene, reverendo padre, las dos cubetas de agua que me encargó que le subiese de la fuente de la Plaza del Potro— dijo Juan.

— Buenos días nos dé Dios, Juan de San Rafael Arcángel. Por el amor que le tienes a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y por el amor que le tienes a su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, Bendito sea Su Santo Nombre, y por el amor que le tienes a su Santísima Madre, la Virgen María, siempre pura, siempre entera, deposita esa dos cubetas en estas rocas y ve a por otras dos al mismo sitio del que trajiste las dos primeras... Arrodíllate que te dé mi bendición.

CAPÍTULO XXII

En el que se cuenta cómo satanás, enemigo de todo lo que huele a espiritualidad y amor a Dios, al que le tiene odio eterno, trata de ahuyentar a Juan de San Rafael del entorno de las Ermitas, y otras cosas dignas de ser tenidas en cuenta.

Que estas tierras de Sierra Morena, por su difícil orografía, han dado cobijo, no sólo a multitud de animales, como los ciervos y los jabalíes, el gato montés, sino que también en ellas se han refugiado amigos de lo ajeno y gentes de malvivir. Gentes que se tiraban al monte y vivían del asalto a las diligencias y a cuantas personas se atrevían a internarse por estos parajes olvidados de la mano de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre.

Entre los bandoleros más célebres de todos los tiempos destaca uno por sus características especiales llamado José María Hinojosa Cobacho, y al que apodaban “El Tempranillo”, nacido en la aldea de Jauja, perteneciente a una bella ciudad de Córdoba, llamada Lucena, donde hubo un gran asentamiento judío. “El Tempranillo” debe su apodo a que a la edad de 17 años cometió su primer asesinato.

Pero no vamos a detenernos aquí, ahora, a exponerles la biografía de este singular y sanguinario personaje, del que dicen “que se lo quitaba a los ricos para dárselo a los pobres”, porque nuestro cometido, no es éste. Desde aquí, nosotros vamos a proseguir con la narración que hemos emprendido, y, vamos a coger de los bandoleros y el bandolerismo, lo que conviene a este libro.

Y, Lucifer, maldita sea su estampa, que no se está quieto ni con el rabo, y del que dicen “cuando el demonio no tiene nada que hacer, en algo se tiene que entretener”, o, “que cuando el malvado no tiene nada que hacer, mata moscas con el apéndice rameado”. Dicen, repito, que hace tiempo que ha decidido no atacar al hermano Gumersindo, porque ha visto “que no tiene nada que hacer con él”, ya, que, goza del favor de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y, porque al hermano Gumersindo, le ponga la prueba que le ponga, o la tentación que sea, Satanás, y toda su puta ralea, siempre la supera, porque, en cuanto el hermano ve, que Belcebú, asqueroso nombre, comienza a entrar en el territorio de las Ermitas, Gumersindo entra en oración acogiéndose a la protección divina, con lo cual, ya no hay nada que hacer, y Belcebú, puto nombre de cerdo pringoso, huye despavorido cuando oye el nombre de aquel que le echó a lo más profundo de los infiernos a él y a los suyos.

Así, que, Satanás, asqueroso, va a intentarlo con este jovenzuelo, que aunque lleno de espiritualidad y vitalidad, y aunque le pongan la prueba de “ir a por las cubetas de agua a la Plaza del Potro de Córdoba desde las Ermitas”, veinte veces, y veinte veces le diga el hermano Gumersindo” que las tire en el suelo, y, sea todo por el amor de Dios”, él, no va a desistir de hacer lo que el hermano le diga, por tal de superar la prueba, porque, Juan de San Rafael, es un cabezón espiritual.

Y, como de bandoleros hemos hablado, pues vamos a ponerlos a trabajar, porque esta gente si están ociosos, no hace ni una buena.

Parece ser que había en la cuadrilla del bandolero “El Tempranillo” uno muy mal “encarao” que no se llevaba bien con el “maestro”. Así, que, un día, sin despedirse, se marchó por la noche, y, con la oscuridad, puso bastante tierra por medio con su jefe recobrando la libertad perdida para rehacer su vida en la fechoría por su cuenta.

A éste le llamaban “El Cordobés”. Su especialidad eran las iglesias y sus aledaños de los que sacaba buenos réditos, pues amenazando a los sacristanes de las mismas, éstos cantaban dónde guardaba el cura el dinero de la parroquia. Y entre estipendios y cepillos, de vez en cuando, caía un cuadro que vendía a los tratantes, con lo que vivía unos pocos días a costa de la iglesia con lo que sacaba.

Y mira por dónde le dijeron, no sé quién, quizás fue obra del diablo, que la iglesia de las Ermitas, durante la noche, estaba sola, que no había vigilancia sobre ella, que la puerta de la entrada no se sostenía de vieja, que los ermitaños se habían ido y la iglesia guardaba tesoros artísticos de valor incalculable que cualquier tratante no tendría inconveniente en pagar bien siempre que se las pusieran en sus manos.

Así, que, “El Cordobés,” con su comparsa, se puso en marcha hacia la Cuesta del Reventón dispuesto a dar el golpe de su vida y retirarse con la ganancia, sin testigos, ni ojos que vieran, y luego dieran parte a la autoridad.

A mitad de la cuesta, y cuesta abajo, el aspirante a ermitaño, Juan de San Rafael, baja con las dos cubetas vacías por el camino a por otras dos a la Plaza del Potro. Y como la juventud, va cantando canciones de las que se oyen por la radio en esos tiempos, canciones de Juanito Valderrama, Manolo Caracol, Lola Flores y Carlos Gardel, cuando de golpe, y sin notarlo, se encuentra con toda la banda de bandoleros con sus trabucos, sus caballos, las monteras, las mantas apaisadas al hombro, y, los grandes “navajones” de Albacete.

Y cae a tierra mordiendo el polvo del suelo buscando un agujero donde meterse, aunque fuese una cueva de jabalíes con los mismos dentro, en la que tendría más oportunidad de salvar el pellejo que con estos individuos de tan mala estampa y peor catadura.

Pero los bandoleros, que de la vista tienen que estar mejor que los lince, o, no son admitidos como miembros de la cuadrilla, lo vieron venir y se pusieron en la entrada de la cueva donde se metió...

Pero lo que aconteció, por ser ya muy de noche, y se me están cerrando las "persianas", lo dejaré para contarlo mañana, más despejado ya.

CAPÍTULO XXIII

Donde se da cuenta del final tan desgraciado de Juan de San Rafael y otros detalles interesantes dignos de ser conocidos.

Toda la noche ha estado resistiendo Juan de San Rafael al grupo de bandoleros capitaneados por “El Cordobés” que lo confunden con un aristócrata de la ciudad, célebre por su piedad y sus largas caminatas a las Ermitas por la muy nombrada “Cuesta del Reventón, buscando el perdón para sus pecados de juventud.

Toda la noche ha estado sometido a una enorme presión por la chusma que lo tenía acorralado. Pero Juan de San Rafael, ha resistido valientemente frente a este grupo de salteadores de personas honradas y atacadores de diligencias por estas tierras de Sierra Morena.

Y, después de haberle dicho a los bandidos, “que él no era el Marqués de Tierra Libre,— que era, al que buscaban—, con la intención de hacerle bajar a su palacio y dejarlo más pobre que cuando uno nace robándole todo lo que de valor hubiera en su casa. Y cuando se han dado cuenta del error, y han visto que se trata de un joven aspirante a ermitaño, que no tenía ni donde caerse muerto, y no pudiendo pedir un rescate a sus padres por su libertad, por miedo a que hablase, y para no dejar pruebas, le han descerrajado un tiro en la cabeza, al no haberse podido apoderar de las llaves de la casa para realizar el expolio.

¡Maldito sea Belcebú, puto cabrón, por haber sido cómplice del terrible asesinato de un joven con muchas esperanzas e ilusiones!

El Sol se para, los pájaros enmudecen, el cielo se ennegrece cubriéndose con un manto de luto. Las nubes lloran sobre la cueva donde se encuentra el cuerpo de Juan de San Rafael, y hasta los cuclillos propagan por el bosque la noticia de la muerte de este joven amigo de la flora y de la fauna.

No en vano, Juan Rafael, de orígenes campesinos, cuidaba con esmero, cada día, de los pájaros, llevándoles comida allí donde se encontraban. Y en sus ratos libres, construía casitas para que anidaran los pajarillos alejándolos de los peligros de los depredadores. Y cuando se levantaba la veda, y los cazadores empuñaban las armas asesinas para perseguir venados y jabalíes, él los alertaba en los sitios por donde andaban.

Y todos los animales del bosque conocían a Juan de San Rafael por su bondad para con ellos.

Y cuando Juan de San Rafael cae en el suelo víctima del plomo homicida, una pareja de ángeles se hacen cargo de su alma llevándola hacia

arriba, al cielo, donde va a recibir la corona de laurel de los santos, y un puesto de los primeros, cerca de Dios, para toda la eternidad, por la tranquilidad que demostró al enfrentarse a estos vulgares delincuentes.

Miles de golondrinas, jilgueros, verderones, ruiseñores, revolotean por los alrededores de la cueva ante el asombro de bandoleros y migueletes.

Pero mira por donde, no siempre triunfan los malos y llevan la razón, quedando desairados los buenos, una patrulla de migueletes que se dirigían hacia Extremadura, sienten el ruido de la explosión del trabucazo, poniéndose en alerta, y dándose cuenta de que se encuentran frente a una partida de forajidos, de las muchas que andan imponiendo sus leyes a la gente de orden, por estas sierras resacas, y que acaban de cometer un terrible delito.

Y se emboscan tras unos quejigos de gran porte, y, tras un largo y encarnizado tiroteo, los cogen a todos, alguno está herido, pero no presentan grandes daños en sus cuerpos.

Y, para poner a buen recaudo a estos sanguinarios bandoleros, célebres por sus hazañas despiadadas en las Sierras de Córdoba, asesinatos, secuestros, extorsiones, los bajan a Córdoba, debidamente escoltados, hasta el Cuartel del Marrubial donde tiene su sede este escuadrón.

Alertada la autoridad judicial, ésta, certifica “ que el cabecilla de los detenidos, es, efectivamente el bandolero apodado “El Cordobés”, el muy buscado, y al que por sus muchos crímenes, al que se añade este nuevo crimen del aspirante a ermitaño, Juan de San Rafael, era buscado hace tiempo por la Justicia, con la que tenía pendiente, por sentencia firme, su ejecución.

Se le juzga, nuevamente, por el procedimiento de urgencia, y se le condena a morir por “garrote vil”, al día siguiente, en la Plaza de la Corredera.

Y nuestro querido Padre Gumersindo, que no se ha enterado de nada de lo ocurrido a Juan de San Rafael, cierra las puertas de las Ermitas, seguro, de que el aspirante, ya no volverá nunca más, cansado de repetir la prueba de la subida de las cubetas de agua para después derramarlas en el suelo.

Y como la noche se está durmiendo, y los pilares del cuerpo ya no se sostienen de pie, hay que darle descanso sobre la tabla de madera que se sitúa sobre el suelo, porque mañana, será un día de mucho ajetreo, porque ya ha salido por toda Córdoba el Pregonero Oficial expandiendo por los cuatro vientos, la ejecución del bandolero “El Cordobés” que va a congregarse a propios y extraños en la Plaza de la Corredera, amigos y enemigos de la pena capital.

CAPÍTULO XXIV

Donde se cuenta la que se armó en Córdoba el día de la ejecución del bandolero “El Cordobés” y otros hechos menos importantes.

Un día antes de que fuera ejecutado el bandolero El Cordobés” de la cuadrilla del Tempranillo, los carpinteros se afanaban en preparar el cadalso para el acto, el cual fue levantado, en un extremo de la plaza, el que da concretamente junto a la Ermita y que sale hacia el río Guadalquivir.

La madera que se utilizó para su construcción fue cogida en los Sotos de la Albolafia, y se procuró que fuera de chopos de buena salud, variedad blanca, para que el artefacto no se viniera abajo con el peso del delincuente.

Y se avisó al verdugo que era de un cortijo de Baena y tardaría en llegar hasta Córdoba.

Al preso lo tenían muy custodiado en la prisión militar. Con él había un preso de confianza para evitar que se suicidase.

En la puerta había varios guardas, que de vez en cuando entraban dentro de la celda y la revisaban de todo.

Y en la torreta de la prisión había un centinela que miraba hacia los caminos. No en vano se rumoreaba que el Tempranillo podría dar la sorpresa y atacar la prisión para liberar al preso,

Nadie podía salir ni entrar en la cárcel sin el correspondiente permiso oficial. Todo el que entraba era cacheado para evitar sorpresas.

Y, al anochecer, los de la Santa Hermandad, con sus trajes característicos, salieron por la ciudad de Córdoba para pedir para la sepultura del bandido, y lo hacían así:

—Así como Nicodemo enterró a Jesús, ayuda a estos buenos hermanos, para que este bandolero, bien condenado por la Justicia, al que Dios haya perdonado, sea enterrado como Dios manda, y descanse en la tierra para siempre, y Dios, tarde en acordarse de nosotros.

Y tocaban un campanil alumbrándose en la oscuridad de la noche con antorchas de aceite y “torcías”.

— ¡Dios perdone a los difuntos!

La gente se asomaba a las ventanas procurando que no los vieran los de la cofradía.

— Una limosna para el entierro del condenado.

Alguien gritó a lo lejos: “Que se pudra en el infierno. Ese no tiene derecho a que lo entierren en el camposanto”.

— ¡Dios perdone a los difuntos!

El traje de los hermanos de la cofradía era negro y tenía una gran cruz bordada sobre el pecho. Antes de salir, los hermanos la restregaban con escamas de pescado. La cruz resplandecía en la oscuridad, y sólo se veía su silueta, y la de los hermanos. Un espectáculo que sobrecogía en la oscuridad de la noche. Dicen, que antes de morir, los ajusticiados, se dejaban ver por las calles de Córdoba en esqueleto...

La gente no abría las puertas de las casas porque estaban “repeluznados”, pero había algunas personas piadosas que echaban unas monedas al suelo, porque,” Dios es tan bueno que también perdonará a este criminal convicto y confeso”.

—Una limosna, por caridad, para enterrar a este pobre desgraciado!

A la mañana siguiente, el día del ajusticiamiento, salió el alguacil del ayuntamiento, acompañado de un tambor, y un flautín, y a cada “tamborazo”, y “flautinazo”, leía la sentencia: Por orden del Señor Juez, el bandolero, al que apodan “El Cordobés,” ha sido condenado a morir por garrote vil esta tarde a las seis en la Plaza de la Corredera. Los hechos están tan claros, y los delitos son tan grandes, que no es posible aplicarle la señal de gracia, máxime, tras la muerte violenta del aspirante a ermitaño, Juan de San Rafael, en una cueva próxima a las Ermitas. El señor Juez invita al vecindario a presenciar la ejecución y ruega a las mujeres que vistan de luto y lleven a sus hijos para que vean a donde lleva el incumplimiento de la Ley”.

En todas las tabernas de la ciudad, que son más que los colegios y las iglesias, no se hablaba nada más que de este hecho, y unos parroquianos “decían que irían”, mientras que otros, “no, porque los bandoleros no iban a dejar que la Justicia se saliera con la suya. ¡Además, que la Justicia dejaba mucho que desear!”...

— ¡Se va a liar!

A las dos de la tarde se le dio al reo la oportunidad de elegir su último menú, a lo que el reo contestó: “¡Nada! ¡No quiero comer nada! ¡Yo no alimento a los gusanos”!

El señor cura llegó a ver si el reo quería confesarse, porque Jesucristo Nuestro Señor perdona todos los pecados cometidos por los pecadores aunque sean muy grandes.

En la celda había un crucifijo sobre la pared.

— Mira a Jesucristo y pídele algo— le dijo el cura al reo.

— ¡La faena que te vas a cargar conmigo— dijo “El Cordobés! ¡Y rechazó la confesión!

Por la tarde se formó en la puerta de la cárcel el cortejo que iba a acompañar hasta el patíbulo al reo.

Lo presidía el Señor Juez con su toga y sus puñetas, y escoltado por dos alguaciles en traje de ceremonia, sombrero de plumas, camisa y falda

bermellón ribeteados con encaje blanco, pantalones cortos y zapatos de tacón negros con guardapolvos, bolas blancas y maza de plata.

El sacerdote estaba asistido por dos monaguillos con sotana roja y roquete bordado con encaje blanco. Portaban una sencilla cruz.

El pelotón militar lo formaban cincuenta migueletes en traje de gala con banda de cornetas y tambores que no paraban de tocar las trompetas y de redoblar los tambores.

El coronel, iba con el sable extendido en su mano. Con la otra, sujetaba las riendas del nervioso caballo. En su cabeza llevaba un hermoso sombrero en pico y adornado con plumas de pavo real.

Al final, y, custodiado por los migueletes, iba el reo andando con las manos atadas y un camisón blanco que le serviría de mortaja. La cabeza la llevaba tapada, y, solo tenía dos agujeros en la parte de los ojos. Las manos las llevaba atadas con unos grilletes, y, los pies iban bien sujetos con una traba hecha con cadenas.

Estaban dando las cinco de la tarde cuando el coro de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba empezó a entonar el Réquiem de Mozart, a la vez que el cielo, como si maldijera al futuro difunto, por la faena que se había cargado con Juan de San Rafael, se ponía de acorde con las circunstancias: negro y amenazando tormenta.

El reo comenzó a subir los peldaños del cadalso, como si el reo, tuviera ganas de que aquella ceremonia, exclusiva para él, no comenzara nunca.

El verdugo, con la cara topada preceptivamente, engrasaba con grasa de cerdo la rosca del garrote vil, algo agarrotado de no haber servido hacía tiempo.

El reo se negó a colocarse por su cuenta al alcance del artefacto, pero dos migueletes lo cogieron y pusieron su cuello a disposición del verdugo, quien, apretó el artilugio, para que el reo no pudiera ya sacar la cabeza.

El Juez le preguntó al reo “cuál era su última voluntad”.

El reo, contestó: — Con el debido respeto hacia su señoría, “cagarme en todos sus muertos”.

El juez no se dio por aludido e indicó al verdugo que ejecutase la sentencia.

El Cordobés, bandolero, criminal reconocido, bestia de dos patas andando por los montes, con el garrote en el cuello, el verdugo atornillando poco a poco, miró al público que presenciaba la ejecución, y, encarándose con él, como una fiera herida vociferó: “Sólo pido una cosa, que espero que me la concedan, y, es, que se vayan todos ustedes a tomar por el culo”.

Un rayo, enviado por Belcebú, que estaba gordo de contento por la actuación del condenado, ya que con sus declaraciones se ganaba por derecho una de las mejores plazas en el Averno, cayó sobre el garrote vil y los que estaban a su alrededor, con tan buena suerte para el reo, que el

hierro se derritió, quedando el verdugo y casi todos los situados alrededor del cadalso, aturcidos por el peste a azufre.

Como por arte de magia, “El Tempranillo”, bandolero que se lo quitaba a los ricos para dárselo a los pobres, subió los peldaños del cadalso, ¡ todos de una vez!, y, agarrando por los pelos al reo lo subió en la grupa de su caballo poniendo los pies en polvorosa, sin que nadie ni nada pudieran detenerlo.

El pueblo asistente al acto, gritaba: “¡Esto es obra de Satanás!”.

CAPÍTULO XXV

Donde se narra lo que aconteció en los funerales de Juan de San Rafael y otras cosas dignas de ser contadas.

Ya están tocando las campanas de todas las Ermitas del Eremitorio al unísono, para los funerales de Juan de San Rafael, ¿pero quién las toca?, ¿quién mueve las cuerdas que tiran de los badajos?, porque en las Ermitas, sólo vive un ermitaño, y no podrían tocar tantas campanas con una sola mano.

Es el aire quien las mueve por orden de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre. Es el aire quien empuja los badajos que golpean con fuerza el bronce “cantarino”.

Son los ángeles quienes las hacen sonar por orden de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre.

¿Quién ha puesto en el catafalco al hermano Juan de San Rafael, sino los benditos ángeles por orden del que todo lo puede?

Lo han puesto, San Rafael, San Miguel Arcángel, ayudados por los serafines, los querubines, los ángeles, los tronos, las virtudes, las dominaciones, las potestades...

San Pablo, el Obispo Osio, de Córdoba, vestidos con sus mejores galas de ceremonia, de negro y dorado, presiden la celebración del ritual de difuntos en el que se va a dar cristiana sepultura al hermano Juan de San Rafael.

Como ayudantes, están situados en el atrio, insignes ermitaños: Francisco de Jesús, artífice de la unidad de los ermitaños, y gracias al cual conservamos las Ermitas, cordobés solitario de la Albaida y hermano mayor de los ermitaños en 1699, Juan de Dios de San Antonino, de quien se dice que para humillar su cuerpo no se quitó el hábito jamás aguantando la picadura de numerosos insectos, hasta que un día, al ser muy numerosos, e insoportables, se despojó de él muriendo pocos días después de no estar acostumbrado al aire, Pedro de Cristo, restaurador de las Ermitas, siempre enfermo, pues se le hinchaban las piernas, sin que por ello dejara de trabajar ni un solo día, y verdadero artífice de la devolución de las Ermitas a sus legítimos moradores tras la Desamortización, ya, que, los ermitaños, no formaban comunidad ni instituto religioso,

Canta el Coro Angelical el *Requiem Aeternam dona eis Dominen*.

La iglesia se llena de olor a incienso mientras San Antonio Abad, y el Obispo Osio, ayudan a San Pablo a incensar el féretro y el altar.

Y el Coro Angelical, ángeles del canto, no para de cantar, ayudado por los trinos de los jilgueros, verderones y ruiseñores.

El Padre Gumersindo está como ausente durante la ceremonia porque no se cree que esta muerte tan atroz le haya podido ocurrir a un futuro ermitaño en la flor de la vida, y, además, por su culpa, ya que fue él quien le puso en el camino para que los bandidos lo cogieran, al mandarlo a por las cubetas de agua. Pero se consuela pensando, que Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, se lleva con él a los mejores seres de la creación, los más buenos, porque indudablemente, el hermano Juan, por su juventud, su simpatía, su preparación, su amor a Dios y al prójimo, su disposición para ejercer la caridad en todo el momento hacia los más desfavorecidos, según había podido averiguar él, sería un buen ermitaño, y el candidato idóneo para estar en el cielo con los santos en la presencia de Dios y en la corte celestial, gozando de la visión divina.

Y entre sollozo y sollozo, no perdía ojo viendo a tan nobles oficiantes en la ceremonia del entierro.

De pronto, Gumersindo piensa dónde va a ser enterrado el hermano Juan de San Rafael, ya que no quedaba ninguna sepultura libre en el cementerio de las Ermitas, cementerio pequeño situado muy cerca de la iglesia de Nuestra Señora de Belén.

Salió corriendo abandonando la ceremonia religiosa ante el asombro de los presentes, para dirigirse hacia la biblioteca donde se encontraba el libro de los fallecidos y el lugar donde habían sido inhumados.

Y encontró en el libro registro de los enterrados el nombre y el lugar del ermitaño más antiguo que había sido enterrado en el camposanto de las Ermitas, y provisto de un cincel y un martillo, procedió a quitar la lápida sin inscripción que cerraba tan sobria tumba.

Pocos ladrillos cerraban el nicho. Una tras otro fueron cayendo, mientras los apilaba, pues debían de servir para cerrar definitivamente el nicho donde reposaría eternamente el hermano Juan de San Rafael.

Introdujo una vela Gumersindo dentro del nicho, pues éste tenía poca luz, y, vio, que efectivamente, allí había un muerto, un ermitaño con barba blanca, incorruptible, vestido con sus ropas talaes.

Tiró de sus pies con cuidado hacia afuera del nicho, y sin dificultad, lo sacó hacia el exterior, colocándolo de pie en un rincón del camposanto a la espera de que llegara el cuerpo de Juan de San Rafael para meterlos los dos juntos en el mismo nicho, pues pensaba, que aquel venerable hermano salido de la tumba no merecía ir al osario, con su cara tan sonriente, a la que sólo le faltaba hablar.

Cuando volvió a la iglesia el cortejo fúnebre con los restos mortales de Juan de San Rafael, ya salía de la misma y se encaminaba al camposanto de los ermitaños.

Era de noche, pero parecía que era de día por la claridad que acompañaba al cadáver y que alumbraba todos los alrededores.

Después de entonar el canto “*In Paradisum* ,” y de ser asperjado con agua bendita el féretro, se procedió a la inhumación del cadáver.

El cadáver se había dado la vuelta dentro del ataúd, apareciendo en posición supina ante los asistentes que no explicaban tan extraño fenómeno, ya, que, Juan de San Rafael, fue metido en el ataúd, veinticuatro horas después de su muerte mirando hacia el cielo, y, además, las lesiones que presentaba, tiro a bocajarro, en toda la cara, eran mortales de necesidad.

Lo despojaron de sus ropas, lo metieron en el nicho, y, encima, pusieron al ermitaño que lo ocupaba anteriormente, cubriendo con cal ambos cuerpos.

Sellaron con ladrillos la abertura del nicho, y, como es preceptivo, ninguna marca ni inscripción se puso sobre la tumba; solamente dos cruces trazadas con el palaustre, sobre el yeso todavía fresco, alertaban a los que visitaban el cementerio, que allí yacían los cuerpos de dos ermitaños.

El padre Gumersindo decidió pasar la primera noche en vela delante de la tumba de los dos ermitaños, una costumbre que él pensaba establecer para los futuros enterramientos.

Y, así le pilló la luz pura del alba, en la que el canto de los pájaros sonaba a fúnebre, no en vano, las aves de los alrededores de las Ermitas, cantaron, y, los lobos aullaron toda la noche en señal de duelo de quien había sido su protector ante los extraños y depredadores. ¡Y así se lo reconocían!

CAPÍTULO XXVI

Donde se narra el “bajón” que experimenta el Padre Gumersindo tras los funerales y posterior entierro del hermano Juan de San Rafael, y otros hechos dignos de ser tenidos en cuenta.

Y, hoy, a un día pasado del funeral por el alma del hermano Rafael, nuestro querido Padre Gumersindo se encuentra bajo de moral, lo que se dice “llamado al interior”, parece como si todo lo diese igual, y, ¡ si lo aplasta el mundo, pues que lo aplaste, que no le importa!

Hay cosas, que para él, creyente practicante, no tienen explicación por muchas vueltas que le dé a la cabeza. Y, la muerte del hermano Juan de San Rafael, no tiene explicación religiosa para él, porque, ¿cómo Dios, bondad infinita, permitió que un canalla, hijo mal nacido, matara a una joven promesa de los eremitas?, ¿por qué Dios permite que muera la gente en las guerras, ¿ por qué Dios permite que mueran de hambre los pobres?, ¿ por qué Dios permite que los integristas maten a los cristianos después de humillarlos?, ¿por qué Dios permite que nazcan niños con defectos físicos?, ¿por qué Dios permite el genocidio del aborto donde seres inocentes son masacrados en el vientre de su madre por el hecho de haber pedido nacer?, ¿ por qué Dios permite la muerte de las mujeres inocentes a manos de sus maridos?, ¿por qué Dios permite que los dictadores encarcelen, torturen y fusilen a los que no piensan como ellos?, ¿por qué Dios permite que los ricos amasen sus ganancias sobre las lágrimas de los pobres?, ¿por qué se fabrican armas para matar y no alimentos para comer?, ¿por qué la guerra, la muerte, las enfermedades, el Sida, el Ébola, la gripe asesina?...

A Gumersindo le da vueltas todo. Por su cabeza pasan los árboles de las Ermitas como si fuera viajando en el tren. Cree que se está volviendo loco por momentos...y va a tener que echar mano de la hierba de San Juan para tratar de salir de este embotamiento espiritual y de desánimo en el que se haya metido y que lo aprisiona como una camisa de fuerza y no lo deja trabajar, dormir, comer, descansar...

Porque con esta angustia, que no sabe de dónde le viene, pero que sí sabe cómo la ha cogido y por qué, él, no puede vivir...

Y desesperado con estas cadenas que lo tienen aherrojado, como en la más oscura prisión, entra en la iglesia de las Ermitas y se postra ante su muy amada, venerada y querida Virgen de Belén, Nuestra Señora, la siempre pura, la siempre y por todos los siglos, entera.

— Madre mía, Madre del Creador, Madre del Salvador, Madre del Redentor. Tú sabes que yo soy muy torpe, que casi no tengo estudios, que todo lo que sé lo debo a tu amor, a tu Hijo querido y muy amado Jesús, Bendito sea su Santo Nombre, y al de Su Santo Padre Dios. Yo tengo un no sé qué que no me deja vivir, un “sisibuye” que me corroe el cerebro, que me persigue como un asesino a todas partes donde voy. Y aquí me tienes postrado a tus pies como el más devoto de tus seguidores, para pedirte que me ayudes, que no me dejes solo en manos de tan mal ladrón.

Las ventanas empiezan a dar crujidos como si quisieran dejar en libertad los cristales que las tapiaban para irse a otros lugares para que otras caras se miraran en ellos, las cortinas, como las del templo de Jerusalén, vuelan por los aires, como si de un huracán terrible y demoledor se tratara, las luces se encienden y se apagan con una fuerza tan inaudita que tiene que echarse el Padre Gumersindo a tierra y parapetarse tras unos bancos para que fuerza tan potente no lo destruya y lance su cuerpo, o lo que quede de él, por los aires, a los confines del universo como un meteorito humano sin rumbo hasta que un agujero lo atrape y lo pase a otra dimensión. El suelo sube y baja, tanto, que se topa con San Elías, en el techo, y Gumersindo, aterrado, roto, desecho, y cagado hasta el corvejón, grita y suplica para que la Santísima Virgen detenga tanto fenómeno sobrenatural...

— Madre Santísima: Por tu Hijo, te ruego, que pares todo lo que está aconteciendo. A mí no me hace falta que para manifestarte como la Madre de Dios, quien hizo el mundo en siete días, te rodees de tanto efecto aterrador. ¡Yo sé que tú estás aquí en cuerpo y alma presente en esta tu iglesia! ¡Yo te amo! ¡Yo creo en ti y en toda tu Santa Familia!

Se hace un gran silencio dentro de la iglesia. El Arcángel San Miguel, con una espada reluciente que brilla más que el sol, se hace presente. Pero no está solo. Le acompañan miles de ángeles que se extienden por toda la iglesia y los alrededores de las Ermitas tomando posiciones por si asoma el enemigo, Belcebú, y los suyos, para estropear la fiesta.

María, la Virgen la siempre casta, la siempre entera desde el principio, que tiene a San Martín a su lado con un niño pequeñito, guapísimo, con su chupete y vestido con su bonito pelele, que sonríe con todo, y que lo lleva su madre Santa Estrella, la que se cargó a Mardoqueo para liberar a los judíos, junto a sus padres, ya viejitos, que han sido invitados a la ceremonia para que sean testigos de lo que allí se va a oír, y decir, no en vano, la abuela crió a sus cuatro hijos con el esfuerzo de sus manos pasando noches enteras en vela mientras cosía las prendas que en la ciudad le daban y por las que le pagaban cuatro perras, y, el abuelo, recorrió las calles de Córdoba por las noches tras su trabajo llevando

durante doce años en sus espaldas comida para los pobres, aliento para sus penas y consejo para sus problemas.

Habla la Virgen Santísima a Gumersindo que oye lo que la Siempre Pura le dice y que lo entiende y comprende bien para su consuelo y curación.

— Estas cosas ocurren por el amor de Dios a los hombres! a los que hizo libres! ¡Fue la libertad de los hombres la que mató a San Juan de San Rafael, hoy con el Padre en el cielo!

Gumersindo lo entiende, y asintiendo con la cabeza, da por suficiente, clara, y precisa, la explicación de la Santísima Virgen, siempre pura y casta.

Un ligero murmullo de tórtolas turcas que se refugian en las Ermitas huyendo de los cazadores furtivos que vienen a por ellas, porque al ser muchas, ha dicho la autoridad, que hay que matarlas, además, porque son una “especie invasora”, despierta a Gumersindo de un largo sueño...

Enseguida el Padre Gumersindo corre Ermitas para abajo para buscar unas matas de *Hipericum perforatum* conque hacerse una infusión que alivie un poco ese malestar que lo corroe, y que lo ha convertido en un fardo pesado —, y del que incluso duda que sea del cuerpo mismo—, y corre que te corre que parece que lo va a pillar el diablo, se acuerda que él vio un día en el almacén de las Ermitas un tarro con un letrero que ponía eso...

CAPÍTULO XXVII

Donde se cuentan los descubrimientos que el Padre Gumersindo hace en las alacenas de la despensa de las Ermitas, y, otras cosas que merecen ser contadas a los lectores.

Y, es, que este mundo es un pañuelo, y donde menos se piensa, salta la liebre. Porque cuando los ermitaños se marcharon de las Ermitas de Córdoba en el año 1956, porque no quisieron integrarse con otros monjes de otra orden, se dejaron algunas cosas importantes en el recinto de las mismas; sobre todo una abundante colección de plantas medicinales recolectadas por el hermano ermitaño, con conocimientos botánicos y medicinales.

Así, que, cuando el hermano Gumersindo decide subir a la planta alta del edificio, ve en una de las puertas de las alacenas un letrero que pone: “Plantas medicinales!”; sí, efectivamente, cuando el Padre Gumersindo, que tiene en su pensamiento reanudar la presencia de los eremitas en estas tierras de Sierra Morena, y, concretamente en el Cerro de las Víboras, abre las puertas de tan singulares piezas de carpintería, y al descorrer la cortina de la estancia, y poner de par en par los postigos de las alacenas, se encuentra con una gran habitación llena de estanterías con numerosos tarros repletos de plantas medicinales debidamente disecadas y rotuladas, aptas para su uso.

Rápidamente encuentra la “hierba de San Juan”, la cual le va a servir para mejorar su estado anímico que le tiene todo el día postrado en la cama sin que vea ojos por donde levantarse.

También hay un gran bote de alcohol de romero que despide una gran fragancia al abrirlo, y que dando friegas con él sobre la piel desaparece el reuma. Y junto a él hay otro bote con hojas de la misma planta, que tomadas a discreción, eleva el tono vital y ayuda a recuperar las perdidas fuerzas.

En un bote queda algo de una pócima hecha con ajo machacado y alcohol de 90° que dicen lo trajo un ermitaño que visitó al Dalai Lama, en el Tíbet, y allí, en la lamasería de Lasa, lo fabricaban los monjes para acabar con la “pupa viva”, o, por lo menos para impedir su aparición.

Un bote tiene extracto de col fabricado con un pequeño alambique y que es un excelente remedio contra las llagas de la piel.

Cuando las llagas de la boca no curan, hay que machacar un ajo, y, la pulpa del mismo se coloca sobre el agujero, aguantando hasta reventar. Al día siguiente la llaga estará muy mejorada, y si se sigue el tratamiento, unos días después de la llaga no quedará nada.

El jarabe de las moras recolectadas en los alrededores, allá por septiembre, que son muy hermosas y sabrosas, remediará las enfermedades pulmonares y las anginas.

Hay en las estanterías grandes paquetes de hojas de zarzamora que utilizaban en infusión contra las diarreas y la disentería. También para hacer gargarismos para cicatrizar las encías y detener las anginas.

El jarabe de grosella negra, encontrado en un rinconcito de un armario, es el más rico de todos en vitamina C. Sus hojas dentadas se usan para calmar las picaduras de insectos; sobre todo los penosos mosquitos que no nos dejan dormir por las noches.

El jarabe de mirtillos, o arándanos, o, “uvas del bosque,” es muy usado para combatir las diarreas de los niños, las disenterías y los trastornos intestinales. El jugo de mirtillos mata algunos bacilos; por eso se usa contra la colibacilosis tenaz. Los arándanos son una excelente medicina contra las infecciones urinarias.

Las cáscaras de manzana y los corazones son más ricos en principios activos que la pulpa en cocimiento.

Los pétalos de las manzanas se usan desecados para hacer infusiones, para calmar el dolor de la garganta, y apaciguar la tos.

Los rabitos de cerezas son muy diuréticos.

El extracto de pera es muy remineralizante para el organismo.

Las hojas de las ciruelas se usan para hacer tisanas laxantes y diuréticas.

Los tarros de uvas pasas, están llenos; son muy energéticas, y poseen virtudes pectorales. Y curiosamente, hay tarros con algunos kilos de pepitas de uvas que se usaban para hacer aceite muy rico en vitamina E, excelente contra el colesterol, y las enfermedades cardíacas.

Había algunos paquetes de hojas de vid, que cocidas, o, mejor, crudas, son muy ricas en vitaminas.

Hojas de fresa que en infusión son muy diuréticas y depurativas. La raíz, seca, se usa en cocimiento muy útil contra la gota y la diarrea.

Jarabe de ruibarbo, reza una etiqueta, y, añade: ¡Purgante muy fuerte!

Tarros de semillas de hinojo, ideales para calmar el ansia del estómago y las sensaciones raras, expulsando los gases del intestino, debidamente masticadas.

Extracto de nabo, un excelente remineralizante, y rico en azúcares.

Perejil seco, que los gladiadores tomaban antes del combate para mantenerse fuertes frente a los embates del ambiente. Muy rico en vitamina C, contra la ictericia, las dolencias hepáticas, la gota, el reuma.

El tomillo, muy importante por sus propiedades antisépticas, para combatir los bacilos y los virus, y que es el antídoto con el cual los pobres curan las “miasmas”.

— *¿Por qué muere el hombre que tiene salvia en su jardín?*

La salvia suprime los terrores nocturnos, detiene una gripe que comienza, calma la tos, enmienda el estómago dolorido, es tónica y excitante— por lo que no se recomienda a los temperamentos sanguíneos —, y de la que le habían hablado, que con varias tazas al día de infusión, se acababa con esa sensación de puñalada que de vez en cuando le aparece en la boca del estómago, y que no sabe lo que es.

Albahaca, unos botes. Buena para curar los espasmos del estómago y las infecciones intestinales, favoreciendo el sueño por la noche, y asegurando una buena digestión.

Y mucha abundancia de estragón, regulador de la aerofagia, la flatulencia, la fermentación, y en general, de muchos trastornos del estómago y del intestino.

Y, cómo no iba a estar presente en aquella “herboristería” la hierbabuena, que ahuyenta a los insectos que se sienten atraídos por los alimentos. Pero, sobre todo, para hacer infusiones que faciliten la digestión y que regularicen las funciones del estómago, del hígado, de la vesícula biliar, de los intestinos, y que combate la aerofagia, los espasmos estomacales, los vómitos, las afecciones hepáticas, los vermes intestinales y los cólicos.

Y la manzanilla aparece en grandes ramos colgados y atados con esparto sobre la pared que sube del fogón de la cocina donde se hace la comida.

Es la mejor de las plantas para curar los males de estómago, calambres, para enjuague bucal, para el cabello, sobre la piel, evitar náuseas o vómitos, y para el tratamiento de los cólicos, las úlceras, la gastritis, y como sedante suave y para alivio de algunos de los síntomas de la depresión. También ayuda a bajar los niveles altos de colesterol y disminuye los dolores menstruales y los espasmos anteriores a la menstruación. Debido a sus propiedades antisépticas y antiinflamatorias, la manzanilla es una hierba muy buena para curar afecciones y dolencias oculares.

Pero, como es la hora de comer para los pájaros, ya están aquí reclamando su ración de comida para irse con el buche lleno a la camita de ramas y hojas, y, aunque el Padre Gumersindo no tiene ganas, ni de mirarse, por su estado anímico, no quiere faltar a su cita con estos animalillos que vuelan por derecho propio sin necesidad de artilugio alguno, y que le alegran con sus cantos sus horas de trabajo en la huerta de las Ermitas.

Así, que, ya está preparando su ración de comida para colibríes, gorriones, tórtolas, palomas, chorlitos, abubillas, ruiseñores, jilgueros, pájaros bobos, colorines, águilas, buitres, conejos, liebres, lobos, zorros, culebras, ratas, estorninos, vencejos, golondrinas, y, hasta gaviotas que vienen del mar malagueño.

Bueno, por hoy, tengo que despedirme de ustedes al terminar este capítulo, pero, antes de irme a descansar en la cama de colchón de farfolla, quiero pedirle al Padre Gumersindo que redacte unas cuartillas en la paz del escritorio con todas las plantas que hay en las alacenas de las Ermitas y sus aplicaciones para las diferentes enfermedades. Creo, sinceramente, que ustedes me lo agradecerán por los beneficios que les van a reportar a su cuerpo las tisanas que se hagan con ellas. Y, más que tisanas, usen estas hierbas milagrosas dejándolas caer en la boca para que los jugos salivales les extraigan pacientemente sus principios activos.

CAPÍTULO XXVIII

En este capítulo se narra el “baile de los pájaros” y otros hechos curiosos que deben de ser conservados para la Historia.

Y comenzó la gran fiesta en la que los pájaros fueron los protagonistas que fueron llegando hasta las Ermitas desde la parte más alta del cielo, y desde todos los contornos que rodean el Santo Recinto.

Porque las Ermitas, debido a su frondosidad vegetal, con numerosas especies vegetales, son el lugar idóneo para la reproducción, cría y avistamiento de las aves.

Así, que, nuestro querido hermano en el Señor, Bendito sea Su Santo Nombre, el Padre Gumersindo, volvió a sacar del almacén de los alimentos, el grano que a ellas les gusta, y que iba a hacer el goce y disfrute de tan apreciadas y queridas aves voladoras y también de los animales que andan por el suelo.

Trigo, cebada, alpiste, pan, maíz, harina, frutas y verduras, iban en un carrillo con rueda de madera para el convite de todos esos animalillos.

Y, sobre una gran mesa, adornada con un mantel blanco con flecos bordados de encaje, para resaltar su vistosidad, y para que los alimentos no cayeran en el suelo, nuestro querido, amado y venerado Padre Gumersindo, comenzó a sacar de los sacos los correspondientes granos, y, de unas cubetas, hizo lo propio con el pan y las verduras para esas criaturas de Dios que acompañan durante millones de años al hombre sobre la Tierra.

El Padre Gumersindo, que en su juventud se había empapado en libros sobre la vida de San Francisco de Asís, del que era un gran devoto, quería que “Il Poverello” estuviese presente en cada momento de su vida, y, en sus ratos de oración, allí en la celda, le pedía fuerzas para seguir la tarea en la que estaba empeñado, y ayuda contra el maligno que no cejaba en ponerle grandes piedras en su camino para que abandonara.

En una pequeña hornacina que tenía en su celda, Gumersindo, tenía tres libros de lectura obligada: La Santa Biblia, El Devocionario, y las Obras completas de San Francisco de Asís, con las que se extasiaba, repitiendo una y otra vez, hasta que le venía el sueño...

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día, y por el cual nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.
Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.
Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.
Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las soporten en paz,
porque por ti, Altísimo, coronados serán.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima
voluntad,
porque la muerte segunda no les hará mal.
Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

CÁNTICO DEL HERMANO SOL

o

ALABANZAS DE LAS CRIATURAS

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.
Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día, y por el cual nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.
Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.
Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las soporten en paz,
porque por ti, Altísimo, coronados serán.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima
voluntad,
porque la muerte segunda no les hará mal.
Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

Cántico de las Criaturas de San Francisco de Asís

Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo tú eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.
Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.
Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!
Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!

Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!
Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!
Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolación!
Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.

Antes de proceder a la colocación de los alimentos sobre el mantel, el Padre Gumersindo, venerado, se hincó de rodillas en el suelo, y besando la tierra de aquel santo lugar por el que habían paseado tantos santos ermitaños, comenzó a hablar a todos los animales congregados, como si de San Francisco se tratara:

— Pájaros, mis hermanos, debéis de alabar a Dios, nuestro Creador, Bendito sea Su Santo Nombre, porque os ha dado vestido y os ha hecho libres para ir a cualquier parte del mundo. Y, cuando el Diluvio Universal, Dios encargó a Noé que metiera en el Arca una pareja de cada uno de vosotros para que no se perdiera la raza y no pereciereis. Debéis igualmente estarle agradecido por haberos dado el aire en el que os sustentáis. Y, además, sin sembrar, ni trabajar, ni cuidar el campo, Dios os tiene preparado el alimento en ríos, y fuentes, para que bebáis el agua pura y fresca. Os dice dónde encontrar las rocas, los huecos del terreno, los árboles, los aleros de las casas donde hacéis vuestros nidos y criáis a vuestros hijos, y como no sabéis ni coser ni hilar, os ha dotado de los más hermosos trajes que jamás criatura humana hubiese podido tener, con los colores más vivos que ningún ser humano fue capaz de tinter. Mucho os ama Dios, así que cuidaros muy mucho, y no dejéis pasar ni un solo día sin alabarle, Bendito sea Su Santo Nombre, amén.

Y habiendo terminado de hablar el Padre Gumersindo, las aves empezaron a revolotear sobre su cabeza entonando la melodía más hermosa que jamás se haya oído, en la que el acompañamiento, lo ponía el viento, con sus caprichos, y, las notas, los pájaros del “coro” de las Ermitas.

Ruiseñores, jilgueros, mirlos, colorines y alondras, todos muy conjuntados, y, al unísono, hicieron que el Padre Gumersindo se emocionara al escuchar tan celestial melodía, y los animalillos, en tierra, estaban oyendo la música más bella compuesta por seres no humanos, que conformaban un espectáculo inimaginable.

Los lobos aullaban, los zorros movían la cola, los ciervos berreaban, las culebras pegaban latigazos con el cuerpo, los buitres graznaban, y las águilas y milanos, oteaban desde lo alto los peligros que pudieran acechar a tan hermosa ceremonia.

Terminada la actuación, y, como de costumbre, siempre que se producía esta interpretación coral, las golondrinas entraron en la iglesia de Nuestra Señora de Belén, y, tras quitarle las espinas a Nuestro Señor Jesucristo, Bendito sea Su Santo Nombre, comenzaron a hacer una corona voladora en torno a él y a su Madre, siempre pura, a la vez que piaban con un zumbido muy grande en señal de desaprobación para los que hicieron padecer tanto al Redentor.

Tras lo cual, el Padre Gumersindo, les dio su bendición, y, repartiéndole la comida que había en la mesa, y en los cubos, hartos de comer y muy satisfechos todos, se fueron cantando alegremente a los alrededores de las Ermitas.

CAPÍTULO XXIX

Donde se habla de la intervención que tiene el Padre Gumersindo con los zorros que merodean las Ermitas y su mediación con los cazadores.

Siempre ha habido zorros por estos montes de Dios que rodean las Ermitas de Córdoba, Bendito sea su Santo Nombre, creador de todos los animales, amén. Y siempre los habrá, si el hombre, con sus “malas artes”, no destruye el ecosistema arrebatándole eslabones que son necesarios para la subsistencia del mismo.

Y, siempre, los zorros, existirán mientras haya gallinas de los corrales con las que alimentarse, y, si fallan éstas, acudirán a los contenedores de la basura de los pueblos saltando a su interior comiendo desperdicios que la gente considera innecesarios.

Pero, ¡vaya!, es que a veces, estos zorros se “pasan” exterminando al gallinero entero, y, esto conlleva problemas muy graves con los dueños de los corrales que claman venganza ante los alcaldes de los pueblos.

Y la gente está alarmada; sobre todo la de los cortijos cercanos a las Ermitas, porque los zorros están haciendo verdaderas escabequinas en los corrales de los mismos, y los señoritos ven, cómo se quedan no sólo sin huevos, sino sin gallinas.

En Córdoba había un señorito, que cada día iba a su cortijo y le metía el dedo en el culo a las gallinas para ver si tenían huevos. Tantos dedos metidos en el culo de las gallinas, tantos huevos, menos los fallidos. Y, así, cada día. Y cuando un día, al hacer el recuento de los huevos que le entregaba la cortijera, faltaba alguno, pensaba, y con razón, que la cortijera se lo había comido. Y lo mismo ocurría con las gallinas: Tantas gallinas había ayer, tantas tenía que haber hoy. Pero si faltaba alguna, la cortijera, mujer del cortijero encargado, decía:

— Anoche hubo tiros en el cortijo. Los ladrones entraron y tuvimos que refugiarnos en el camaranchón, so riesgo de ser matados, por los “Argallarines”. Hoy, al contar las gallinas, faltaban tres...

— Las que os comisteis vosotros anoche, ¡tonterías de los “Argallarines”— dijo el señorito.

La mujer no tenía más remedio que callarse porque la trola al señorito no “colaba”.

Así, que la gente, que no es tonta, y tiene sus medios para defenderse de los intrusos en el corral, ya se ha aprovisionado de abundantes cartuchos para las escopetas de dos cañones, en abundancia; también, de cepos. ¡Y van a ir a por los zorros al precio que sea!

El viento actúa de chivato y lleva la amenaza a las madrigueras donde se esconden los del rabo largo.

Los zorros, que no son tontos, y como no trabajan, tienen mucho tiempo libre para pensar “instintivamente”, a su manera, buscándoles las vueltas a los cortijeros, que al ausentarse, dejan los corrales a su alcance.

Recibido el mensaje del viento, y descifrado por el zorro más viejo, la amenaza que supone enfrentarse a los cortijeros de los corrales, es muy grave, y, es real: Ellos, los cortijeros, están dotados de potentes armas de fuego, que al disparar el cartucho expande el reguero de muerte a su alrededor, no pudiendo escapar a los certeros perdigonazos de muerte en sus carnes, por eso, el zorro mayor, listo donde los haya, decide pensar, y, pasado un tiempo encuentra una solución para el problema: ¡ Dialogar con el padre Gumersindo!, amigo suyo, y que en ocasiones de escasez no dudó en echarles restos de comida para que sobrevivieran.

—Habrá que llegarse hasta las Ermitas y hablar con el Padre Gumersindo, para tratar de salvar el pellejo.

El Padre, antes de irse a dormir revisa todo para evitar sorpresas durante la noche. Y cierra bien, puertas y ventanas, apaga los rescoldos de los braseros y del fuego de la cocina, apaga las velas con las que se alumbran, ¡y pone la “tranca” en las aldabas de las puertas, porque así, por mucho que empujen, la puerta, para abrirla, tendrán que derribarla, y ante el ruido, los ermitaños saldrán para defenderse con lo que encuentren a mano...

Pero, al abrir la puerta de la calle, y ver que todo está despejado, y que no hay nadie ahí fuera, se encuentra ante un pelotón de zorros, quietecitos, todos sentados en el suelo...

— ¿Qué queréis hermanos zorros a estas horas de la noche?— les dice el Padre Gumersindo.

— ¡Queremos hablar con usted lo más pronto posible! – dice le zorro mayor.

Están muy nerviosos, ahora, moviendo patas, cola, y cabeza, hacia los lados.

— Ya sé— dice Gumersindo, que los cortijeros se están armando con todo lo que encuentran a su alcance para haceros frente. ¡Os habéis “pasado” al acabar con los gallineros de los alrededores! Ya sé que no os gusta que os encontréis con los cazadores apostados en los gallineros, y, antes de entrar a por las gallinas, ¡os peguen un tiro y os dejen tiesos! Pero reconoced, que no os habéis portado bien con ellos, y ellos tienen que defenderse!

— Sí; pero ellos se defienden con armas muy superiores a las nuestras. Ellos tienen unos aparatos que echan fuego por la boca y cuando te dan en el cuerpo te queman vivo. Nosotros, nos defendemos con los dientes y las garras de las patas, y sólo atacamos a las gallinas para comer.

— Pero, no tenéis bastante con llevaros para comer, sino que actuáis con saña, y acabáis con todo el gallinero, no sólo de un cortijo, sino de todos los cortijos de los alrededores!

— ¡Maldito instinto que no podemos controlar! ¡De él es la culpa de nuestra saña!

— ¡Pues le habéis metido a los cortijeros las “cabras en el corral! ¡Y los habéis sacado de sus casillas, y, ahora, están como fieras!

Y los zorros, se ponen de rodillas, con la cabeza gacha en actitud de arrepentimiento y de súplica para que los cazadores no salgan al monte a por ellos y los maten a todos, les corten los rabos, su tesoro más precioso, y, los enseñen por ahí en señal de trofeo.

— Mis hermanos los zorros, criaturas de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre. Esto que me pedís, es mucho, para que yo lo arregle sin que vosotros no deis algo a cambio. Vosotros, criaturas de Dios, Bendito su Nombre, aunque muchas veces le hacéis más caso a Belcebú, maldito sea su asqueroso nombre, y bendito sea el que lo mandó en buena hora al infierno, de donde no debe de salir nunca jamás por los siglos de los siglos, amén. Vosotros tenéis que ofrecer algo a cambio, porque ellos, los cortijeros, han sufrido mucho a causa de las matanzas de sus gallinas en los corrales de los cortijos. Y me tenéis que prometer que no vais a matar, cosa que siento mucho, cuando entréis en el gallinero; nada más que una gallina, y si el dueño os ha puesto comida en la entrada, me tenéis que prometer que no vais a entrar dentro por nada del mundo, por más ganas que tengáis de hacerlo. Si estáis de acuerdo, me lo vais a decir dando golpes con el rabo contra el suelo, ya que hasta el momento, no se os ha concedido el don maravilloso del habla.

Y los zorros, que las tenían todas perdidas, hasta el rabo, comenzaron a dar golpes, con el mismo, en el suelo, formándose una gran polvareda que se veía desde muy lejos.

— Mis queridos hermanos los zorros: Mañana hablaré con los cazadores para explicarles el acuerdo al que hemos llegado. Así, que, vosotros, venís pasado mañana a verme a las Ermitas, y ya os diré lo que han dicho los cazadores.. Mientras tanto absteneos de matar gallinas en los corrales y comed de la comida que yo os ponga, o de la que tira la gente, que está harta de comer, al basurero, y no me digáis que no os gusta, porque no está tan fresca y tierna como la de las jugosas gallinas, alimentadas con buen grano, lo que yo no comparto.

CAPÍTULO XXX

Donde se cuenta la conversación que mantuvo el Padre Gumersindo con los cazadores, y, del acuerdo al que llegó con ellos.

Cuando el Padre Gumersindo llegó al lugar donde los cazadores le esperaban, para lo que tuvo que abandonar sus queridas Ermitas, cosa que no hacía desde hace mucho tiempo, percibió, que aquel silencio, aquella paz, aquel clima de sosiego, tan necesario para la paz que su alma necesitaba, no se respiraba allí.

Y el corazón se le puso contrito, y se le apretó, y sintió palpitaciones y ansiedad al ver aquel ambiente de exaltados.

Con sus escopetas en las manos, rifles, y cananas llenas de cartuchos, el ambiente, más bien que el de una sociedad de cazadores, era el de un grupo armado que va a la guerra.

El humo a tabaco de los puros cubanos, el griterío hostil y amenazador, las ansias de venganza y de sangre contra los zorros, hacía que la estancia, por mor de las ondas agresivas, iba a saltar por los aires y derrumbarse por momentos.

La verdad, sea dicha de paso, el Padre Gumersindo no gozaba de muchas simpatías entre los cazadores por sus afanes proteccionistas frente a los animales.

Más de alguna vez había tenido que reprender a alguno de ellos porque había abatido una pieza, que malherida, se refugiaba en las puertas de las Ermitas, y, allí, un poco más segura, buscaba aquel santo recinto para escapar a las fauces asesinas de aquellos perros malditos amaestrados para matar salvajemente.

A su llegada al recinto donde se reunían los cazadores, algunos de ellos hicieron como que no lo habían visto; tal era el grado de desprecio que sentían hacia él por sus simpatías hacia los animales.

Pero también sentía las simpatías de muchos de ellos, que consideraban la caza como el mal menor para la protección de la Naturaleza, puesto que ésta, estaba sometida a reglamentos que en algunos aspectos protegían a los animales.

Gumersindo, el hermano, tenía una gran “capacidad” para conectar con las aves y animalillos del bosque. Las aves le seguían sin rechistar, y los lobos, callaban cuando el santo padre se lo pedía cuando en la noche aullaban pidiendo sangre.

Le seguían fielmente, hurones, linceos, ciervos, jabalíes, cabras monteses, y muchos animales que lo consideraban un amigo fiel del que

podían fiarse y del que nunca recibirían ningún daño; más bien, todo lo contrario.

Fueron éstos los que pidieron que se callaran a los demás cuando el Padre subió a una pequeña tarima desde la que iba a dirigir sus palabras a los asistentes. Y su parlamento fue como sigue:

— Queridos cazadores, y algunos no tan queridos. Para venir aquí he tenido que "violentar" el voto sagrado que hiciera un día de no abandonar las Ermitas durante mi vida ante Nuestra Señora, la Virgen de Belén, allá en la iglesia de las Ermitas, en presencia de San Antonio Abad, San Pablo, el Obispo Osio, San Rafael, y, una legión de ángeles, arcángeles, querubines, serafines, tronos, virtudes, potestades y santos ermitaños.

Y al quebrar el voto que me diera a mí mismo en presencia de tantos Santos y de la Virgen María, siempre pura, la circunstancia que me trae aquí, no es de una importancia menor, sino que es de una importancia capital para todos.

Estoy aquí porque los hechos son muy graves, extremos, ya que de que adoptemos una solución positiva para la fauna y también para los granjeros, depende el que se salve el ecosistema tan amenazado por tanta agresión humana, no solo de las Ermitas, sino de toda Sierra Morena.

Ya sabéis que la Santa Hermandad no puede vigilar todos los puntos que tiene encomendados, ya que la mayor parte de su tiempo la dedica a vigilar el campo para que los amigos de lo ajeno no se lleven lo que no es suyo y que tanto esfuerzo cuesta criar, también protegiendo las rutas de los campesinos hasta sus casas para que no sean robados por los bandoleros, entre los que se cuenta José maría el Tempranillo, ya célebre, porque en su juventud mató a una persona, lo que ocasionó gran alarma entre la sociedad, y, al que la Autoridad ha puesto su cabeza a buen precio.

Como ya sabéis, he sido designado por nuestros hermanos los zorros para elaborar un "plan de paz" que lleve la tranquilidad a los cortijos y a sus moradores, sino también a los cazadores y a los zorros, muy alterados últimamente, y para que cada uno pueda dedicarse a lo suyo: Los cazadores a cazar sin exterminar, y los zorros a comer sin acabar con la población de los gallineros respetando las leyes vigentes en la actualidad.

Así, que mi plan, que ha sido consensuado con los zorros al que han dado su asentimiento con golpes de rabo en el suelo, consiste en lo siguiente: Los zorros, ya que tienen que comer, y les gustan tremendamente las gallinas de los gallineros, no podrán sacar de los mismos más que lo suficiente para comer, y, alimentados, no tocarán a ninguna gallina más, que quedarán a salvo, sacándolas con sigilo de los corrales para no exacerbar, enervar, ni encrespar a las demás, sin que cunda el pánico poniendo en peligro la puesta de los huevos, que después, el señorito se enfada y la toma con la señora del cortijo, teniendo mucho cuidado, de que los más pequeños no vean las plumas de las gallinas "esfarriadas" por el

campo, ya que, podrían asustarse las más pequeñas, porque las grandes están acostumbradas a la presencia del zorro en los corrales, provocándoles terrores nocturnos y enuresis, depresiones, miedos y querencias.

Los cazadores, por su parte, no podrán matar zorros, ni animales terrestres, ni aéreos que no hayan hecho daños irreparables en los gallineros, ni colocar redes, ni cepos con venenos, ni trampas, ni alambradas para que no pasen ni se enganchen en ellos los animales, entre ellos, los conejillos, linceos, ginetas, colorines, perdices, tórtolas, palomas, patos salvajes, jabatos, zorzales, gorriones y jabatos.

Se formó un gran jolgorio entre parte de los asistentes, porque decían, que con su firma y aceptación, se ponía en peligro la crianza y alimentación de sus hijos, al no poder disponer de alimentos suficientes para ellos porque los zorros seguirían matando igualmente, y que el campo llevaba varios años sin producir, puesto que no llovía, en estos años del hambre.

Este escollo se salvó incluyendo en el acuerdo la petición a su Majestad el Rey para que sacara de los Graneros Reales, grano suficiente para que la población no pasara hambre, ya que estaban muriendo muchos niños a los que sus padres no podían alimentar, viéndose en los cementerios muchas tumbas pequeñas con sus cruces blancas.

Se llegó al acuerdo de todos los presentes, y, se firmó y rubricó por todas las partes implicadas.

— Un momento, que quiero decirles una cosa: Me he traído en la mulilla los aperos necesarios para que comamos hoy “tejerinos” que yo voy a hacer siguiendo la tradición que dejara años atrás el abuelo Cayetano del término municipal de Priego de Córdoba, famoso por que sus olivos producen el mejor aceite del mundo.

— El abuelo Cayetano, no sólo era famoso porque era peluquero, y, bueno, sino porque le daba un toque especial a los “tejerinos” que hacían las delicias de todos, mayores y pequeños.

— Para ello me he traído la “jeringuera” de latón que hiciera en Priego, un latonero de la calle Solana, con émbolo de madera de membrillo de los que crecen en Genilla a orillas del río que desemboca en el Salado. Una garrafa de agua de la Pandueca, de las escorrentías de la Sierra de la Tiñosa, la mayor altura de Córdoba, y, que filtrándose por las grietas de las piedras calizas, llega hasta el manantial de la Fuente de la Salud, que abastece los numerosos caños, tantos, — dicen—, como días tiene el año, de la gran Fuente del Rey con sus leones y Neptuno y Anfitrite montados sobre los delfines veloces que surcan el piélago marino.

— La harina es molienda de los mejores trigos criados en la Campiña cordobesa con toda su fuerza, a la que sólo se le ha quitado la cascarilla, que va a alimentar a las gallinas que pondrán huevos hermosos e integrales con poco colesterol.

— La sal viene de las Salinas del río Salado, cuyas aguas surgen del fondo del terreno arrancando tan noble producto a las rocas salineras.

— El aceite, es, de oliva virgen extra primera prensada en frío, obtenido de aceitunas picudas amargas, criadas en los parajes de La Torre en Priego de Córdoba, “bareadas” con barillos de almezo por los aceituneros, y cogidas a su tiempo, molidas en el molino de rulos cónicos de la cooperativa de La Purísima, girando una y otra vez sobre el empiedro, del que la masa obtenida pasa a las batidoras, donde la masa se hace muy fina, y de allí, a las prensas, con sus vagonetas, que al empujar el émbolo sobre la cabeza chorreará el aceite por los capachos junto con el alpechín, que en unas alberquillas será decantado por el maestro del molino, tirando el alpechín hacia el río, y, el aceite desviado hacia los trujales para su venta.

— Así, que voy a preparar la masa con un kilo de harina de fuerza, 700 mililitros de agua mineral templada de residuo seco menor a 50, dos cucharaditas de sal, un chorreoncito de leche, y dos sobres de levadura, y lo voy a remover todo hasta que la masa no esté muy ligera. La dejo reposar veinte minutos para que la levadura haga su efecto.

— Ponemos el aceite en la sartén, abundantemente, y le echamos dos ajos para que se fríen y tome el aceite el gusto del ajo.

— Cargamos la “jeringuera” con masa; un poco más de media, y apretamos con el émbolo hasta que salga algo de masa por el pitorro. Una vez el aceite está bien caliente sin que se queme, empezamos a hacer los tejerings, redonditos, tantos como admita la sartén. Y cuando estén doraditos por una parte, se le dan la vuelta hacia la otra. Se sacan con unos palitos alargados, a ser posible de eucalipto, y se ponen sobre un plato.

Con juncos de un manojo que le había traído al Padre Gumersindo, un admirador, del río Guadalquivir, iba ensartando y atando, de cuatro en cuatro los tejerings, y se los iba entregando a los presentes.

Los tejerings, aliviaron la tensión del ambiente, y los estómagos doloridos de los nervios de la reunión...

Tras el almuerzo se redactó un escrito que fue firmado en presencia del Padre Gumersindo por los presentes, y que fue recogido por éste para llevarlo y leerlo a los zorros, que aceptaron las cláusulas del acuerdo que ponía paz entre los cazadores y los animales.

CAPÍTULO XXXI

Donde se narra la paz que llegó a los campos tras el acuerdo alcanzado entre los cazadores y los zorros, y la vuelta del Padre Gumersindo a las Ermitas, donde se dedicó a profundizar en su fe, al estudio y a la meditación, y a redactar las Constituciones de los Nuevos Ermitaños, así como a preparar su viaje a Roma para ver al Santo Padre.

Resueltos los problemas planteados entre animales y cazadores, el Padre Gumersindo, se dedica ahora de lleno a sus trabajos en el campo, la huerta, a la oración y meditación, y al estudio e investigación en la Biblioteca de las Ermitas, así como a la redacción de las Nuevas Constituciones por las que se regirán los ermitaños.

Debido al tiempo caluroso que hace estos días, ya que en Córdoba se han alcanzado los 43° a la sombra, y algo menos en las Ermitas, ya que éstas están sobre los 400 metros de altura sobre el nivel del mar, los peregrinos que vienen a buscar ayuda y a curiosear este género de vida, por si a ellos les pudiera servir para cambiar la suya en una mejor dirección espiritual, han disminuido en cantidad, por lo que el hermano portero ya no tiene que abrir tanto la puerta, y por si viene alguno despistado que se impacienta porque no le abren cuando llama, ha colocado un cartel en el que se lee: *“Esta casa es casa de oración, y todo lo hacemos sin prisa. Si usted la tiene se ha equivocado de lugar. ¡Por favor espere si no se le abre la puerta inmediatamente!”*

Y buscando entre armarios y estanterías, ya tiene el Padre Gumersindo todas las Constituciones que los diferentes obispos les fueron dando a los ermitaños para su relación con la jerarquía, forma de vida, progreso espiritual.

Y pone sobre la mesa el Padre la Constitución que le diera a los solitarios del Desierto de Belén el Obispo don Adolfo Pérez Muñoz y que originó divisiones entre los ermitaños, pues había partidarios de velar por la ortodoxia de la vida eremítica, y, la de los más jóvenes y progresistas que creían que había llegado el momento de dar un cambio a su mentalidad y una mejor adaptación a la vida retirada en los nuevos tiempos que corren.

Y entre las condiciones que don Adolfo sugiere para la admisión de los nuevos ermitaños señala las siguientes:

- Ser de legítimo nacimiento.
- Estar libre de quintas y tener por lo menos 25 años y no haber cumplido los 45.
- Gozar de buena salud.

—Ser de estado soltero, o, viudo sin hijos, y si éste los tiene, que sean mayores de edad y con medios suficientes para subsistir.

— No tener cargas que no puedan pagar.

— Saber leer y escribir.

— No poseer defecto físico o psíquico que le imposibilite el desarrollo con satisfacción sus funciones.

El Padre Gumersindo dejó el libro en la estantería acercándose hacia la ventana para bajar un poco la persiana porque hacía un sol que cegaba en la estancia.

Después prosiguió sus reflexiones en torno a esta Constitución que perseguía el objetivo de ayudar a los ermitaños a conseguir una vida plena de espiritualidad y de mística mediante el acceso a la cultura por medio del estudio, conferencias, charlas, investigación...

Pero una vez que hubo terminado de leer y empaparse bien de lo que había leído, cogió un cuaderno, una pluma y su palillero, lo mojó en el tintero, que sobre la mesa había, y, comenzó a redactar la nueva Constitución, que él, verdadero artífice de la restauración de la vida monástica de la edad moderna, pretendía llevar hasta la misma Roma, al estilo de San Francisco de Asís, para que Su Santidad el Papa, cuya vida guarde Dios muchos años para el bien de la Iglesia, la leyera, estudiara, y, aprobara definitivamente, reanudándose nuevamente la vida eremítica de los Ermitaños del Cerro de las Víboras en la Sierra Cordobesa.

Y en un alarde de buen gusto y creatividad, dibujó dos angelitos en la parte superior del pergamino de piel de conejo, sobre el que estaba escribiendo, que sujetaban con sus brazos una espléndida cartela en la que se podía leer el texto siguiente:

“Nuevas Constituciones renovadas y puestas al día según el mandato de la Santa Madre Iglesia y redactadas por el humilde siervo de Dios, Gumersindo de Nuestra Señora de Belén y de San Antonio Abad y San Pablo, ermitaños, para el bien de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y de su Santa Madre Iglesia y de cuantas personas decidan aceptar la vida eremítica”.

Secó la carta, que tenía la tinta húmeda, con un secador de papel secante y pasó al siguiente pergamino... Pero como se le había acabado la tinta, no tuvo más remedio que ir a buscar los ingredientes necesarios para un nuevo tintero.

Y Gumersindo cogió varias piñas, y, con una piedra fue dándole golpes para que cayera el polvillo negro de su envoltura sobre un trapo. Lo echó en un recipiente con agua y le añadió unas gotas de alcohol de romero.

Lo removió todo enérgicamente y lo dejó en reposo añadiéndole polvo de “zumaque” con el que obtuvo una tinta de superior calidad de coloración marrón con un leve tono tirando hacia un rojizo pardo.

Metió el dedo en el recipiente y vio que la coloración no era muy oscura y que la textura era muy espesa por lo que tuvo que añadirle un poco más de polvo de moras y otro poco de alcohol de romero, obteniendo una tinta de superior calidad y mayor fluidez, que, además, tenía la virtud de no manchar, ya que se disolvía rápidamente en el papel.

Sobre un papel de un viejo cuaderno hizo unas pruebas sobre el papel viendo que el resultado había merecido la pena, y que aquella tinta nueva ganaba en vistosidad y consistencia, a la vez que secaba en menos tiempo que otras. Y se dio por satisfecho, prosiguiendo la redacción de las nuevas Constituciones adaptadas a la época actual.

Dio gracias a Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, porque la Madre Naturaleza tiene todos aquellos productos naturales que nos son de utilidad y los pone a nuestra disposición sin pedirnos nada a cambio.

CAPÍTULO XXXII

Donde se narra cómo el Padre Gumersindo termina de redactar la Nueva Constitución por la que se van a regir los futuros ermitaños del Desierto de Nuestra Señora de Belén, y otros sucesos dignos de ser tenidos en cuenta para el conocimiento de la vida eremítica.

Y ya tenemos metido de lleno en aquellas cosas que le gustan a nuestro querido Padre Gumersindo, como son la meditación, la oración, el trabajo meticuloso, la aplicación de cilicios para domeñar el cuerpo, el estudio, la investigación en la biblioteca de los ermitaños, el contacto diario con las plantas, el cultivo de la huerta, y el aprendizaje del lenguaje de los pájaros para comunicarse con ellos, sentir el contacto del hermano viento en el rostro, y ver las transformaciones que experimentan la hermana Luna y el hermano Sol.

Y ya tiene en su mente un borrador de la nueva Constitución por la que se han de regir los nuevos ermitaños adaptándola a los nuevos tiempos que corren, cosa de la que recela el obispo.

Así, que, para que no se le borren las ideas del cerebro, ha decidido ponerlas por escrito, dándole un soporte, lo que le ha dictado la “inspiración divina”.

Pero antes de proceder a la redacción del borrador de la futura Constitución, nuestro Padre Gumersindo se dirige a la iglesia de las Ermitas, Nuestra Señora de Belén, y, una vez en el atrio, despojándose de toda la ropa, de cintura para arriba, se quita el cilicio que deja ver sus amargas huellas en la carne, y cogiendo unas gruesas cuerdas con nudos, comienza a flagelarse con fuerza todo el cuerpo.

—Toma, cuerpo mío, placer del que no te gusta a ti, — mientras azota con crudeza su cuerpo dándole duros y severos golpes sobre pecho y la espalda.

La sangre comienza a brotar tenuemente sobre las marcas del cilicio, y mientras el cuerpo le pide piedad hacia él, y tranquilidad, que no es para tanto, pues ya le da bastante martirio con el trabajo diario que realiza, le indica que esta flagelación le puede pasar factura, pues se encuentra muy debilitado a causa de la mucha penitencia, el abuso del cilicio, y la parvedad en el comer y en el beber, ya que se encuentra muy debilitado corporalmente, y cualquier infección de la piel va a ser difícil de curar y de sanar.

“El silencio dentro del recinto santo no es total; se oye a lo lejos el ruido provocado por la emisión de la telenovela en un televisor que han

colocado en la hospedería del recinto; es la muerte del silencio en estas santas paredes, ¡golpe fatal al misticismo de la celda!”.

La iglesia “acusa con temor” cada golpe que el Padre Gumersindo descarga sobre su dolorido cuerpo, como si los palos se los estuviera dando ella sobre las paredes y los altares de las viejas capillas adyacentes, esquivando a los santos. Y las lechuzas que se alimentan del aceite de la vieja lámpara del sagrario, se tapan los oídos con las alas para no sentir cómo el látigo va abriendo surcos por la piel del hermano por el que circulan hilos de sangre que llevan los pecados cometidos en su juventud para su expiación.

En la calle, muchos pajarillos que dormían bajo el alero del tejado, asistían impávidos al cruel espectáculo del rudo son de los latigazos sobre la carne ya expiada, que trascendían al exterior en forma de agudos lamentos y quejidos.

Y no teniendo bastante con los golpes que le dio a su carne magullada, ya de anteriores ocasiones, de la mucha penitencia que hacía, y del exceso del cilicio, sino que, dejando la gruesa cuerda anudada, se lo volvió a ajustar con todas sus púas de alambre, hebras de esparto, y espinas del árbol de la pasión, contra su maltrecho cuerpo.

Las lechuzas lloraban de puro espanto, así como los gorriones que buscaban una salida, una oquedad en la iglesia, para irse a un mejor sitio para quedar a salvo de tanta crueldad. Hasta los santos de los altares aledaños pedían al hermano Gumersindo, por el amor de Dios, “que acabara de una vez con aquel terrible sufrimiento contra su cuerpo”.

Y para no gemir, porque el cuerpo se lo pedía insistentemente, apretó los labios, mordéndolos, mientras la sangre salía nuevamente por el “canal de la expiación” hacia su liberación espiritual. El rojo de la sangre bordó de dolor la muy descolorida túnica de la expiación, una vez que se vistió.

Y acercándose a la Santísima Virgen, que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, porque se acordaba de su Santo Hijo, y de sus padecimientos, hasta llegar a la Santa Cruz, comenzó a orar:

— Madre mía, muy amada y querida.

Madre de Nuestro Señor Jesucristo,
ejemplo de resignación
y de aceptación de la voluntad divina,
de amor y entrega ante la tarea
tan ardua que le tocó cumplir,
y a la que no supiste decir ¡no!
para la Redención del Género Humano.

Yo, el más indigno de los siervos del Señor,
Bendito sea Su Santo Nombre,
imploro tu iluminación
para la redacción de esta Constitución

en beneficio de la vida eremítica,
de la Iglesia Católica y del Pueblo de Dios.

Te lo pido por Jesucristo, tu Hijo, Nuestro Señor. Amén.

Y secándose la sangre comenzó a “desabrochar” los labios, a la vez que colocaba la túnica manchada sobre los hombros.

Con paso lento y vacilante, tal fue la intensidad del castigo, se dirigió a su celda.

Cuando se repuso del daño recibido, subió a la biblioteca de las Ermitas y dispuso todo lo necesario para proceder a la redacción del borrador de lo que sería la futura Constitución de los Nuevos Ermitaños del Desierto de Nuestra Señora de Belén, siempre pura. Amén.

**CONSTITUCIÓN POR LA QUE SE REGIRÁN LOS
ERMITAÑOS DEL DESIERTO DE NUESTRA SEÑORA DE BELÉN
REDACTADA POR EL HERMANO GUMERSINDO CON LA
AYUDA DE DIOS PADRE, BENDITO SEA SU SANTO NOMBRE, Y
EL DE NUESTRA MADRE LA VIRGEN DE BELÉN, SIEMPRE
PURA.**

Artículo I

Podrá ser ermitaño cualquier persona, hombre o mujer, de cualquier nacionalidad o procedencia mundial aunque sea de ilegítimo nacimiento.

Artículo II

Podrá ser admitido como ermitaño cualquier persona mayor de 18 años sin límite de edad siempre que se obligue a cumplir con todos los artículos de la Constitución.

Artículo III

Podrán ser admitidos como ermitaños los enfermos que quieran dedicar a Dios Padre, y por el bien de los hombres y mujeres, los dolores de su enfermedad.

Artículo IV

Los aspirantes a ermitaños deberán ser célibes, o viudos, aunque tengan hijos, a los que podrán ver las veces que quieran.

Artículo V

Si un aspirante a ermitaño tiene deudas, la comunidad se hará cargo de las mismas hasta su total extinción.

Artículo VI

Si alguien quiere ser ermitaño y es analfabeto, la comunidad lo admitirá, pero se obligará a aprender a leer, escribir, y las cuatro reglas.

Artículo VII

Si alguien posee un defecto físico, y quiere ser ermitaño, la comunidad lo acogerá como Hijo de Dios que es y hermano nuestro.

Artículo VIII

Todos los bienes que hay en las Ermitas o que aporten los ermitaños con su trabajo son comunes y están a disposición de todos.

Artículo IX

Todos los hermanos ermitaños deben obediencia al Padre Prior y a todos sus superiores, al Santo Padre, y a los preceptos de la Santa Madre Iglesia. Además tendrán votos de castidad, pobreza, obediencia y ayuda a los más pobres en sus necesidades.

Artículo X

Queda prohibida la postulación, y los ermitaños vivirán de la caridad de los cristianos. La entrada a las Ermitas será gratuita para todo el mundo, y las misas que se celebren en la Iglesia, por los difuntos, o por las intenciones de los fieles, también.

Artículo XI

Los ermitaños darán de comer, en la medida de sus posibilidades, a todos aquellos necesitados que se acerquen a las mismas; también le proporcionarán ropa, hospedaje, y atención sanitaria.

Artículo XII

Las personas preferidas de los ermitaños serán los marginados, prostitutas, las madres en gestación en peligro de aborto por cualquier causa, presos, excarcelados, deficientes, enfermos terminales, refugiados y emigrantes.

Artículo XIII

Los trabajos manuales, confección de cestas, rosarios, elaboración de dulces, pan, etc., no se cobrarán; sólo se admitirá “la voluntad” a cambio. Estos donativos irán a la “caja común” de las Ermitas y servirán para el mantenimiento de la Comunidad, y de los hermanos pobres.

Artículo XIV

Sólo se hará una comida a mediodía de lo que haya a mano. Se evitará comer carne de la que sea, ni pescado, para proteger a los animales como seres vivos de la Creación. No se podrá fumar ni beber vino ni licores.

Artículo XV

En las Ermitas sólo se hablará del Reino de Dios, de la Santa Madre Iglesia, y de las necesidades del mundo. No se permitirá ninguna clase de juego.

Artículo XVI

Los ermitaños están obligados a trabajar en la huerta y en el mantenimiento de las Ermitas y sus alrededores, a asistir a las celebraciones litúrgicas, a escuchar las enseñanzas del Padre Prior y Padres Predicadores. Subirán cada día a la biblioteca y copiarán los libros que hagan falta para la extensión del Reino de Dios, y, “someterán su cuerpo al cilicio para alejarlo de las pasiones”.

Cansado de un día tan prolijo y extenuante, el Padre Gumersindo dejó el cuaderno donde había escrito el articulado de las Nuevas Constituciones en un cajón cerrándolo con llave, ya, que, desde que había comunicado su voluntad de escribir una Nueva Constitución para los ermitaños, estaban ocurriendo “movimientos sospechosos” en el recinto destinados a ver qué es lo que se plasmaba en el papel...

Dirigiéndose a la Santa Iglesia se postró ante los pies de Nuestra Señora de Belén, siempre pura, dándole gracias por la ayuda e iluminación que le había concedido Jesucristo para la redacción de la Nueva Constitución, para él, por la intercepción de ella, Bendito sea Su Santo Nombre y el de su amado Hijo.

El día se iba” durmiendo” poco a poco en el regazo de la noche, que vestida de sus mejores galas, con sábanas de vivos colores, del ocaso más divino, lo iban arropando con mimo.

Y los árboles plegaban sus hojas para acurrucar a sus amigos los pájaros que se refugiaban entre sus pliegues para huir de sus depredadores.

CAPÍTULO XXXIII

Donde se narra la llamada que el Señor Obispo de Córdoba hace al Padre Gumersindo alarmado por las noticias que corren por Córdoba sobre la “liberalidad” de su Constitución para los nuevos solitarios de las Ermitas.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Que el Señor Obispo de Córdoba mandó a un emisario suyo a las puertas mismas del Desierto de Belén.

El mensaje que llevaba era claro y sencillo: Debería contar con la opinión del Señor Obispo para todo lo relacionado con la redacción del articulado de la Constitución.

Así, que, el hombre, llegó hasta las mismas puertas de las Ermitas, para hablar con el Padre.

Pero no tuvo necesidad de tocar la campana de la puerta de las Ermitas, ni de llamar a la puerta, porque se encontraba en las puertas mismas del casi cielo, donde un santo, atendía a enfermos, hambrientos y desheredados de la fortuna, que con sus patas de palo, su hambre, sus llagas, su fiebre, sus penalidades, estaban allí, para en la medida de lo posible, ser atendidos por el Padre Gumersindo.

Y cuando el buen hombre, enviado del Obispo, ve este acto de amor, terriblemente lleno de humanidad, con los más desvalidos, no piensa en el motivo que le ha llevado hasta allí, y despojándose de su manto, se pone manos a la obra ayudando al Padre Gumersindo, como un ermitaño más, en su acto de caridad para con los necesitados.

Y, oh sorpresa, ni vuelve a Córdoba, ni le comenta al Padre Gumersindo lo que le ha traído hasta aquí, ni que viene de parte del Señor Obispo de Córdoba.

Piensa en lo que sus ojos han visto: la caridad real, al mismo Cristo ayudando a los pobres, que su vida no tenía sentido desde hace muchos años, y que el cristianismo, es, caridad para con los más pobres, y que todo cristiano debe de basar su actuación para con el prójimo en la práctica de la caridad, y que de ahora en adelante se cambia su vida por esta otra.

Y cayendo de rodillas, este hombre de buen traje talar, al que acompañan un secretario y mozos de carruaje, pide, ante la sorpresa de todos, que el Padre Gumersindo le admita en la congregación.

— Desde hoy, Padre Santo, le pido por el amor de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, y por los méritos de su Hijo Nuestro Señor Jesucristo, me admita como el más humilde servidor en la Congregación del Desierto de Nuestra Señora de Belén, para dedicarme a la oración, para practicar la

caridad con los pobres, y entregarme al servicio de Dios Padre, de su Hijo Jesucristo, y de su Santa Madre la Virgen Nuestra Señora de Belén, y de la Santa Madre la Iglesia Católica.

—Así sea. Amén— dijo el Padre Gumersindo que no había parado ni un momento de atender a los menesterosos y enfermos.

La fama del Padre Gumersindo se ha extendido a toda Andalucía siendo numerosas las personas que acuden desde toda España hasta las Ermitas buscando el sabio consejo del Padre para tratar de enmendar sus erradas vidas, no parando en todo el día de atender a tantísima persona que acude hasta las Ermitas.

Y el Padre Gumersindo, que ya no puede atender a cuantos se llegan hasta este santo lugar, tiene que abandonar otras tareas menores que realizaba hasta ahora para dedicar todas sus energías a esta nueva.

Así le ha ocurrido con la huerta, que de no poder regarla, las hortalizas se están secando, por lo que ha venido como un regalo del cielo, ¡nunca mejor dicho!, una pareja de ángeles agricultores que enseguida se han puesto manos a la obra.

Y como lo que allí han visto, no le gustaba mucho, porque las plantas, tienen algunas enfermedades, desconocidas en la “huerta del cielo” como la mosca, la tuta, el barrenillo, han arrancado todo lo que se encontraba dañado, y han dado un saltito hacia allí arriba para traer de la “huerta celestial” plantas que van a dar mucho que hablar.

Y una vez aquí en la Tierra, han procedido a la siembra, pero no sin antes remover la tierra y recomponerla con tierra del “Edén del Cielo”, perfecta en todos los sentidos, sin insectos, ni plagas, ni malformaciones genéticas.

Y lo que tarda en crecer aquí entre nosotros, tres o cuatro meses, en dos o tres días ya está listo para recoger la cosecha celestial, que una vez cogida, se reproduce con agilidad una y otra vez, produciendo en abundancia para llenar muchas cestas. ¡ Los pobres no van a pasar necesidad nunca más! ¡Que traigan sus capazos y los llenen porque cuanto más fruto se le quita a la planta, más produce!

CAPÍTULO XXXIV

De los prodigios que obra el Padre Gumersindo, y de otras cosas dignas de ser conocidas por el común de los mortales.

Se ha extendido la fama del Padre Gumersindo por todas partes. Dicen, que en la Córdoba de las Tres Culturas, hay un ermitaño que cura males sin solución, ya que son muchos los enfermos terminales que han vuelto a sonreír gracias a sus poderes especiales.

De toda España, y de muchos países europeos y africanos, numerosas personas hacen los preparativos para el viaje hacia la ciudad del Puente Romano, Medina Azahara, y la Mezquita Catedral, para ponerse en manos del Santo Padre.

Y esta multitud de seres que vienen hasta las Santas Ermitas buscando un rayo de esperanza para sus dolencias, están trayendo mucha riqueza a la capital cordobesa, porque estas criaturas tienen que buscar posada, diligencia y condumio, no sólo para ellos, sino para los que les acompañan, que no son pocos, haciendo un gasto que repercute y beneficia a la ciudad.

Pero también hay mucho espabilado que aprovechándose de los milagros del Padre Gumersindo, y de su falta de tiempo para atender a todos los enfermos que llegan hasta las Ermitas, abusan de la buena voluntad de estos enfermos— peregrinos para encauzarlos hacia otros lugares donde no se hacen milagros pero sí que “engordan la bola” en beneficio propio.

Hay personas que se hacen pasar por santones, pero que no lo son en realidad, y meten la “bacalá” a la gente con promesas y curaciones que nunca llegan a ser efectivas.

Hay un santón que lleva nueve años con la mano derecha erguida, ¡y ya no puede moverla”. Pues, la gente, lo considera un santón, cuando es un mero “dejao y aprovechao” del que se acerca, pues le promete curación para su mal con pócimas hechas con hierbas, que ni él conoce, y, que en vez de curar la enfermedad, llevan al enfermo aceleradamente hacia el otro mundo. Y cuando le preguntan por qué murió aquel enfermo, contestan que “Dios lo llevó a un mejor lugar y lo libró de tanto dolor”, cosa que la gente agradece aunque no le haya hecho el milagro de sanarlo.

Hay otro santo que dicen que cura el glaucoma y las cataratas con hojas de olivo refregándolas por los ojos. ¡Dicen las malas lenguas que más de uno se ha quedado ciego al recibir un pinchazo en la misma “niña” del ojo!

El Santo Migué es un experto en descolocar los huesos de los animales de su sitio para volverlos a su exacto lugar. Y las gentes, cuando ven que los pobres gatos se quedan como cuando una marioneta se cae porque le aflojan las cuerdas, la gente se apena del pobre animal, pero, después, cuando el Santo Migué lo vuelve a “entalabartar” y coloca todo hueso en el sitio donde debe de estar, y el animal corre como alma que lleva el putito demonio, “rebobinan en sus cortas luces”, y, piensan en que el santón recomponga a algún familiar que lleva años sentado en el sillón con cada hueso por su sitio...

Por la parte de Málaga es el Santo Nicomédito por su juventud el líder en hacer de las suyas, y dice que su poder le viene de un avistamiento que tuvo de seres extraterrestres que lo subieron a la nave espacial, y después de estudiarlo detenidamente y copiarle sus genes, le hicieron tanta gracia a los alienígenas sus curaciones y efectos de magia, que le enseñaron la manera de operar sin rajar, y así cura las hernias inguinales, los divertículos y los entuertos, y aún más, le da la vuelta al estómago quitándole las úlceras y dejando el estómago tan nuevo, como si de la vuelta a un traje se tratara.

Es tanta la gente que tiene para pasar consulta que da números con la antelación de seis meses, pero si viene alguien muy importante que tiene urgencia de que lo vea, el santo lo visita desde la cama a altas horas de la noche, como Maimónides, Moises Ben Maimón cuando trabajaba bajo la tutela del Faraón de Egipto.

Tampoco el Santito Nicomedito cobra por la consulta, ni por el tratamiento, y lo que saca lo dedica a ayudar a los más desfavorecidos, dejando una pequeña parte para su familia y allegados, a los que alimenta casi con lo que la gente le regala de su cosecha, por lo que no es difícil ver cómo las crujías del “terrao” de su casa de Málaga está “janchado” de tanto peso, de frutas, como las peras de San Juan, las camuesas de Priego de Córdoba, los higos secos de la Sierra de Albayate, la carne de membrillo de Puente Genil, los melones de coronilla de los zagrilleros, los quesos de Zuheros, los jamones de Pozoblanco en Sierra Morena, los chorizos y las morcillas de la matanza del marrano del terreno, las “tajás” lomo de orza, la pringue “colorá”, las pajarillas, tanto las tiernas, como las blandas y de patatas.

En las Covachas de Santa Ana, en el término municipal de Córdoba, en la Sierra la Morena, un santón habilitó unas cochineras para mortificar su cuerpo y “darle caña” para aminorar las pasiones de la carne, y para más inri, no sacó el estiércol de los marranos, en el que dormía, teniendo un tronco de quejigo por almohada que compartía con los abejorros, que como ya lo conocían, no le hacían nada, como cuando la Tere empezó un día a hurgar dentro de él para espantar a aquellos bichos de allí y que se fueran con su “p. m” que no hacían nada más que dar “p.c”., y los abejorros,

celosos de su casa le picaron a la Tere en la cara poniéndosela tan “hinchá” como el culo de alguien que se sentó sobre las hojas de unos higos chumbos.

En Las Cuevas hay un hombre maduro que no quiere que le llamen santo porque dice, que santo y uno, sólo hay Uno , que es el Grande, el Dadivoso, el Pacífico, el Magnánimo, el Creador, el Salvador, y, éste es, Dios padre, Hijo y Espíritu Santo, Bendito sea Su Santo Nombre, el que debe de ser respetado, bendecido y reverenciado, así, que , permite que le llamen hermano Manuel, y, que, por su mucha práctica, y por lo que dicen, cura las “pupas vivas” cuando éstas están en su comienzo aplicando sobre ellas las hierbas que la Madre Naturaleza ha puesto a su alcance, y que nadie como él conoce sus propiedades curativas que ha adquirido en sus largas caminatas por los bosques locales, y aún más, allende nuestras fronteras.

Algunos dicen que fue alumno del Dalai Lama allá en el Tíbet, en cuyos monasterios convivió, rezó, y, estudió con los monjes de Lasa.

Pero a mí me parece que las hierbas que usa me son familiares por sus formas y por los olores que destilan a poleo, alhucema, romero, tomillo rojo, salvia, lavanda, y otros que ahora no recuerdo.

Y digo esto porque una vecina que tenía una verruga grande como un tomate en el abdomen, y que cuando se la quitaban, se reproducía una y otra vez, y que había recorrido los lugares donde estaban los mejores doctores y curanderos del país, no habiendo encontrado curación en ningún lugar, ni con ningún sanitario, ni con los mejores curanderos del país, ni con tratamiento alguno que le pusieron sobre esa fea y desagradable hinchazón que tenía en la barriga, curándosele definitivamente al aplicarle jugo de breva bravía sobre el mal, que pasó de protuberancia fea e indigna, a llanura bella y larga, yéndose a vivir la pestilente verruga al mundo de los males muertos dándonos a nosotros la alegría de los vivos el día en que desapareció.

Hay otros “santitos” distribuidos por la geografía española, y a los que llamo así porque sus curaciones no son importantes, y de los que no es necesario hablar hasta que estén “granados” y engrosen la lista de los que hicieron grandes proezas al devolver la salud a muchos seres humanos.

Así que vuelvo con mi mente a las Ermitas, ya que en sus puertas se observa mucho carruaje con sus cocheros; muchos más que de costumbre.

¿Y quién será la persona que ha conducido hasta este santo lugar a tanto carruaje, y tanta gente?...porque de un “cualquiera” no se trata, porque los “cualquiera”, los pobrecitos, están más tiesos que la mojama, y, a lo más que llegan, es, a pedir prestada una mula a un vecino, para encaramados en ella, subir a los dominios del Padre Gumersindo.

Ya se han abierto las puertas de las Ermitas y aparece tras de ellas el Santo Padre Gumersindo que provoca en los presentes un halo de admiración y respeto ante los que esperan su aparición.

Ahora, en el silencio más grande, el Padre se arrodilla, arrodillándose también los presentes.

De pronto, rompiendo el silencio sepulcral que domina el escenario, se oye un griterío de lamentos que no cesan, y, es, que traen en unas parihuelas a una mujer joven.

Su rostro es bello como el amanecer, y sus cabellos son de oro fino tallados por los mejores orfebres, arremolinados en tirabuzones que caen hasta el suelo, y que viste una túnica violeta con ribetes de encaje blanco.

Delante de este cortejo vienen sus padres, que al ver al Padre Gumersindo, santo, le imploran su bendición para su hija y la curación, pues lleva postrada así muchos años, teniendo sus miembros atrofiados sin poder abandonar la cama, que ya se les ha secado el pozo de las lágrimas, de tanto sufrir y pedir por su curación.

Dicen que son de Surinán y que llevan muchos años buscando curación y movilidad para su hija a través de medio mundo habiéndola visto ya muchos curanderos, pero que le hablaron muy bien del Padre Gumersindo, allá por la India, hasta donde había llegado su gran fama, porque habían gastado ya casi toda su fortuna, pero que estaban dispuestos a darle al santo padre el resto si la curaba.

El Padre Gumersindo se acerca hasta la chica y la observa tocando sus miembros insensibles y atrofiados en los que la sensibilidad ya fue un bien de su juventud. Les dice a los porteadores:

— Llevad a la chica hasta los pies de Nuestra Señora de Belén, Bendito sea Su Santo Nombre, y depositadla en el suelo.

Los criados de tan grandes dignidades cogen las parihuelas, y en actitud solemne la llevan a través del paseo de los cipreses y la depositan en el suelo ante la Señora de Belén, como el padre les ha dicho.

Y un coro extraño, al que nadie ve, pero que se oye con mucha grandeza y finura, interpreta “Hoy es el día del Señor”.

El Padre Gumersindo se lava las manos con agua bendita y se pone sobre la cabeza su capucha, porque nadie, nadie, debe osar ponerse en la presencia de Dios al descubierto, dejando visible su sucio pelo.

Bendice el altar y lo perfuma con incienso de Surinán que han traído los padres de la doncella, a la vez que cae de bruces en el suelo, cosa que imitan los presentes, y reza:

—*Bendita seas, Madre del Señor, Madre del Creador, Madre del Redentor del género humano, Bendito sea su Santo Nombre.*

—*Bendito sea Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios Padre, sumiso y obediente hasta recibir la muerte en la Cruz.*

— *Bendito sea el Espíritu Santo, Dios como el Padre y el Hijo, íntimamente unidos en un solo Dios.*

Yo, humilde siervo de los Tres, y el más indigno de todos los seres humanos que osan pisar este templo, os pido, por el amor que le tenéis a la Creación, obra vuestra, perfecta e irrepetible, sin mancha ni defecto alguno, os dignéis curar a esta criatura para la Gloria de Dios y de la Santa Iglesia.

Se hace un ligero silencio en la iglesia. Se oye el crujir de las vigas que se “estremecen” ante tanto dolor reflejado en aquella dulce criatura, pero, de golpe, como si de un volcán se tratara, se oye un gran estruendo dentro de la iglesia ante el cual huyen despavoridos los pájaros que buscan refugio del calor en la misma durante las horas duras del día en las que la canícula trata de devorarlo todo para su satisfacción; también parte de los presentes salen aterrados de la iglesia buscando protección a cielo abierto.

tras la tempestad viene la calma, con la doncella, más linda que nunca, que se levanta y se dirige al Padre Gumersindo ante el cual se arrodilla en señal de agradecimiento, pero el Padre Gumersindo la coge de la mano y la lleva hasta los pies de Nuestra Señora de Belén, artífice del prodigio; ambos postrados rezan y agradecen a la siempre Pura y casta su intercesión ante Nuestro Señor Jesucristo para la realización de este gran milagro que realizara también, ya atrás en el tiempo, para la viuda de Naín, curando a su hija.

La gente canta “Gloria a dios en los Cielos y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad” y el Coro Celestial los acompaña con todos los instrumentos celestiales de que disponen.

CAPÍTULO XXXV

Donde se narra la impaciencia del Obispo por subir a las Ermitas.

Ya tenemos al Señor Obispo de Córdoba montado en su carruaje tirado por bellos caballos andaluces dispuesto a subir hacia las Ermitas de Córdoba por la Cuesta del Reventón.

Ya tenemos al Señor Obispo con todo su séquito subido en el bello coche de caballos tirado por briosos corceles cuyo final será una sorpresa para todos.

Y la verdad, es, que lo ha preparado todo minuciosamente para volver con el Padre Gumersindo, y su secretario, al Palacio Arzobispal, abandonando las Ermitas.

¿Qué beneficios puede tener para la ciudad de Córdoba el restablecer la vida eremítica en el Desierto de Nuestra Señora de Belén?

Sinceramente, el Señor Obispo cree que ninguno, porque los ermitaños, algunos de los que vivían allí en los últimos años eran unos hombres toscos e incultos que iban por libre en las cosas de la Iglesia y que no acataban muchas veces las enseñanzas del Obispo. Personas apegadas al campo a los que les preocupaba más el buscar el condumio de cada día con el cultivo de la huerta y los trabajos manuales que hacían, o, postulando por la ciudad, que su preparación intelectual.

Tras superar un pequeño accidente del camino con el que chocó una rueda rompiéndose algunos radios de la misma, reanudan el camino hacia las Ermitas con gran “pesadumbre” de los caballos que no pueden tirar de tan pesado carruaje y sus pasajeros. Los cocheros usan el látigo con dureza, cosa que no le gusta al Obispo, pero que es necesario, al decir de los que conducen el carruaje, y cuya responsabilidad es, llevarlos hasta las mismas puertas de las Ermitas.

Los repetidos latigazos en los lomos de los caballos avivan en éstos el deseo de llegar pronto al destino para no recibir más golpes en sus doloridos cuerpos que no pueden tirar del carruaje por tan empinada cuesta.

Y ya tenemos al Señor Obispo y toda su comitiva en las mismísimas puertas de las Ermitas en las que la primera estampa que se ve es la del Padre Gumersindo y el secretario atendiendo a numerosos enfermos y menesterosos proporcionándoles cuidados para sus cuerpos y repartiendo comida para los hambrientos.

Son muchos los necesitados que llegan hasta el eremitorio para recibir comida; tal es la penuria de alimentos que se extiende por la ciudad

a causa de dos años de prolongada sequía en la que los campos no han podido criar las semillas que sembraron.

Ni el Duende del nacimiento de La Milana de Priego de Córdoba ha salido en estos tiempos ya que no tenía fuerzas ni para echar el agua fuera de sus entrañas.

Y la gente tiene miedo de que llegue a acabarse el agua para la bebida por lo que la almacenan en tinajas dentro de sus casas por si la necesidad hiciera falta sacarla.

Y hay muchas criaturas que se tiran a esos campos en busca de cuatro hierbas para comer, o de frutas, a las que la sequía las aminoró en su tamaño pero no pudo con ellas.

Alguien del Gobierno de España, o de la Santa Madre Iglesia, debería de ocuparse de tanta gente que pasa hambre en la ciudad, y, así evitar ese calvario tan terrible que supone para los extenuados el tener que subir tan empinada cuesta para recibir comida.

Y no lo hacen, porque las arcas del obispado no están tan boyantes como cree la gente, y por el problema que supone que una multitud se agolpe a las puertas de palacio y puedan provocar tumultos y peleas. Así, que, son los conventos, por orden del Obispado, los que se encargan de dar comida a los verdaderamente necesitados, pidiendo documentos que acrediten que son menesterosos y no aprovechados de la situación.

Y cuando el Señor Obispo ve a su secretario vestido de ermitaño distribuyendo alimentos a los pobres y curando de sus heridas a los enfermos, no sale de su sorpresa, y se da cuenta de que él fue uno de tantos equivocados en su labor, ya que dedicaron el tiempo al estudio y la investigación, y se olvidaron de ver la cara de Jesús en los pobres y en los enfermos, atendiéndolos.

El Señor Obispo, sin mediar palabra con el padre Gumersindo, se quita el sombrero y el manteo, y arremangándose, pone manos a la faena ante el asombro de los presentes y sus acompañantes a los que dirige un mensaje:

— Iros para Córdoba, que yo me quedo en las Ermitas atendiendo a los pobres y enfermos. Ya escribiré una carta al Santo Padre pidiendo mi renuncia porque quiero pasar mis últimos días en estos parajes con estos santos ayudando a los necesitados, templando mi cuerpo con el silicio, y, dedicado a la oración, la meditación y el trabajo de la huerta.

Y el séquito se queda de piedra cuando oye las palabras del Obispo y no dan crédito a lo que ven sus ojos, porque muchos de ellos ven peligrar sus puestos de trabajo cuando venga el nuevo obispo, porque ya se sabe que a cambio de dignidad, cambio de personal.

CAPÍTULO XXXVI

Donde se cuentan los rumores que llegan hasta la ciudad del Vaticano por las cosas extraordinarias que siguen sucediendo en las Ermitas de Córdoba y otras cosas dignas de mencionar.

Y es que los rumores que llegan hasta Roma de las cosas extraordinarias no son rumores sino la pura verdad de lo que está sucediendo en el lugar santo de las Ermitas.

Y los que rumorean se quedan cortos al contar lo que han visto u oído que es poco menos de lo que sucede en el Monte de las Víboras y que tiene como protagonista al Padre Gumersindo tutelado por Dios para que todos vean cuán grande es su poder y su gloria, amén.

La vida de oración, caridad, trabajo, estudio y penitencia de los ermitaños, ha hecho, que Dios Padre, Bendito sea Su Santo Nombre, haya dotado de poderes extraordinarios a los ermitaños del Desierto de Nuestra Señora de Belén, del Monte de las Víboras, y del Despeñadero de los Lobos.

Se suceden las curaciones milagrosas, casi a diario, los cambios de vida de los descarriados para mejor, el abandono de situaciones de mancebía de personas que llegan hasta la tierra santa, e incluso hasta algunos deciden retirarse a las Ermitas con el que poner a salvo su vida de pecadores, de prostitutas que dejan su vida en el lodazal cuando ven la Luz y deciden abandonarlo todo para ingresar como ermitaños ahí donde la paz y el amor es el pendón que enarbolan los santos, sacerdotes de vida poco ejemplar que renuncian al pasado de escollera y fango y entran por el camino limpio y luminoso de piedad, amor, sacrificio, caridad, estudio y oración, criaturas que no faltándoles nada en la vida renuncian a todo y lo reparten todo entre los pobres para vivir vida de pobres como Jesucristo que no tuvo ni deseó nada más que salvar al género humano, cojos que no andan y salen corriendo cuesta abajo por la Cuesta del Reventón, ciegos del glaucoma puto que salen de las Ermitas viendo hasta la letra pequeña de los contratos de las casas comerciales, mudos que recuperan el chorro de voz para ponerlo al servicio de la Iglesia.

Y no hay ni un solo día en que alguien que se llega a Roma no lleve de viva voz la narración de los prodigios que se obran en aquella Santa Casa a diario.

Y como las cosas hay que aclararlas para el bien de la Iglesia, el Santo Padre, Santo entre los Santos, que será, y que Dios lo conserve para el bien de la Santa madre Iglesia, y del Pueblo de Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, ha llamado al Nuncio en España para que le lleve lo más

pronto posible un informe detallado con todo lo que está ocurriendo ahí en las “Casitas blancas como palomas”, de curaciones extraordinarias de enfermos sin solución, que está poniendo de moda el nombre de Córdoba entre los más desfavorecidos de la salud que buscan sanación para sus males.

Y el informe llega pronto con el Nuncio hasta Roma, y el Papa en persona lo recibe en sus propias manos, que lo lee en el acto que va de unas manos a las otras.

El Santo Padre, que Dios nos lo conserve muchos años para luchar contra los enemigos de la Roca que quieren excavar alrededor de ella hasta conseguir que se hunda y no se levante jamás, lee y relea.

Terminada la lectura del informe del Nuncio se dirige a su escritorio donde con pluma de ave escribe de su puño y letra con tinta de la mejor calidad una carta para que sea entregada al Padre Gumersindo. Y la lacran con el sello del Pontífice, y la anudan con el lazo papal con los colores de la bandera vaticana, pidiendo al Camarlengo que salgan inmediatamente para Córdoba dos delegados suyos, porque el asunto, dada su importancia, no permite la menor demora.

Lo que llevan escrito, sellado y lacrado los enviados del Vaticano nadie lo sabe. Veremos a ver si se filtra algo cuando lleguen al Desierto de Belén.

Y la vida de las Ermitas, sigue viva, y es fuego, llama que no se apaga, brasa ardiente que no palidece, rescoldo que no se oscurece, viento que no amaina, galerna que no cesa, y, los ermitaños la mantienen muy viva en las diferentes tareas que tienen encomendadas para el bien del Eremitorio y de la Santa Iglesia.

Y se despliega mucha actividad en todos los órdenes y campos, ya sea en el mantenimiento de las distintas ermitas, muy deterioradas algunas, en el cultivo de la huerta, donde hay mucho que regar, en los cultos, porque con la llegada del señor obispo, ahora ermitaño, y no sé si emérito, se dicen dos misas cada día, una por la mañana, y otra al atardecer; también se reza el Santo Rosario como encomendó la Santísima Virgen de Fátima a los pastorcitos para que se convirtiera Rusia, y se atiende a todo el que llega tratando de resolver sus problemas, o angustias, si los trae; por todos estos motivos no se para ni un momento en el Monte de las Víboras!

El aseo de la casa, la preparación de la comida, el estudio e investigación en la biblioteca, la labor de copista de libros antiguos para que no se pierda la tradición que antaño tuvieron los monasterios, el mantenimiento del herbolario con la recolección, clasificación y preparación de las plantas medicinales más corrientes en la zona, así como la realización de pequeños trabajos manuales, que una vez vendidos, hagan impensable que haya que pedir a la gente para el mantenimiento del eremitorio y de los ermitaños que el mismo alberga, y también el cuidado

de la huerta, la atención a los peregrinos, enfermos, necesitados, y, la instalación del molino para la fabricación del aceite y la obtención de miel de abeja.

Muchos trabajos para tan pocos ermitaños, máxime, cuando el Señor Obispo, dada su edad avanzada, no puede hacer casi nada; sólo decir misa, rezar el Santo Rosario y sentarse en el sillón del obispo” esculpido en piedra caliza, que en un ángulo de la explanada del Sagrado Corazón, mira hacia Jerusalén, donde murió por todos nosotros el Señor , Bendito sea Su Santo Nombre, entregando su vida por todos nosotros, sin recibir nada a cambio que no fueran latigazos, escupitajos, insultos, burlas, humillaciones, heridas, corona de espinas con la que hicieron burlas los mamarrachos de Maragall y Carol Rovira que se la pusieron en Jerusalén para mofarse del divino redentor, sin que les ocurriese lo más mínimo porque sabían que los cristianos perdonan las ofensas poniendo la otra mejilla cuando les pegan y ofenden.¡ Menudos pájaros! Porque hay por ahí mucho avispado que al enterarse de que uno es cristiano pues se aprovecha , porque el cristiano, según el Evangelio, presenta la otra mejilla, a no ser que se le tuerzan los cables y responda contraviniendo las enseñanzas de Nuestro Señor, Bendito sea Su Santo Nombre, amén, teniendo que ir después a confesarse con el sacerdote para que le ponga la penitencia oportuna para la remisión de la pena, y a pesar de que todavía no ha aparecido en España eso que llaman Internet, ni tv, donde las noticias vuelan más que el sonido, y los sucesos van a gran velocidad para ser conocidos, y todo el mundo se entera de lo ocurrido aunque sea a través de los ciegos que con sus lazarillos andan por los pueblos dando a conocer las noticias ilustrándolas con el puntero sobre el panel en el que se ven los dibujos de lo ocurrido.

Y así, hasta las Ermitas Santas llegó el otro día una santa mujer que decía haber escuchado muchas de estas historias a un ciego.

Y como es la hora de la cena, y aunque hoy sólo se coma sopa de ajo con picatostes, con un huevo, hay que comer, porque el trabajo nos exige que estemos fuertes para hacer frente a él por el bien de la Iglesia y del Pueblo de Dios en su peregrinación celestial,

Hoy, con su permiso vamos a cerrar el telar, y mañana, si Dios quiere, Bendito sea Su Santo Nombre, proseguiremos con la narración que no es moco de pavo.

Que pasen una buena noche, y que Dios, Bendito sea Su Santo Nombre, los bendiga con toda clase de dones celestiales y terrenales, y si alguno de nuestros hermanos ha muerto pues que Dios lo tenga en su gloria, recemos por él para que Dios lo acoja en el cielo, y tarde muchos días en acordarse de nosotros, amén.

Y no olvidemos pedir por nuestros difuntos para que salgan lo más pronto posible del Purgatorio porque pronto lo pondrán en entredicho diciendo que no existe ¡Al tiempo!

CAPÍTULO XXXVII

Donde se narra cómo en los pueblos y ciudades de España los trovadores hablan de los prodigios que se están realizando en las Ermitas de Córdoba por un grupo de solitarios.

Porque los hechos que están acaeciendo en las Ermitas de Córdoba no tienen explicación natural y bendita sea la hora en que los ermitaños volvieron a habitarlo nuevamente; no tienen explicación natural por parte de científicos y médicos, ya que dadas las patologías que allí se curan, sólo son atribuibles a alguna causa sobrenatural, y en eso tiene mucho que ver el Padre Dios.

Y como estos hechos se suceden a diario, y como las gentes que acuden hasta allí desde toda España, y hasta del extranjero, buscando curación, son cada vez más, por las plazas de los pueblos, los trovadores, cantan estos hechos, a la vez que señalan con el puntero sobre las láminas que dan un reflejo casi real de los hechos acaecidos.

Y el trovador canta:

*En la ciudad de la Mezquita,
también la de la Catedral cristiana,
la del puente Romano,
ocurren últimamente,
unos hechos muy extraños.*

*Allí, en lo alto de un monte,
en un lugar muy apartado,
vive un monje piadoso,
al que llaman ermitaño.
Hasta él se llega Miguel Cuesta,
vecino de Guarromán,
lo acercan hasta las Ermitas,
porque no puede andar.*

*Así lleva muchos años,
de la cama al sofá,
que hasta para dar de cuerpo
lo tienen que acompañar.*

*Porque llegó hasta allí,
sin poder caminar,
y la Cuesta del Reventón,
se le volvió infernal.*

*Y presentado en el Desierto,
que llaman de Belén,*

*el ermitaño Gumersindo,
a Dios lo encomendará
devolviéndole en el acto
toda su movilidad.*

*Adiós a las muletas,
adiós a los bastones de encina,
que ahora mismo los echen al fuego,
o los den a mi vecina.*

*Despidan a los cuidadores,
de ahora en adelante,
ya no necesitaré valedores.*

*Le doy las gracias más grandes
a todos los que me ayudaron;
y, en especial al Padre Gumersindo,
que oró a Dios por mi curación,
venciendo al inmovilismo.*

*Y, ahora,
después de este hecho milagroso,
bajaré la Cuesta del Reventón
porque lo mismo me da subirla,
que bajarla de un tirón.*

*¡Y sin muletas ni bastón!
Gracias le sean dadas,
al Padre Gumersindo,
y a nuestro Padre Dios,
por la curación del hermano,
que las muletas tiró.*

Así canturreaba el ciego ante un auditorio entregado. Y el lazarillo iba pasando el puntero de viñeta en viñeta reflejando gráficamente los hechos sobrenaturales que allí habían ocurrido, en el Desierto de Belén.

Pero, como el demonio, puto cabrón, siempre está al acecho para llevar las almas al infierno y así alimentar el fuego eterno, se metió dentro de uno de los presentes, y anulando su voluntad, lo obligó a decir:

— Brujería, brujería. Todo lo que ocurre en las Ermitas de Córdoba no es hecho por Dios; son casos de brujería de unos frailes solitarios que así atraen a la gente para su redil haciéndoles ver cosas que no ocurren.

El ciego trovador paró de cantar y el lazarillo dirigiendo el puntero hacia la persona que “blasfemaba,” dijo:

— El de las voces, ese es el que ha dicho que lo que ocurre en las Ermitas de Córdoba es brujería y no milagros de Dios, señalando hacia la posición en que estaba el miserable.

Una señora que iba de compras a la plaza lo increpó también diciendo: — ¿Han visto un lenguaje más impío y descarado? Si no cree en estas cosas váyase a su casa y no venga aquí donde los creyentes somos mayoría y pensamos que Dios se está revelando en las Ermitas por medio de milagros.

Y cogiendo la cruz la puso sobre la cara del interfecto que cayendo al suelo dejó escapar el demonio que llevaba dentro quedando todos extrañados ante los terribles bramidos que el puto cabrón daba al verse sorprendido in fraganti.

CAPÍTULO XXXVIII

Donde se cuenta cómo los ermitaños comienzan la adecuación de un viejo molino de aceitunas para no tener que hacer la póstula y otras cosas dignas de mención.

Y como el tener que pedir no es cómodo para el que lo hace, ni para el que entrega el donativo, muchas veces, los amigos ermitaños, puestos de común acuerdo, deciden poner en marcha el viejo molino que había en las Ermitas para fabricar aceite aprovechando los numerosos olivos que había por los alrededores para no tener que postular y ganarse la vida con el sudor de su cuerpo.

Y empezaron la tarea llamando a un picapedrero que tuvo que picar los rulos del viejo molino que estaban muy desgastados por las últimas moliendas realizadas en el molino de las Ermitas.

Y ahí está el hombre luchando con la maza y el cincel, dale que dale a cada trocito de estas piedras cónicas que con sus “dientes” afilados le meterán mejores mordiscos a las aceitunas, y entre golpe y golpe contra la piedra granítica, el hombre suda lo que no hay en el mundo, pero para mitigar estos esfuerzos tratando de poner en condiciones para la molturación a estas piedras, echa mano al porrón de barro hecho en las Ramblas de Córdoba, en sus talleres de alfareros, y que mantiene el agua fresquita, y así, entre traguito y traguito de agua fresca, se soporta mejor el calor del esfuerzo, y el ambiente, que no es poco.

Y entre trago y trago los duelos son menos, llegando la hora del bocadillo, porque para tirar de la maza y el cincel, se necesita fuerza, y algo que reponga las energías gastadas en la pelea contra la piedra que no se deja fácilmente adecuar.

Y el buen hombre saca de la vieja talega un cuarterón de pan blanco, dos trozos de chorizo, y una buena lata de pringue “colorá” con la que hermana el pan, y el chorizo, haciendo un trío gastronómico que para sí quisieran muchos chef modernos.

Y entre mordisco y mordisco le chorrea la pringue por la boca pareciendo que ha sido víctima de un atentado provocado por una esquirola de una piedra esquivia y maliciosa.

Y terminado el chorizo, el pan y la pringue, abre la fiambarrera, y sacando la faca, y abriéndola de par en par, la hunde en un cuarterón virgen de pan para meterle unos trozos de torreznos de beta que corta a tiras con la navaja, disponiéndose a disfrutar de uno de los manjares prohibidos por la medicina moderna para luchar contra el colesterol

Después de este desayuno a prueba de estómagos recios y sin problemas de picaduras ni ácidos, van reapareciendo las fuerzas perdidas del desgaste provocado por el esfuerzo del choque de la maza y el cincel contra la piedra granítica.

Poco a poco, el rulo, esa piedra cónica que gira sobre otra que le sirve de base, para molturar las aceitunas, va enseñando su nueva dentadura con un rostro más hermoso y menos desdentado, que va a acometer con dulzura la trituración de las aceitunas sacándoles el mejor caldo de los dioses.

CAPÍTULO XXXIX

Donde se narra la fabricación de los capachos para la obtención del aceite de oliva y otras cosas dignas de recordar para que no se pierdan en el olvido.

Y dejemos al Padre Gumersindo con los pajaritos y sus amigos del bosque, y veamos qué es lo que ocurre dentro del molino, y en sus dependencias, y mira por donde hay una habitación donde el maestro capachero, Dani, está confeccionando los capachos para la molienda de la aceituna.

El maestro Dani, es capachero; o, sea, que hace capachos desde hace muchos años, oficio en el que es maestro.

El capacho es una pieza circular de unos 70 centímetros de diámetro confeccionado con cuerda que se hace del esparto que crece en los montes. Para ello se pone en agua el esparto un tiempo, y después, se deshilacha. Juntando unas fibras con otras y mediante una gran rueda se va trenzando las cuerdas que se lían en unas madejas listas para su uso.

El capacho se hace metiendo unos hierros recios en una rueda circular y debidamente espaciados, Se comienza el hilado metiendo la cuerda por un alambre y por el otro. Cuando ya tiene un cierto tomo de grosor de esparto la rueda, se meten nuevos alambres y se sigue tejiendo con la cuerda hasta que la tomiza, que así se llama la cuerda del esparto, llega a alcanzar una altura de unos 35 centímetros.

El aprendiz pondrá sobre la mesa del maestro Dani el capacho y Dani sacará uno a uno los alambres del capacho a la vez que mete una tiranta con una aguja especial en el hueco que dejan los alambres.

Sobre los capachos se deposita la masa de aceituna una vez molida, y uno a uno se van colocando sobre una vagoneta con un eje central de hierro; capacho y masa; capacho y masa.

La vagoneta empuja hacia arriba sobre una prensa, y por mor de la presión, la masa va soltando poco a poco el aceite, con el alpechín, que va a unas alberquillas, donde por un grifo que hay abajo se deja escapar el alpechín y se conserva el aceite. Esta operación se llama sangrado.

En los pueblos el alpechín se vertía al río y lo contaminaba. Gente habilidosa desviaba el alpechín para sus industrias donde le sacaban el aceite que todavía llevaba, y que se había escapado del molino, haciéndose muchos de ellos, ricos.

El capacho llevaba pegado el orujo, que era despegado por los molineros a base de sacudir el capacho. Y el orujo se utilizaba después para la calefacción, o para el alimento del ganado, o para calentar las

turbinas que producían energía eléctrica, aunque en las orujeras, por procedimientos químicos, le sacaban todavía el aceite que lo impregnaba.

Y está el maestro Dani cosiendo los capachos, y para que el trabajo no se convierta en monotonía, el maestro, de vez en cuando, hace trucos de magia.

Hace sudar la aguja con la que cose los capachos hasta que un aprendiz aventajado se da cuenta de que Dani, el maestro, pasa su mano por detrás de la oreja, donde la moja con el agua de un algodón escondido.

Cuando el maestro Dani se ve descubierto en el truco, cabreado, sale detrás de los capacheros, escaleras abajo, jurando que los va a matar.

Los chiquillos, como balas, saltan los escalones de tres en tres, alcanzando pronto la calle, poniéndose a salvo.

Pero para que se mueva el empiedro que tiene cuatro rulos de unos mil kilos cada uno hay que poner en marcha el viejo motor marino que funciona con gasoil que se guarda en unas tinajas grandes.

Doce hombres no son capaces de tirar de las cuerdas que harán ponerse en movimiento el motor marino, que a su vez moverá los rulos sobre el empiedro, que a su vez, al girar sobre el eje, molerán las aceitunas, convirtiéndolas en masa, que muy machacada en las batidoras, irá a parar a las vagonetas...

Y el aceite, se almacenará en depósitos de chapa esperando que alguien se decida a comprarlo.

Y está contento el Padre Gumersindo con la puesta a punto del molino porque ya no tendrán que ir a pedir a la gente a la ciudad, ni poner la mano para que los fieles les echen las limosnas. De ahora en adelante vivirán de su trabajo dignamente, y tendrán muy buena clientela porque el aceite del molino de las Ermitas es un aceite especial elaborado por unos santos ermitaños con cariño y tesón. Y muchas personas, al comerlo, verán reducir sus niveles de colesterol.

Los ermitaños tienen ideas innovadoras para la molturación de las aceitunas. Y una de ellas, es que no van a atrojar las aceitunas para que no se descompongan, obteniendo un mal aceite que no será apto para el consumo. Ellos, molerán la aceituna a diario, no admitiendo la aceituna que viene del suelo, ni la picada, ni la helada, ni la que está embarrada.

Y ese aceite, será un bálsamo para las dolencias del cuerpo y del alma. No en vano, Jesús, el Maestro, pasó su última noche antes de que lo mataran en la cruz rezando en el Huerto de los Olivos: “Padre, si es posible aparta de mí este cáliz”.

CAPÍTULO XL

Donde se narra lo que le ocurrió al Padre Gumersindo con una pajarita.

— **M**e gusta la vida solitaria, y como ermitaño que soy, me encanta estar horas y horas en el campo aprendiendo de la Madre Naturaleza escuchando el canto de los pájaros, oyendo la sinfonía maravillosa que el aire compone al pasar por entre las ramas de los altos pinos, sentir los quejidos de las salamanquesas cuando ponen los huevos en los altos techos de los cortijos, salir al paso de las culebras, algunas más grandes de lo normal y que le darían el susto a más de uno. Me gusta observar a las abubillas escarbar en el suelo con su largo pico desenterrando del suelo larvas o lombrices con las que se alimentan en las huertas húmedas, observar a Misi, el gato salvaje que corre tras todo lo que se mueve buscando comida desesperadamente en cualquier sitio burlando a las jaurías de perros casi salvajes que lo persiguen subiéndose hasta las altas ramas de los pinos dejándolos con dos palmos de narices, acercarme al pájaro bobo que casi come en la propia mano, al herrerillo capuchino obsesionado con los piñones, y escuchar al caer de la tarde el griterío de los rabilargos al llegar cerca de la ermita buscando algo de comida que llevarse a la boca antes de que las cortinas de la noche le corten el paso a la tarde.

— Pero también mato el tiempo divertidamente viendo el lento crecimiento de las plantas, cómo la flor del tomate se cae dando paso al fruto, cómo las habichuelas por un extraño mecanismo se enredan en las cuerdas de las cañas con una clara y extraña inteligencia, cómo los calabacines se ponen por montera la flor que los vio nacer, examinar las formas más raras que toman los pepinos y que desafían las geometrías más extrañas y pararme donde los girasoles obedecen al sol siguiendo su deambular por el cielo infinito.

Era una delicia ver el ir y venir de aquella madre pajarita, incansable, una y otra vez, hacia el campo, en busca de la comida, y hacia el nido, trayéndole el sustento a sus crías en el pico; insectos y gusanillos para su delicia.

Y cuando sentían la llegada de la madre hacia el nido, arreciaba el “pío, pío” mostrándose insaciables ante una madre tan trabajadora.

— Ya la mamá pájara se había acostumbrado a mi presencia y casi no me tenía en cuenta, aunque se tomaba sus precauciones.

— Yo había calculado el tiempo que tardaba en volver al nido, y con una escalera me subía hasta él, y allí, imitando el canto de la madre, y

tocando con el dedo los pajarillos, su delicado plumoncillo, aparecían todos con su boca abierta reclamando su porción de comida.

— Aprendí mucho de la observación que hice durante un tiempo de la mamá pájara, cómo construyó su nido y la clase de materiales con los que lo hizo, el tiempo que tardó en poner los huevos e incubarlos, el tipo de comida que les traía a sus chiquitines, y muchas cosas más.

— Pero esta mañana, al pasar bajo el nido, he visto los cuerpos muertos de los cinco pajarillos sobre la tierra desnuda del suelo. Y se me ha caído el alma al suelo. Y mi estado de ánimo, ya de por sí bajo en estos días, ha recibido un gran golpe. Y en mi malestar por esta desgracia he empezado a desgranar las causas que podían haberla motivado. ¿Fue una culebra la que sacó los pájaros del nido? Pienso que no porque la culebra se hubiese tragado a la mamá, a los pajaritos, y al papá, y no hubiese dejado rastro, ni plumas. ¿Fueron las abejas de un panal cercano las que mataron a los pajarillos? Creo que no porque sus cuerpos estaban intactos. ¿Qué es lo que ocurrió realmente?

Los pajarillos, al ver que la madre no venía se cayeron del nido al tratar de buscarse la vida por sí solos.

De los cinco que había en el suelo, tres estaban muertos sin lesiones aparentes externas; dos estaban vivos, y uno de ellos, estaba bastante frío aunque en los estertores de la muerte aún se movía por momentos.

— Enterré a los muertos y me apliqué a los vivos. Con mucho cuidado coloqué a los vivos en el nido esperando a que la madre volviera.

Y la madre volvió, y se volvió a oír su piar avisando de que venía, y los gorjeos de los pajarillos, diciéndole que estaban allí y que algo grave había ocurrido, pero, que ellos, no sabían explicárselo, y que ahora necesitaban calor y comida.

Y la vida continuó felizmente para ellos.

— Yo, ya un poco más contento, aunque triste por lo que había ocurrido, emprendí el camino hacia las Ermitas, donde me puse a los pies de Nuestra Señora de Belén pidiéndole que volviera a la normalidad aquella casa.

La Virgen María, siempre atenta con los que sufren, le pidió a su Hijo, Jesús, que trajera al reino de los vivos a los muertos, que trajera al reino de la salud a los enfermos, y que padre y madre, en el hogar, vivieran felices cuidando su prole, como antes.

Lo que se cumplió con gran júbilo de Gumersindo.

CAPÍTULO XLI

Y llega el final del libro.

Mira que dormía poco el Padre Gumersindo, pero en esta ocasión tenía un sueño tan pesado que no le permitía volver a la realidad por más voces que le dieran para que se levantara.

—Gumersindo, Gumersindo— le decían.

Pero el Padre Gumersindo estaba dentro de un profundo sueño que le tenía atenazado y que no le dejaba volver a la vida, aunque el sueño es también vida, pero inconsciente; vida desaprovechada— dicen algunos.

Corría el año 2007. En enero se cumplían los cincuenta años de la salida de los ermitaños de las Ermitas de Córdoba, Desierto de Belén, Monte de las Víboras, y, mira por donde, él, junto con el Señor Obispo, y su secretario, habían roto aquel maleficio que se había urdido contra el eremitismo en uno de sus últimos bastiones, las Ermitas de Córdoba, volviéndose a instalar allí los ermitaños.

Allí, en las Ermitas, lugar santo, de trabajo, centro de oración, de penitencia por el mundo descarriado, foco de cultura, estaban de nuevo los ermitaños, con sus largas barbas, en sus pequeñas ermitas, dedicados al trabajo, a la oración, a la mortificación, al cuidado de los más pobres, tocando sus campanas para comunicarse y acudir a todos los actos que se celebraban en tan santo lugar.

Y arreciaron las voces, una y otra vez.

— A éste muchacho le ha ocurrido algo. Ya es preocupante que con la que le estamos liando no se levante. Voy a subir a ver qué le pasa a mi Gumersindo— dijo la madre.

Y allí, en el lecho, estaba Gumersindo echado sobre el colchón de farfolla sudando la gota gorda en el “terrao” de la casa del pueblo de Priego donde vivía, muy cerca del Adarve. Sobre la almohada calaba el sudor de su cuello.

Su cara era sonriente, y hacía muecas de alegría y extremada dicha, como si lo que estaba soñando, su tarea en las Ermitas de Córdoba, que le pasaba raudal en unos segundos sobre su mente, como le ha ocurrido a muchas personas en peligro de muerte, le hubiese salido bordada.

No quería volver al mundo real, al de los seres animados; tal era su felicidad.

Volvió en sí, y le dijo a su madre, que estaba a su lado:

—Mamá: ¡Qué historia más hermosa he soñado!

— ¿Qué es lo que has soñado, hijo mío?

— Yo era ermitaño en las Ermitas de Córdoba, en las Santas Ermitas, junto a Nuestra Señora de Belén, Bendito sea Su Santo Nombre. Allí vivía feliz y contento alabando a Dios, a Jesucristo, y al Espíritu Santo. Me dedicaba al trabajo con los más desfavorecidos, los pobres, en los que veía la cara de Nuestro Señor Jesucristo, Bendito sea Su Santo Nombre, a la oración por la salvación del mundo, a la penitencia, y a la contemplación de la Madre Naturaleza, al cuidado del huerto y de los animales que por allí pululaban.

— Yo, un humilde prieguense, había logrado restablecer en aquellos parajes boscosos la tradición eremítica que trajera el gran Obispo cordobés Osio del lejano Oriente, allá por el siglo III d. de C.

— Allí, hasta los pies de Nuestra Señora de Belén, llegaban muchas personas enfermas de todos los lugares del mundo que lograban la sanación por su intercesión.

—Bonita historia la que has soñado, hijo mío. ¿Te gustaría verla realizada alguna vez? ¿Serías ermitaño?

—Mamá: Prepárame la talega que me voy en la Alsina para las Ermitas. Quiero ser ermitaño, quiero restablecer el eremitismo como yo lo he soñado, en la Sierra de Córdoba.

LAUS DEO.

ÍNDICE

TÍTULO	PÁGINA
Dedicatorias	4
Agradecimientos	6
Capítulo I	7
Capítulo II	10
Capítulo III	12
Capítulo IV	16
Capítulo V	18
Capítulo VI	20
Capítulo VII	24
Capítulo VIII	28
Capítulo IX	32
Capítulo X	36
Capítulo XI	39
Capítulo XII	42
Capítulo XIII	49
Capítulo XIV	54
Capítulo XV	95
Capítulo XVI	97
Capítulo XVII	101
Capítulo XVIII	106
Capítulo XIX	107
Capítulo XX	110
Capítulo XXI	117
Capítulo XXII	122
Capítulo XXIII	124
Capítulo XXIV	127
Capítulo XXV	131
Capítulo XXVI	134
Capítulo XXVII	137
Capítulo XXVIII	141
Capítulo XXIX	146
Capítulo XXX	149
Capítulo XXXI	153
Capítulo XXXII	156
Capítulo XXXIII	161
Capítulo XXXIV	163
Capítulo XXXV	168
Capítulo XXXVI	170
Capítulo XXXVII	173
Capítulo XXXVIII	176
Capítulo XXXIX	178
Capítulo XL	180
Capítulo XLI	182
ÍNDICE	184